

Selección RNR

UN LORD CON WIFI

Isabel Jenner

TECLÉAME "TE QUIERO"
LIBRO 4



Romance Histórico

Un lord con wifi

Libro IV de Tecléame «Te quiero»

Isabel Jenner



SÍGUENOS EN
me gustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Este es para ti, Víctor Ramón.

*Porque ¿qué otro remedio le queda a un hermano mayor
que alentar a su hermana pequeña para que cumpla sus sueños?*

Te quiero.

Introducción

¿Tienes curiosidad por saber cómo surgió esta novela?

Si es así, te pido que imagines que estás leyendo un libro acerca de épocas pasadas y que hay un móvil a tu lado que no deja de vibrar. Ahora, deberás sujetar el libro con una mano y estirar la otra hasta alcanzar el teléfono; tú corazón y atención divididos entre no perder el hilo de la historia que te ha cautivado y la curiosidad por revisar todas las notificaciones que aparecen en la pantalla.

¿Te ha pasado alguna vez?

Bien, entonces observa los dos objetos que sostienes entre tus dedos y pregúntate: «¿Qué ocurriría si...?»

Así es como comienzan la mayoría de las aventuras antes de ser escritas.

Así fue cómo surgió esta novela...

¿Qué ocurriría si en un libro de romance histórico los personajes tuvieran a su disposición *smartphones*, Internet y todas las nuevas tecnologías de las que disfrutamos en la actualidad, pero sin perder su forma de hablar o de comportarse? ¿Sin perder su esencia?

Lo que podría suceder se encuentra en las próximas páginas, y sus protagonistas están impacientes por arrancarte una sonrisa... ¿Me acompañas?

Primera Parte

Conexión en la campaña

Capítulo 1

En un Hampshire del siglo XIX...

El carruaje avanzaba a trompicones por el camino enlodado. No había dejado de diluviar desde que *lady* Mary Bale, hermana del sexto vizconde Bale, abandonase Londres. Aunque «ser desterrada» le parecía un término mucho más apropiado para su situación.

Se encontraban en plena temporada social cuando saltó el escándalo de la boda clandestina entre su hermano, el vizconde, y Flossie Easter, su mejor amiga desde la infancia. A pesar de ser un viaje organizado en contra de su voluntad, la madre de Mary había decidido que lo más conveniente para su casta hija era refugiarse en Hampshire hasta que las aguas se calmasen. Más concretamente, en la pequeña casita de campo de su tía abuela Louisa. Y allí estaba ella. Temblando de frío en el gélido mes de febrero y rodeada por la negrura más absoluta. En dirección a una negrura aún mayor.

Si ellos supieran que llevaba un tiempo caminando al filo de la deshonra y que un solo paso en falso la haría caer...

—Flossie, ya puedes pedir clemencia cuando regrese a Londres. Y avisa a mi hermano de que con él tendré todavía menos piedad que contigo. ¡Si estoy en este paraje olvidado de la mano del Señor es por vuestra culpa!

Soltó el micrófono del teléfono para que se enviase el audio pero, para su frustración, un relojito no paraba de dar vueltas sin mandar su mensaje.

Mary fue entonces consciente por completo de que se hallaba en medio de

ninguna parte. Sin datos. Sin cobertura. Y, lo peor de todo, sin una sola red *wifi* a la que poder conectarse.

Un ruido a su izquierda le hizo desviar la vista del móvil hacia el otro ocupante del carruaje, que había permanecido muy quieto hasta ese momento, adormilado.

—Sé que a ti tampoco te agrada nada esta situación. Pero al menos tengo el consuelo de que me acompañes en el destierro.

Mary estiró la mano para dispensar una suave caricia a su acompañante y recibió un resignado suspiro por toda respuesta, del que ella se hizo eco. Se sentía igual de desamparada.

Después, la joven apoyó la cabeza en el asiento, sin preocuparse por un peinado que ya nadie más vería, y pensó en sus opciones. Conocía bien a su madre, así que debía hacerse a la idea de que pasarían unas semanas hasta que lograra convencerla de que podía volver a Londres sin temor a sufrir un trato ofensivo por la conducta de su hermano.

Eso le dejaba, como mínimo, quince días, trescientas sesenta horas o, lo que era lo mismo, veintiún mil seiscientos minutos de puro tedio. Su tía Louisa, hermana menor de su abuela por parte de padre, era entrañable, pero estaba más cerca de los setenta años que de los sesenta y no encontraba ningún placer en las nuevas tecnologías. Por lo que, una vez traspasado el umbral de su casa, Mary llevaría una vida anclada en el pasado, sin acceso a Internet y sin... Sus pensamientos se interrumpieron y se incorporó con brusquedad, con lo que sobresaltó a su compañero de viaje, a quien miró con los ojos muy abiertos por el horror.

—Sin Internet no puedo enviar *e-mails*. Y, si no puedo enviar *e-mails*, no podré cumplir los plazos. Y, si no puedo cumplir los plazos, todos mis esfuerzos no servirán para nada...

Esa vez, pegó la frente al vidrio congelado de la ventana del carruaje y se cubrió el rostro con las manos. No las apartaría hasta llegar a Cheriton Cottage, por si todo se trataba de un mal sueño.

Tal vez ni siquiera las apartaría entonces.

La tormenta pareció apiadarse de Mary y les dio una pequeña tregua justo cuando la construcción de doble planta de ladrillo rojo y con tres chimeneas se dejaba ver entre los árboles. Las dos ventanas rectangulares de la buhardilla la miraban como si fueran unos ojillos entrecerrados que intentasen recordarla, curiosos aunque acogedores, y la nostalgia se hizo un pequeño hueco en la desazón de la joven. No había pasado tanto desde la última vez que había puesto los pies en esa casa para visitar a su tía, puede que un par de veranos, pero la sensación siempre era la misma. Le hacía recordar tiempos mejores, cuando su padre estaba vivo y Anthony y ella jugaban con total libertad por la campiña. «Casi con total libertad, en realidad», pensó. Nunca habían podido acercarse a los terrenos que colindaban con Cheriton Cottage por el Sur, donde vivía el desconocido y esquivo marqués de Roxbury, en su desconocida e intimidante mansión.

El vehículo se detuvo con suavidad frente a la puerta de madera pintada de blanco, y esta se abrió para dejar paso a una dama de porte elegante, cabellos canos y rostro muy dulce, que se iluminó al verlos llegar.

—¡Mary!

A la tía abuela Louisa no pareció importarle en absoluto el barro que había dejado la lluvia en los escalones de entrada y, al bajarlos apresuradamente con la ayuda de un bastón, el ruedo de su vestido se manchó de un tono parduzco que Mary decidió ignorar también cuando bajó de un salto del carruaje para abrazarla.

—Te he extrañado muchísimo, querida. No sabes cuánto me alegró recibir la carta de tu madre para anunciarme tu visita.

Mary aprovechó que seguían abrazadas y su tía no la veía para hacer una mueca. Comunicarse por carta le resultaba tan... primitivo. Pero Louisa Cheriton ni siquiera sabía lo que era un *wasap*.

—Yo también me alegro mucho de verte, tía. Supongo que mi madre te ha puesto al corriente de la causa por la que estoy aquí en plena temporada londinense —dijo, mientras se apartaba para contemplar los iris azules de su tía, tan diferentes a sus ojos castaños. Para hacerlo tuvo que mirar hacia arriba, ya que la mujer era bastante alta, espigada incluso, un rasgo de la familia paterna que solo había heredado su hermano Anthony.

—Me lo explicó con todo detalle, querida. Ya era hora de que Anthony sentara cabeza. Aunque no fue la forma más apropiada de hacerlo. No, desde luego que no. Pero tu hermano es incapaz de resistirse a un buen revuelo —refunfuñó para sí, antes de apretar la mano de Mary con suavidad—. Sin embargo, no tienes nada por lo que inquietarte. Tu madre, a quien he querido como a una hija desde el mismo momento en el que se casó con mi sobrino, te ha enviado al sitio adecuado. En ningún otro lugar hallarás tanta paz como aquí, en el campo.

Aquello no era algo que pudiera discutirse. No conocía a nadie de la zona; Winchester, la ciudad más poblada de Hampshire, estaba a kilómetros de distancia, y tampoco tendría acceso a artículos, críticas o burlas sobre la boda de lord Anthony Bale y *lady* Florence Easter en Internet. Era tanto una condena como una bendición.

—¡Has traído a ese adorable sinvergüenza!

El grito de júbilo de su tía consiguió que el ceño fruncido de Mary se transformara en una sonrisa. Se giró a medias para ver cómo su leal acompañante movía con frenesí el rabito enroscado y la contemplaba con desesperación desde el asiento, a la espera de que fuera a buscarlo. El reproche también asomó a los grandes ojos marrones del pug, redondos y brillantes, al tomarlo en brazos.

—No me había olvidado de ti, señor mío. Solo estaba saludando a la tía abuela Louisa.

La aludida le arrebató a su perro con una facilidad asombrosa, teniendo en cuenta que con una mano sostenía el bastón, y lo estrechó contra su costado

con suavidad para hacerle carantoñas mientras se encaminaba de vuelta a la casa.

—Hace un tiempo terrible para que una criaturita como tú esté a la intemperie. ¿No es así, Mary? —Lanzó la pregunta al aire, sin volverse y sin esperar una respuesta—. Vamos, queridos, el calor de un buen fuego nos aguarda.

Mary tan solo se encogió de hombros y siguió a aquel dúo tan peculiar antes de que los criados cargasen con sus baúles. No pudo evitar preguntarse por qué su tía, que no había tenido hijos con el señor Cheriton y que se había quedado viuda tantos años atrás, no había optado por tener una mascota. Quizá tan solo era que se había habituado a la soledad. Al menos, mientras durase su estancia en Hampshire, la joven estaría feliz de hacerle compañía. A lo mejor no sería tan malo estar desconectada de las redes durante un tiempo...

Capítulo 2

Estar desconectada de las redes no era malo. Era aún peor. Dos días después de su llegada a Cheriton Cottage, estaba sumida en el más abismal hastío, unido a los nervios crecientes de pensar que el plazo de entrega se acercaba y, si no encontraba la forma de conectarse a Internet pronto, no llegaría a tiempo.

Con esa idea en la cabeza, Mary se apartó un mechón castaño del rostro y se levantó del sofá tapizado en el que había fingido que bordaba, para acercarse a una de las ventanas del salón y terminar de descorrer la cortina. La mañana parecía bastante despejada después de todos esos días de intensa lluvia, y sintió que su ánimo mejoraba.

—Tía, ¿a cuánta distancia dijiste que se encontraba la aldea más cercana? — preguntó con voz cantarina.

—A unos cinco kilómetros, querida.

¡Excelente! Sería un trayecto corto en carruaje y podía ser que encontrase alguna posada o establecimiento con Internet en la aldea.

—Sería delicioso que fuéramos de visita, ¿no crees? ¿Te parecería bien que avisase al cochero para informarle de que nos gustaría partir en breve?

Su tía alzó la vista de su propio bordado y la miró con las gafas de aumento que se ponía para coser y que hacían que el tamaño de sus ojos alcanzase el triple de lo normal. Le dedicó una tierna sonrisa antes de hablar:

—Nada me complacería más, querida...

«Bien».

—El carruaje estará disponible dentro de seis días. Siete a lo sumo. El hijo de la cocinera se lo llevó para hacerle unos arreglillos pensando que, con el mal tiempo, no se me ocurriría salir.

«¡¿Qué?!». ¿Siete días? ¿Eso era brevedad para su tía? Y el carruaje de su hermano, en el que había llegado a Hampshire, ya había hecho el camino de vuelta a Londres...

—Quizá yo podría ir caminando... —probó, con la voz menos cantarina.

Cinco kilómetros no eran tantos.

—¡Santo cielo! ¡Caminando! ¿Pero tú te has escuchado, pequeña? Con estas aborrecibles lluvias, se habrá desbordado algún arroyo. Incluso puede que dos. No consentiré que una jovencita de buena cuna como tú se acerque a un arroyo desbordado. ¿Qué diría tu madre?

«Para mi desgracia, creo que diría exactamente lo mismo».

Mary se abstuvo de responder y volvió al sofá tapizado arrastrando un poco los pies. Prefería no preguntar a su tía si uno de sus vecinos podría llevarla a la aldea. El más cercano era el marqués de Roxbury, y la tensión se apoderaba de Louisa en cada ocasión que se hacía mención a su nombre.

—No obstante... —continuó su tía, tras quitarse las gafas— entiendo que una muchacha llena de energía necesite abandonar por un rato estas cuatro paredes. ¿Por qué no aprovechas esta inusual mañana soleada y das un paseo por la propiedad? Tienes a un noble caballero que cuidara de ti.

Mary echó una ojeada a su noble caballero, dormido en una innoble postura junto a la chimenea; panza arriba, con las patas delanteras en el aire y un atisbo de su lengua rosada que asomaba entre los dientes. Juraría que el muy tunante incluso roncaba, y dejó escapar una risilla.

—Creo que cometería la mayor de las afrentas si despierto a tan fiero y noble hidalgo. —Le dirigió a su tía una mirada cómplice, con los ánimos renovados—. Pero me arriesgaré por tan buena causa.

Se arrodilló junto al pug y le rascó el suave pelaje color crema de la barriga, que contrastaba con el marrón oscuro de sus orejas y de su hocico chato, hasta

que el perro entreabrió un ojo.

—Vamos, dormilón, es hora de dar un paseo.

El can giró la cabeza hacia ella con los dos ojos bien abiertos esa vez.

Y estornudó.

—Ugh. Lo tomaré como un sí.

Apenas veinte minutos después, Mary estaba lista para sentir el frescor del invierno en el rostro. El resto de su cuerpo estaba protegido por una gruesa capa azul con capucha, guantes de piel de cabritilla y un sofisticado manguito de armiño con bolsillo interior para llevar el teléfono móvil. Algo bastante inútil en sus circunstancias, pero se sentía extraña sin él y no habido podido evitar llevarlo consigo. Para terminar el conjunto, sus botas también resistirían un inesperado aguacero, aunque esperaba estar de vuelta en casa antes de mojarse.

—No os alejéis demasiado, querida.

Mary se puso de puntillas para darle un ligero beso a su tía en su mejilla aún tersa antes de salir por la puerta.

—Gracias, tía. Tendremos cuidado —prometió y se volvió para irse.

—Deberías atar a ese bribonzuelo o te obligará a dar más de una carrera — protestó tía Louisa en el umbral, después de que las dos mirasen pasar a la exhalación de diminutas patas que acababa de volar escaleras abajo.

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Mary.

—No te preocupes, caminará a mi lado en cuanto se haya cansado de explorar los alrededores.

Se despidió una última vez con la mano, bajó los peldaños con mucha más parsimonia que su perro, y comenzó a andar a paso tranquilo sobre la mullida hierba. El olor a tierra mojada era un regalo, realizó una inspiración profunda para impregnarse de él y deambuló un rato sin pensar en nada, tan solo siguiendo en línea recta los pasos en zigzag del pug, que olisqueaba una piedra aquí o un arbusto allá, sin importar demasiado el orden o la dirección. Era relajante y liberador, y le serviría para despejarse e intentar trazar un plan con

el que poder cumplir con su contrato a tiempo.

Al cabo de unos minutos, sin embargo, parpadeó para salir de su abstracción y tomar conciencia del camino que habían tomado. Se dirigían hacia el sur y, por el tiempo que llevaban caminando, lo más seguro era que ya hubieran traspasado los límites de la propiedad de la tía Louisa y se encontrasen en los terrenos del marqués de Roxbury.

—Supongo que ya va siendo hora de dar media vuelta, mi intrépido aventurero. Estamos en tierras hostiles. —Fruunció el ceño—. O, al menos, eso creo.

Miró de reojo hacia los árboles, como si en cualquier momento fueran a salir hombres armados a increparlos para que se marchasen, y luego sacudió la cabeza por pensar semejante tontería. La curiosidad fue ganando la partida a la precaución. Ella siempre había sido la discreta hermana del díscolo vizconde Bale. Educada, correcta, obediente. Ni siquiera salía en los buscadores de imágenes de Internet, y todas sus cuentas eran privada. En pocas palabras: era una artista en pasar desapercibida. Si bien era cierto que esa cualidad —si podía llamarse así— servía bien a sus propósitos actuales, no debería rechazar una aventura cuando se le presentaba. Su mejor amiga, Flossie, era todo lo contrario a ella, más abierta y arriesgada, y era una de las personas más felices que conocía.

Con toda probabilidad, Mary no tendría otra oportunidad como aquella para espiar a sus anchas la mansión del aislado marqués. Un vistacito rápido y su curiosidad quedaría saciada. Por norma general, sus pequeñas travesuras y su gran acto de rebelión los había cometido al amparo de Internet, en total anonimato. Incluso abría su navegador para buscar recetas para la tos en modo incógnito por pura inercia. Pero ¿quién la vería en esos momentos? ¿En esos parajes desiertos? Exacto. Nadie.

Se apartó un poco la capucha para poder vigilar mejor su entorno y se adentró más en el pequeño robledal que parecía ocultar la mansión igual que una efectiva muralla.

Los árboles fueron reduciendo su número hasta casi desaparecer frente a un estanque artificial, en el cual se reflejaba, a modo de perfecto espejo, la misteriosa residencia de los Roxbury. Mary contuvo el aliento, medio apoyada en el tronco de uno de los robles, mientras paseaba la mirada por la parte trasera de la mansión. Era grandiosa. Al menos, lo que alcanzaba a ver. Sus tres plantas se extendían a lo ancho y a lo alto de una hondonada con una elegancia soberbia, sin resultar ampulosa. En la parte central, un espectacular pórtico neoclásico de cuatro columnas jónicas sostenía un frontón sobre el que se alzaban tres figuras mitológicas que no alcanzó a identificar en la distancia y, como broche a tan exquisito gusto, unos jazmines de invierno en plena floración, con sus intensos pétalos amarillos, rodeaban las ventanas en arco de la primera planta como tiernos dedos que propiciasen una caricia perfumada.

El lugar bien merecía una foto. Palpó el interior del manguito hasta dar con el bolsillo donde había guardado el móvil. Extrajo el aparato y casi lo tira al suelo del susto al notar una vibración. Con la esperanza latiendo en el corazón, pero sin atreverse a poner nombre a sus deseos, desbloqueó la pantalla del teléfono.



¿De verdad acababa de ocurrirle semejante golpe de suerte?

Capítulo 3

La señal *wifi* provenía de la mansión, pero era muy débil a esa distancia. Tenía que acercarse como fuera, así que Mary hizo caso omiso del icono con forma de candado que la señalaba como una red protegida con contraseña. También ignoró el hecho de que no conocía al marqués enemistado con su familia, o su reacción ante la invasión de su propiedad privada. Y, por último, cerró ojos y oídos al hecho de que fuera acompañada de su perro altamente sociable y babosamente efusivo en nuevos entornos.

Echó a andar con rapidez (ella nunca lo describiría como trotar) pendiente abajo, bordeó el lago con el pug pegado a sus talones y se detuvo bajo una de las ventanas espolvoreadas con jazmines con un gritito triunfal. Su móvil tenía todas y cada una de las rayas que indicaban la máxima fuerza de la señal, sin ningún desestabilizador parpadeo, por lo que podría disfrutar de una experiencia a gran velocidad. Revisar correos, *wasaps*, etiquetas en Facebook... Se relamió los labios de forma inconsciente solo con pensar en ello.

—A juzgar por el esplendor de esta casa, seguro que el marqués ha instalado lo último en fibra simétrica, con todos los megas posibles a su disposición para el ancho de banda... ¡o incluso gigas!

Mary miró con anhelo la pantalla y se decidió por la contraseña más evidente. Tecléo «Roxbury» con rapidez. Nada. Probó varias combinaciones del nombre cambiando las letras minúsculas y mayúsculas, e incluso añadió

las palabras «marqués de» sin resultado. Era como buscar una aguja en un pajar, pero la joven era tenaz y no se marcharía de allí sin haberse conectado. ¡Aunque tuviera que pedir al propio marqués la contraseña! Apoyó la espalda contra el muro, bajo una de las ventanas, y lo siguió intentando. Era el turno de combinar «marquesado de Roxbury» de todas las maneras posibles.

—Estoy segura de que doy la impresión de necesitar ayuda médica — comentó en voz alta al pug, que estaba muy ocupado en olisquear la zona, a la par que tecleaba la primera letra de cada palabra en mayúscula—, pero este encargo es realmente importante para mí y necesito revisar mi correo...

—Añada mil setecientos cuarenta y uno. Con números.

Mary pulsó los dígitos de forma automática y su móvil comenzó a recalentarse al recibir la desmesurada cantidad de notificaciones acumuladas durante los días que había estado desconectado. Sin embargo, ni siquiera se dio cuenta. Estaba demasiado ocupada experimentando por primera vez la desagradable sensación de tener el corazón en la garganta a causa del susto. No se atrevió a girarse, pero la voz profunda a sus espaldas, con un leve acento burlón que no atinó a identificar, no había terminado.

—Es la fecha de nacimiento del marqués. Aunque me sorprende que usted haya llegado tan lejos en averiguar la contraseña.

Mary inhaló y exhaló aire en dos respiraciones profundas para recuperar un mínimo de compostura y se volvió hacia la ventana. Los cristales, que se habían encontrado cerrados unos minutos antes, estaban abiertos de par en par, y un hombre, ya de elevada estatura de por sí, la contemplaba desde arriba con una expresión que la joven solo podía definir como maquiavélica en sus atractivos rasgos.

—¿Se puede saber quién es usted?!

Estaba tan alterada por su presencia que no se paró a pensar que la intrusa era ella. Lo único que atinaba a razonar era que lord Roxbury era un misántropo septuagenario, mientras que la masculina aparición de la ventana se parecía más a una de las estatuas clásicas que no había podido distinguir

bien en la distancia. También estaba a medio vestir, sin chaqueta ni corbata, y la abertura en la camisa le permitía constatar que estaba esculpido con el mismo esplendor que las figuras de mármol del pórtico, aunque con un aspecto mucho más cálido que la fría piedra gris. Representaba todo lo contrario al frío, en realidad, porque parecía hecho de fuego. Su pelo revuelto era de un tono que solo podía describir como vívido rojo; ni naranja, ni cobre, ni cualquier otra gama que opacara sus destellos, al igual que la barba de varios días, que acariciaba su mandíbula cuadrada como una llama. Y sus ojos, quizá por efecto de la luz que incidía sobre ellos, parecían amarillos, como el interior de una hoguera.

Cuando Mary se percató de que la estudiaba con la misma intensidad que ella a él, se apartó la capucha y adquirió su pose más regia. Desde luego, un hombre que se presentase con ese aspecto y esa actitud no podía tratarse de un noble.

—Vaya, reacciona con mucho aplomo para estar apropiándose del *wifi* de esta casa.

Para su disgusto personal, Mary se sonrojó un poco, pero ni por todos los megas del mundo iba a admitir su falta.

—¿Acaso es el administrador del marqués? —probó al azar.

El aludido encogió sus anchos hombros.

—Podría decirse que sí.

—Pues no creo que al marqués le guste su forma de trabajar —dijo mientras contemplaba su apariencia desaliñada con una mueca desagradada. Era difícil fingir que no estaba fascinada por lo que veía.

—¿Es que conoce a Roxbury?

—No me hace falta, señor. Conozco como debe comportarse un...

—¿Asalariado? —la interrumpió él, con los ojos más brillantes si cabía y un leve deje acerado.

—Un caballero, con independencia de su posición —replicó, con la barbilla bien alta.

Su frase lo hizo soltar una carcajada que provocó pequeños estremecimientos en ella, como si la hubiera acariciado con su sonido.

—No sabe cuánto me complace que no le importe mi clase social. —Para asombro de Mary, el granuja se arremangó la camisa y dejó los antebrazos al descubierto para, a continuación, apoyarlos en el alfeizar de la ventana. La posición despreocupada lo acercó más a ella—. Sin embargo, creo que está intentado disimular su culpa acusándome a mí, ¿señorita...?

Mary se encrespó y estuvo a punto de arrojarle a su presuntuosa cara que su nombre era *lady* Mary Constance Bale, pero se contuvo a tiempo. No tenía por qué saber quién era ella. Estaría en Hampshire por un breve espacio de tiempo, alejada de Roxbury Hall (todo lo que permitiera el *wifi*), y ni siquiera consideró la opción de que sus caminos se cruzaran en Londres. Por lo que simplemente dijo:

—Mary bastará.

Su respuesta provocó una sonrisa suave, que le produjo el mismo efecto que la carcajada anterior.

—Apuesto a que es la única Mary de todo el condado.

La joven apretó los dientes y lo fulminó con la mirada.

—¿Sería tan amable de presentarse? Así yo podría inventar una frase sobre su nombre que iguale su ingenio.

El hombre inclinó la cabeza, como concediéndole el tanto, pero sus ojos amarillos rebosaban malicia.

—Red bastará.

Mary arqueó una sola ceja y paseó la vista con toda intención por el cabello rojo y espeso.

—Me lo pone demasiado fácil...

El enorme pelirrojo se dobló de risa una vez más. Después, para sobresalto de Mary, inclinó el torso sobre el alfeizar y extendió su ancha palma hacia ella.

—Soy Redmond O'Hanlon, misteriosa Mary.

Dudó un momento antes de alzar su propia mano, sin el guante del que se había desprendido para usar el móvil, y unirla a la de él. La piel de Mary era pálida y delicada, pero le sorprendió que el tono de la del hombre fuera casi igual de blanco, solo que no tenía nada de delicado y estaba cubierto de pecas casi por completo. Le pareció una combinación asombrosa.

—¿No tendrá reparos en estrecharle la mano a un irlandés?

—No... claro que no. —Intentó recomponerse de una situación, cuanto menos, inconcebible en cualquier otro sitio que no fuera aquel lugar, en la retirada y tranquila campiña—. Tanto gusto, señor O’Hanlon. Y, ahora, si me disculpa...

Pero no pudo recuperar su extremidad. O’Hanlon no le hacía daño, pero la sujetaba con firmeza.

—¿Antes no me dirá de dónde viene o por qué necesitaba consultar su correo con tanto apremio?

¿Cuánto tiempo llevaba ese condenado hombre espiándola desde la ventana?

—No es de su incumbencia de dónde venga. Y, en cuanto a lo segundo, llevo varios días sin poder conectarme a Internet y no lo soportaba más, tan simple y frívolo como eso.

Debería haber salido corriendo hacia el bosque, de vuelta a Cheriton Cottage, en cuanto la descubrió. ¿Por qué no lo había hecho? Puede que por que se creyera segura con una ventana en medio de los dos. Pero, si era sincera consigo misma, la razón principal era que se había sentido tan atraída hacia él como una polilla hacia el fuego que desprendía.

—Me atrevería a decir que esconde mucho más que simple frivolidad, Mary.

Ella lo había autorizado a utilizar su nombre al no proporcionarle ninguna otra cosa, pero lo sentía como algo muy íntimo. Intentó alejarse una vez más.

—Vuelvo a repetirle que...

—Mary —la llamó, a pesar de que no la estaba mirando.

—¿Sí?

—¿Podría decirle a su perro que... hummm, se desahogue en otra parte?

Mary giró la cabeza con brusquedad para ver, en cámara lenta, cómo el pug levantaba la pata izquierda con total parsimonia contra el muro de la mansión a la par que les daba el trasero a ellos.

—¡Router, no!

Esta vez sí que logró liberarse y corrió hacia su mascota, pero el desastre ya estaba hecho. Lo cogió en brazos y se volvió hacia el irlandés con el rostro encendido, medio escondido entre el pelaje del perro.

—Lo lamento muchísimo —se disculpó, completamente abochornada—. Será mejor que me vaya de inmediato.

O'Hanlon se aferró al marco de la ventaba, como si estuviera calibrando la posibilidad de salir por ahí. Mary no quiso arriesgarse a ver lo que sucedía, se giró y echó a correr de una vez por todas en dirección al robledal sin soltar a Router. Las palabras, profundas y cadenciosas, llegaron hasta ella arrastradas por el viento.

—¡Vuelva mañana, misteriosa Mary! ¡La estaré esperando!

Oh, desde luego que volvería. Necesitaba ese dichoso *wifi*. Pero se encargaría de que el administrador de Roxbury, de que ese demoledor irlandés, no volviese a descubrirla.

Capítulo 4

El vaho que se escapaba de cada respiración de Mary por el frío empañaba la vista de Roxbury Hall desde el refugio seguro entre los árboles donde se había apostado para observarla. Estaba tan, tan enfadada que le parecía muy apropiado que su cuerpo, literalmente, echase humo. Había dejado pasar dos días –o sea, cuarenta y ocho horas– de enervante incertidumbre, antes de regresar. En primer lugar, porque su tía Louisa se había vuelto loca de preocupación por lo mucho que había tardado en volver de su paseo con Router. Y, en segundo, porque quería que Redmond O’Hanlon se diera por vencido y creyera que no pondría un pie de nuevo en a las tierras de Roxbury, en caso de que alguna vez la hubiera esperado de verdad. En esos momentos podía afirmar, sin ningún temor a equivocarse, que el irlandés, al menos, había pensado en ella. Tanto como para cambiar la contraseña del *wifi*, el muy...

Partió con las dos manos un palito que había recogido del suelo y Router, al pensar que iba a lanzarlo para jugar con él, alzó la cabeza y meneó la cola con tanto énfasis que el movimiento incluso agitó su trasero. Hubiera preferido dejarlo en casa, pero no podía justificar el salir a pasear con su perro sin el perro.

Al final, no pudo evitar que se le escapase una pequeña sonrisa ante sus cabriolas y lanzó uno de los trozos de madera. Aprovechó el feliz trote del pug para volver a introducir «MarquesadoDeRoxbury1741» en el móvil, pero fue en vano.

Eso la dejaba con dos opciones. Regresar a Chilton Cottage y renunciar a Internet y, por consiguiente, haber desperdiciado semanas de trabajo y haberse puesto en riesgo por nada, o acercarse una vez más a la mansión y encontrar a su inoportuno administrador a espaldas del marqués. Había intentado sondear el tema de la desavenencia entre sus familias, pero tía Louisa se había puesto pálida y casi había derramado el té sobre la alfombra, por lo que había desistido.

—Muy bien, señor O’Hanlon. —Cuadró los hombros y preparó la correa para atar a Router esa vez—. Usted gana.

Se sintió aún más furiosa al acercarse a la casa cuidando cada paso, como si se tratase de una fugitiva. Cuando llegó a la altura de la ventana donde tuvo lugar su accidentado encuentro, fue asomando la cabeza poco a poco hacia el interior, pero las cortinas estaban cerradas en parte y no se apreciaba ninguna actividad dentro. Desde luego, no iba a entrar en la mansión, pero probaría rodearla.

Aún le quedaba un buen tramo para llegar a la esquina de esa monstruosa construcción, cuando se detuvo en seco ante el visible nerviosismo de Router.

—Se ha retrasado, misteriosa Mary.

Allí estaba de nuevo, ese musical acento que la retaba a medirse con él.

O’Hanlon terminó de bajar las escaleras del pórtico y se acercó a Mary con andar seguro y las manos metidas en los bolsillos del pantalón. En esa ocasión, no había ningún muro ni cristal entre los dos, y la joven intentó que su corazón no se acelerase ante su proximidad, sin ninguna colaboración por parte del traicionero órgano.

—¿Es que usted no trabaja nunca?

El administrador se detuvo muy cerca, sin responder a su puya, y comenzó a inclinarse hacia ella. Tanto que Mary había comenzado a levantar los brazos para proteger su espacio vital, hasta que O’Hanlon clavó una rodilla en el suelo y empezó a acariciar a su perro, que recibió la muestra de cariño con auténtica adoración. Aunque Mary tiró de la correa con discreción, tuvo que

sumar un traidor más a sus filas.

—Sabe de sobra la razón por la que he venido —intentó de nuevo.

—Soy consciente de que tiene una alta dependencia de Internet. Si no, no habría puesto el nombre de un trasto electrónico a este pobre animal, ¿verdad, Router?

«¡¿Cómo se atreve?!».

—Bueno, en realidad se llama Routerford Primero —improvisó, picada—. Es un nombre muy noble para una raza noble. ¿Sabía acaso que los pugs eran los perros favoritos de los emperadores de la dinastía Han, en China?

O'Hanlon alzó la cabeza y la atravesó con sus cálidos ojos amarillos sin dejar de acariciar a Router.

—Eso no es cierto.

—¡Claro que lo es! —rebatió, acalorada—. Y se lo podré demostrar en cuanto tenga acceso la web *Perros y señoritas*. Los holandeses los introdujeron en Europa por su comercio con China y...

—No me refería a eso —la interrumpió. Luego le dedicó una enorme sonrisa—. Admita que le encanta que se llame Router.

Mary abrió y cerró a boca un par de veces.

—Es de lo más original —acabó refunfuñando a media voz—. Y suena bien.

—Desde luego. Mucho mejor que ADSL, o Modem o...

—¡Déjelo ya, quiere! —Intentó sonar severa, pero lo cierto era que estaba contagiándose de su extraño humor y faltaba muy poco para que se echara a reír.

No lograba entender qué hacía que se sintiera tan cómoda al lado de O'Hanlon como para hablar y actuar con tanta naturalidad, si apenas se conocían. Puede que la razón fuera esa especie de anonimato en la vida real con el que se sentía protegida y atrevida. O puede que fuera el propio hombre. En cualquier caso, estaba allí con un propósito.

—¿Me dirá la nueva contraseña del *wifi*, señor O'Hanlon, o me está incordiando para nada?

El irlandés propició una última caricia a Router en la cabeza y se incorporó en toda su estatura.

—Nada más lejos de mi intención que incomodarla, señorita Mary. —Volvió a introducir la mano en el bolsillo y esta vez sacó un teléfono bastante grande—. Puede disponer de mi móvil, si lo desea.

Mary apretó la correa del pug entre los dedos.

—Se lo agradezco, de verdad. Pero es necesario que utilice mi propio dispositivo.

O'Hanlon no apartaba la mirada de su rostro ni un momento. Ella, en cambio, dejó vagar la vista sobre sus cabellos rojos, igual de revueltos que hacía unos días, como si se hubiera pasado las manos por ellos. La barba estaba un poco más crecida y la ropa un poco menos fuera de sitio.

—¿Me dirá para qué?

La joven ni siquiera lo pensó.

—Ni hablar.

La expresión de O'Hanlon se tornó entre especulativa y preocupada.

—¿No será una especie de espía para los franceses?

—¡¿Qué?! ¡Desde luego que no! —exclamó, mientras se llevaba una mano al pecho. Las guerras napoleónicas eran un asunto muy serio.

El irlandés exageró un suspiro de alivio.

—Bien, porque sería una espía terrible si hubiera venido a propósito a un sitio sin cobertura ni redes *wifi* abiertas...

¿Es que nunca iba a dejar de tomarle el pelo?

—De acuerdo, esto será lo que haremos, Mary —continuó, antes de que ella pudiera protestar—. Le daré una nueva clave *wifi* cada día que acuda a Roxbury Hall si accede a pasar una hora conmigo durante cada uno de esos días.

Mary contempló sus ojos y la curva de su boca, a la espera de una nueva señal de que se estuviera burlando de ella, pero no llegó. Con el corazón acelerado de nuevo, preguntó:

—¿Por qué querría hacer algo así?

O'Hanlon se acercó una vez más. Pero esa vez la caricia de su mano iba destinada a ella. Le pasó uno de sus dedos fuertes y cubiertos de pecas por la mejilla, con mucha suavidad.

—Porque hace que me sienta bien —susurró—. Dígame, misteriosa Mary, ¿acepta mi propuesta?

Capítulo 5

La cabeza de Mary era un torbellino de conceptos que giraban sin orden ni concierto en torno a la proposición que acababa de hacerle O'Hanlon. Aunque, curiosamente, todos empezaban por la letra «i». Inapropiada. Insolente. Indecorosa... Intrigante. Pero, sobre todo, incomprensible.

—Es la segunda vez que trata conmigo —le recordó—. ¿Cómo puede afirmar que lo hago sentir bien?

Dio un paso atrás, con la caricia aún cosquilleándole en el rostro, y O'Hanlon no trató de acercarse. Sus siguientes palabras, sin embargo, lo hicieron parecer estar a un suspiro de ella.

—En lo que respecta a algunas personas, con una vez es suficiente, Mary.

Le fue tan fácil creerle, se aproximaba tanto a lo que Mary no había sabido explicarse a sí misma cuando se encontraba con a él, que se asustó y se lanzó al contraataque.

—¿Ese argumento es válido para los dos extremos?

O'Hanlon esbozó esa pequeña sonrisa que parecía querer decirle que conocía sus secretos.

—¿Es que no le caigo bien? Y yo que pensaba que empezaba a encontrarme agradable.

Mary se cruzó de brazos e hizo que la correa de Router se agitase.

—Lo encuentro apenas tolerable.

La sonrisa se agrandó.

—Aunque le parezca imposible, está usted siendo muy generosa. Eso es mucho más de lo que la gente de por aquí suele opinar de mí o de mis orígenes.

A pesar de su tono ligero, a Mary le impactó la sinceridad que subyacía en su frase. Aunque su madre se mantenía al margen y su hermano Anthony reprobaba semejante conducta, la joven sabía que en su país a los irlandeses se los trataba como a ciudadanos de segunda, e incluso de tercera categoría. Sobre todo, por parte de la nobleza.

—¿Lo trata mal el marqués de Roxbury?

Era lógico que hubiera llegado a esa conclusión, y no pudo contener la pregunta ni avanzar el paso que había retrocedido. Sin embargo, él pareció tensarse.

—No intento despertar su compasión, Mary. Solo pretendo que seamos amigos.

«¿Amigos?». Se arrebujó mejor en su capa azul para ganar algo de tiempo, desconcertada una vez más. Ella tenía numerosas amigas, unas más cercanas que otras, como Flossie o el grupo de Whastapp El Club de las Damas con Móvil, pero ¿amigos? ¿Amigos del género masculino? No que pudiera recordar. En su círculo, a los hombres que conocía se los evaluaba como potenciales esposos, dotados de una serie de requisitos mínimos que cumplir: que estuvieran en posesión de un buen título y de una generosa fortuna, que no bebieran demasiado o perdieran enormes sumas de dinero en clubes de juego o apuestas *online*, de ser posible, que no fueran consumados libertinos, y que su rostro fuera lo suficientemente agraciado como para salir bien en los *selfies*.

Estaba segura de que O'Hanlon daría más que bien en cámara, incluso con los escasos píxeles de una cámara frontal... Sacudió la cabeza y trató con ahínco de no desviarse del tema. Relacionarse con un hombre sin ninguna implicación nupcial, ni de otro tipo más que el puro interés de conocerse y disfrutar de la compañía del otro, se le antojaba como un soplo de aire fresco.

Algo distinto y excepcional, pero tenía que estar segura de sus intenciones.

—¿Qué conllevaría esa amistad? —tanteó, recelosa.

—Nada que usted no quiera, misteriosa Mary —respondió al punto—. Podríamos charlar hasta quedarnos sin voz, o permanecer en silencio la hora entera mientras contemplamos cómo Router excava hoyos en el parterre de Roxbury Hall. Usted decidirá.

Sonaba realmente bien, pero le hizo recordar algo.

—¿Y qué hay del marqués?

O'Hanlon apretó los labios y miró hacia la casa.

—Pasa la mayor parte del tiempo enclaustrado en una habitación del ala oeste, cuyas ventanas dan al lado contrario de la mansión.

—Qué conveniente... —apostilló, mordaz.

—Para ambos —terminó el irlandés, con sus ojos de fuego de nuevo sobre ella.

Estaba en lo cierto, en realidad. No tenía ningún interés en que lord Roxbury descubriera su presencia. Por otro lado, contaba con la ventaja de que Redmond O'Hanlon seguía sin tener la más mínima información sobre ella, por lo que podría probar esa suerte de «amistad» y, en caso de que notase cualquier cosa fuera de lugar, se mantendría alejada de la mansión del marqués durante el resto de su destierro en Hampshire sin angustiarse por que pudieran dar con su paradero.

—Acepto sus términos, señor O'Hanlon... —La sonrisa del hombre casi consiguió que se olvidara de lo que iba a decir a continuación—. Con una condición.

Si le preocupaba su petición, no lo demostró. Solo le hizo un gesto para que prosiguiera.

—La escucho.

—Tendré acceso a Internet en completa intimidad antes de nuestra hora juntos.

El hombre se mesó la barba pelirroja un momento, antes de asentir.

—Me parece justo. ¿Amigos, entonces?

—Amigos —afirmó, con un extraño nudo de emoción en la garganta.

O'Hanlon extendió la mano hacia ella, que alargó la suya sin pensárselo dos veces, segura de que le daría un firme apretón para sellar su propuesta, tal y como había hecho un par de días atrás cuando se había presentado. Sin embargo, el irlandés giró su muñeca, la alzó hacia él y le dio un beso en el dorso que le recordó, una vez más, el calor que transmitía una llama, a pesar de llevar puesto el guante.

El gesto galante la complació y estremeció a un tiempo.

—Haré todo lo posible por que me encuentre más que tolerable —bromeó de nuevo con su suave acento, guiñándole un ojo. Se mostraba tan feliz que Mary le devolvió la sonrisa por primera vez y, por un breve e intenso momento, le pareció que su mirada amarilla se quedaba trabada con la suya mientras tiraba de ella hacia él.

Enseguida liberó su mano y se pasó los dedos por los mechones rojos.

—Imagino que ya ha tenido bastante de mí por hoy. Tiene todo el derecho a usar Internet sin tener que permanecer a mi lado ni un minuto más. No obstante, espero que mañana Router y usted me deleiten con su presencia.

Mary aceptó su ofrecimiento con rapidez, a la vez que procuraba no dar un traspié mientras se hacía a un lado.

—Por supuesto que sí. Y ahora ¿me dirá la contraseña?

—¿No se lo imagina? —preguntó a su vez, con el brillo pícaro de vuelta en su mirada—. «misteriosamary» todo junto y en minúsculas. —Volvió a aproximarse mucho a ella—. Creo que no tiene ni la más remota idea de lo que daría por desvelar todos sus misterios.

La dejó sin palabras, temblorosa y sin poder hacer otra cosa más que ser testigo de cómo acariciaba a Router como despedida y se alejaba de vuelta hacia la mansión.

Era difícil de creer que, en algún momento, hubiera pensado que podría salir indemne de su trato con Redmond O'Hanlon.

Capítulo 6

—No es necesario que engullas de esa manera, niña —la reprendió la tía abuela Louisa, antes de dar un delicado sorbito a su té.

Mary tragó con dificultad el pedazo de tostada que parecía haberse quedado atascado en algún punto del descenso hacia su estómago.

—Lo lamento, tía —se disculpó cuando fue capaz de respirar.

Sabía que su tía tenía razón. Siempre que estaba nerviosa, era incapaz de comer con la finura y graciosa tranquilidad que se esperaban de una dama. Más bien se transformaba en un eficiente soldado que iba aniquilando con inmisericorde rapidez cuanto hallaba a su paso. Pan, bacón, tortillas, pastelillos, dulce o salado, ninguno estaba más próximo a la salvación que otro. Y aquella mañana Mary estaba muy nerviosa.

Se limpió la comisura de los labios con la servilleta de hilo que había estado descansando en su regazo y se conminó mentalmente a tranquilizarse. Todo iba a salir bien en el encuentro que tendría lugar en un rato. Ella no...

Router eligió ese momento para dar un único ladrido agudo que exigía su parte del desayuno sin más dilación, lo que provocó que Mary diera un bote en su asiento por el susto y que todos sus esfuerzos de relajación se fueran al traste.

—¿Te encuentras bien, Mary? —inquirió la tía Louisa, con el ceño algo fruncido por la preocupación.

—Por supuesto —se apresuró a responder—. Es solo que este bribonzuelo

me ha pillado desprevenida. ¿Verdad, señor?

Routerladeó un poco la cabeza y, al percatarse de que no había obtenido el resultado esperado, rodeó la mesa hacia una fuente más segura de alimento. La tía abuela Louisa ya tenía preparado un pequeño sándwich de queso que desapareció en un tris, seguido de un suspiro de satisfacción. Su tía sonrió con aire indolente, y Mary aprovechó la distracción para ponerse en pie.

—Espero que no te importe que hoy vuelva a salir a dar otro paseo.

—Al contrario, querida. Me complace ver que te encuentras a gusto en Cheriton Cottage. He de confesar que temí que te aburrieras.

«Yo también lo temía. Y no podía estar más equivocada». Unos ojos brillantes como una lumbre aparecieron en su mente, así que decidió seguir el camino de Router y rodear la mesa para tomar la mano de su tía y darle un cariñoso apretón.

—Estoy disfrutando plenamente de mi estancia en Hampshire.

Estaba llamando al pug para subirlo a su cuarto y ponerle la correa, cuando la tía abuela Louisa la detuvo un momento.

—Mary. Recuerda no ir mucho hacia el Sur, querida.

No la miraba a los ojos, sino que removía el té, ya tibio, con una cucharilla en la que ponía toda su atención.

—De acuerdo, tía.

Se sintió un poco mal por engañarla, pero no iría demasiado hacia el Sur, ¿verdad? Tan solo unas pocas millas hasta Roxbury Hall.

—La nueva contraseña es «emperatriz de los pugs». Todo en minúsculas.

Mary dirigió su mirada más funesta al demonio irlandés y sonriente que se alzaba ante ella.

—Encuentra un perverso placer en idear las contraseñas, ¿no es así?

—Un *inmenso* y perverso placer —puntualizó O'Hanlon.

Se hallaban de nuevo bajo la ventana de la mansión, mientras el perfume de

los jazmines los rodeaba como un velo invisible. Router había recibido las caricias del administrador con la misma o incluso más adoración que el día anterior, y los evidentes nervios de Mary durante el desayuno, por alguna incomprensible razón, se habían calmado al ver su alta silueta.

—Disfrute mientras pueda, señor O’Hanlon.

—Espero que sea durante mucho tiempo, Mary.

Quizá, muy en el fondo, ella también. Emitió una refinada tosecilla.

—Si no le importa, me dispongo a hacer uso de mis minutos de privacidad para conectarme a Internet.

Elevó las cejas y le dirigió una elocuente mirada para que se retirase con elegancia, pero O’Hanlon no solo no se marchó, sino que apoyó uno de sus anchos hombros contra el muro de la casa.

—El caso es que sí que me importa.

—¿Cómo dice?

¡Lo sabía! No debería haber confiado en él, porque ya estaba faltando a su palabra.

—Lo que quiero decir, Mary, y voy a tutearte ya que somos amigos, es que no puedo permitir que se te congele el cu... cráneo —rectificó— aquí fuera mientras miras tu móvil. Ayer fui un estúpido y lamento no haberme dado cuenta antes.

Cortó con suavidad una de las flores amarillas y se la tendió.

—Por favor, acepta mis disculpas.

Mary agarró la flor con cuidado y se la acercó a la nariz. Nunca adivinaría la forma de pensar de O’Hanlon. Cada vez que creía que las cosas sucederían de cierta forma, él le daba la vuelta a la situación.

—En realidad, no pasé frío —le aseguró.

—Los amigos deben decir la verdad. Al menos, hasta donde estén dispuestos.

El irlandés le dirigió una mueca significativa y tomó de nuevo el jazmín de entre sus dedos. Para asombro de Mary, O’Hanlon le apartó un rizo castaño de

la oreja y, al hacerlo, le rozó la delicada piel de la parte superior. Aún se estaba estremeciendo a causa de la caricia cuando el hombre le colocó la flor en el lugar donde había estado el mechón.

—Mucho mejor así —dijo O’Hanlon, con voz profunda y fuego en los ojos al contemplarla.

Aunque los amigos debían decir la verdad, Mary era incapaz de confesar que estar a su lado se asemejaba a refugiarse junto a una lumbre recién avivada.

—Acompáñame —le pidió. Y le ofreció el brazo.

—No iremos a entrar en la mansión, ¿verdad? —preguntó Mary, asustada, sin avanzar un paso.

—No creo que hubiera problema —expuso O’Hanlon—, pero sé que estarás más cómoda en el invernadero.

Aliviada, lo siguió con Router pegado a sus talones hasta que doblaron la esquina Este de Roxbury Hall y se introdujeron en un pequeño edificio anexo, construido con hierro forjado y cristal. El ambiente era cálido y estaba algo cargado por la fragancia de numerosas plantas.

—Puedes tomar asiento en alguno de los bancos o pasear entre los cientos de especies que el marqués ha ido reuniendo a lo largo de los años.

—Gracias —contestó Mary absorbiendo la belleza de semejante colección.

Cuando se percató de que O’Hanlon no se movía, se giró hacia él con expresión interrogante.

—Verás... —comenzó, cambiando el peso de un pie a otro—, hay una manera muy sencilla de que puedas avisarme cuando hayas terminado y así yo no te interrumpiré en el momento más inoportuno.

—¿Sí? —lo animó.

—¿Intercambiamos nuestros números de teléfono, misteriosa Mary?

Capítulo 7

Tener en su agenda el número de Redmond O'Hanlon era algo que Mary deseaba y temía con la misma intensidad. Dudó un momento, pero cuando pulsó «Guardar» en el teléfono, después de que O'Hanlon le dictase el último dígito, sintió un absurdo aleteo de euforia en el estómago.

No había tenido sentido negarse al intercambio, y no pensaba que pudiera haber ningún mal en ello. Sin embargo, ella no dio su número de inmediato.

—Le escribiré un *wasap* en cuanto termine —dijo con aparente normalidad.

O'Hanlon entrecerró los ojos, aunque acabó asintiendo con la cabeza antes de abandonar el invernadero.

Mary se lanzó entonces a borrar de su móvil cualquier rastro que pudiera delatar su vida en Londres. Se deshizo de la foto de perfil que tenía con Flossie y varias amigas más en el selecto club Almack's y la cambió por una foto de Router de cachorro. Además de eliminar la frase «Una dama siempre es una dama» de su estado.

Una vez que lo tuvo todo bajo control, inició sesión en su correo para buscar con rapidez la respuesta a su *e-mail* del día anterior. Lo encontró enseguida y soltó un gritito exultante al leerlo.



La joven repasó cada palabra dirigida a ella, Mary Constance Bale, escondida tras sus iniciales. Jamás pensó que la recompensa por los riesgos que había tomado fuera esa enorme satisfacción al ver reconocido su trabajo. Estaba más que dispuesta a hacer más entregas.

Con una sonrisa prendida en el rostro, tecleó un *wasap* a O'Hanlon.



La respuesta hizo vibrar su móvil enseguida.



Mary contuvo un suspiro por lo obtuso que era ese dichoso hombre. Aunque no le hubiera dado su número, era de esperar que intuyese que era ella. Tecleó una vez más.



Aporreó las teclas con rabia, más ofendida de lo que le gustaría.



La risa precedió a la entrada del irlandés en el invernadero, con el móvil en la mano.

—Vaya, así que, además de misteriosa, eres vengativa.

Mary se sonrojó un poco, pero no se dignó a contestar.

—Tú no me harías eso, ¿verdad, camarada? —preguntó entonces al pug con fingido horror.

Router bostezó y se humedeció la nariz con un par de lengüetazos, sin moverse de su cómoda postura a la sombra de un naranjo.

—Se merece eso y más —resopló Mary al fin.

O'Hanlon se sentó a su lado en el banco en el que se encontraba. No se había percatado de lo estrecho que era hasta ese momento, cuando sus cuerpos se tocaron de forma inevitable. Ninguno dijo nada, y un cosquilleo en la oreja le recordó a Mary que aún llevaba el jazmín de invierno. Alzó el brazo para quitárselo, pero la mano inconfundible y masculina de O'Hanlon la detuvo.

—Déjate puesto, por favor. Te sienta bien.

—Tiene usted una forma muy peculiar de tratar a sus amigos —comentó la joven, mientras intentaba hacer caso omiso del sencillo cumplido que había traído de vuelta las mariposas a su estómago.

O'Hanlon la miró con unos ojos implorantes que le recordaron a los de Router cuando quería recuperar su afecto tras alguna trastada. Y eran igual de efectivos.

—Estaba bromeando. Ahora mismo sería incapaz de pensar en cualquier otra Mary.

Ella pasó un dedo con cuidado por la flor de jazmín como un gesto de paz.

—¿Qué quiere que hagamos en esta hora, señor O'Hanlon?

Allí estaba de nuevo ese brillo que había encontrado antes en su mirada y que subió la temperatura del invernadero un par de grados. El irlandés se pasó una mano sobre los labios y la barba pelirroja, claramente sopesando la respuesta, con la vista fija en ella.

—No me llamarás Red aunque te lo pida, ¿me equivoco?

Mary tan solo negó con la cabeza.

Al final, O'Hanlon llegó a una decisión que lo hizo reacomodarse sobre el banco. Se cruzó de piernas y estiró un brazo sobre el respaldo, tras la espalda de la joven.

—Pregúntame lo que te parezca.

Mary se sentía bastante sobrepasada por la abrumadora cercanía física del administrador de Roxbury Hall y se esforzó en pensar algo original, pero fracasó estrepitosamente.

—¿De qué parte de Irlanda procede?

Sus rasgos se endurecieron un poco antes de hablar.

—Del Ulster.

—Oh, ya veo, entonces usted... puede que... Quiero decir...

No sabía cómo abordar un tema tan delicado.

—Existen dos posibilidades —siguió O'Hanlon por ella—. Que sea protestante, descendiente de colonos ingleses que llegaron para civilizar el salvaje Ulster. O que sea católico, con raíces celtas y con antepasados que fueron expulsados de sus tierras de forma violenta por esos ingleses. No hace falta que me digas cuál crees que es la opción que se ajusta a mí.

Mary se quedó callada, algo turbada por la situación. O'Hanlon lo notó al instante y toda la tensión desapareció de su cuerpo. Le sonrió con su sonrisa de pillo.

—¿Sabes que desciendo del mismísimo conde y proscrito Redmond O'Hanlon, conocido como el Robin Hood de Irlanda?

—¡No existe tal cosa! —Mary rio, algo más relajada.

—Será muy sencillo demostrarte que fue real —la contradijo él, risueño, a la vez que desbloqueaba su propio móvil.

En efecto, el héroe irlandés que robaba a los ricos para dárselo a los pobres sí que había existido, lo pudo comprobar en la Wikipedia. Así como ver las ruinas del castillo de Tandragee, el hogar ancestral de su clan. Hablar y bromear con O'Hanlon pasó a ser algo tan natural como respirar.

Un extraño zumbido que salió de la muñeca del administrador los interrumpió. El hombre se arremangó la chaqueta y la camisa de lado izquierdo, hasta que dejó a la vista un reloj de última generación, causante del ruido.

—¿Es un *smartwatch*? —se interesó Mary.

—Sí —respondió, con una mueca de desagrado—. Con todas esas funciones de gran alcance que apenas se utilizan, ya sabes: sumergible, con control de voz y aplicaciones deportivas como medir tu ritmo cardíaco. Programé la

alarma para que sonara cuando hubiera transcurrido una hora.

¿Ya tenía que marcharse? ¿Aunque la hora le había parecido tan solo unos segundos?

Mary estaba, una vez más, al borde del peligro, pero venía acompañado de una tentación a la que parecía incapaz de resistirse.

Capítulo 8

La interminable clave de acceso para el *wifi* del segundo día, «Un jazmín irascible pero encantador», consiguió sacarle los colores a Mary. La del cuarto día, en cambio, la hizo reír a carcajadas. Las contraseñas siempre estaban relacionadas con ella y, en ese caso, con él. Introdujo «El azote de los proscritos» con cuidado de no confundirse en cada letra para no tener que volver a empezar, y se dispuso a echar un vistazo a todas las notificaciones que se habían ido acumulando mientras no disponía de conexión.

Flossie había contestado, por fin, al audio que le había enviado aquella primera y tortuosa jornada pasada por agua en el carruaje de camino a Cheriton Cottage. Era un par de mensajes de voz, así que pulsó el *play* para escuchar el primero, muy interesada en la respuesta de su amiga.

—Mi queridísima Mary. Sé que no te servirá de mucho, pero tu hermano y yo sentimos de corazón que hayas tenido que desplazarte hasta Hampshire por nuestra culpa. Aunque esté sentado justo a mi lado, no tengo empacho en decirte que la pésima y romántica idea de fugarnos a Gretna Green para casarnos fue cosa suya. Así que espero que descargues tu justificado enfado de manera equitativa entre cada uno de nosotros. Anthony se lo merece más y... ¡ay!

Mary curvó los labios hacia arriba al escuchar el fingido tono de enfado de su hermano de fondo, y las risas de los dos antes de que el audio se cortase. Pulsó el *play* de nuevo. En esta ocasión, se trataba de Anthony desde el

Whatsapp de Flossie.

—*Mary, he hablado con mamá para que entre en razón y cada vez parece más convencida con la idea de que regreses. La situación en Londres se va calmando por momentos. Apenas se escucha ya algún que otro cuchicheo cuando Flossie y yo aparecemos en un lugar público. De hecho, esta renacuaja parece haber puesto de moda los selfies descarados para encontrar marido y se ha convertido en una celebridad. Ten paciencia, dentro de muy poco podrás estar de vuelta en casa, con nosotros.*

Qué caprichosos eran los deseos. Hacía apenas una semana, esas palabras la habrían hecho dar brincos de alegría en la pequeña y solitaria casita de campo de tía Louisa. En ese instante, en cambio, no tenía ni la más mínima prisa por volver. El tiempo que pasaba con O'Hanlon estaba cronometrado y medido, pero cada vez se sentía más a gusto, más ella misma, cuando se encontraba con el administrador de Roxbury Hall, y tenía la convicción de que su relación iría cada vez mejor si empleaban las suficientes horas para ello. Pero la difícil pregunta era ¿cuántas horas serían suficientes? ¿Existía tal cosa para una situación demasiado agradable que tendría que acabar cuando apenas estaba comenzado?

Envío el icono de un pulgar hacia arriba en el *chat* de Flossie, sin ganas de explayarse en la respuesta, y avisó a O'Hanlon de que ya podía entrar en el invernadero. Este acudió enseguida y se sentó de la forma en la que lo hacía siempre, con un brazo en respaldo del banco, alrededor de Mary, hasta que la joven sintió el familiar hormigueo en el estómago.

—¿A qué viene esa cara tan preocupada? —inquirió el irlandés, con sus penetrantes ojos sobre ella.

—¿Me echará de menos cuando me vaya? —preguntó a su vez. De forma demasiado impulsiva, quizá, pero sin poder evitarlo—. Cuando me vaya lejos, quiero decir.

El brazo que había descasado tan cerca de ella, bajó hasta su cintura y la apretó contra el sólido cuerpo de O'Hanlon.

—¿A dónde irás, Mary? —Su tenue acento sonaba alarmado.

La reacción de Mary fue situar una mano sobre su amplio pecho, como si necesitase un punto de apoyo, pero no respondió.

—Lo siento —se disculpó O’Hanlon—. Sé que no debo preguntar. Pero es condenadamente difícil no hacerlo. —Colocó la mano libre encima de la de Mary y la mantuvo pegada a él—. ¿Me avisarás al menos cuando te vayas o desaparecerás tan misteriosamente como llegaste a mí?

—No desapareceré así.

Aquella promesa, por fortuna, no le parecía difícil de cumplir.

O’Hanlon la retuvo de esa forma durante casi toda la hora que pertenecía a ambos, y a Mary no le importó. Apenas charlaron, pero eso tampoco pareció relevante. Les bastaba con tan solo sentir lo juntos que estaban el uno del otro.

—¿Mañana me enseñarás cómo pintas, misteriosa Mary? —fue la despedida del irlandés.

Acababa de sonar la alarma que ponía fin a ese tiempo de intimidad y Mary también necesitaba reafirmar que todavía tenían un día más. Por lo menos, un día más.

—Sí. —Le sonrió y agarró la correa de Router para emprender el camino de vuelta a Cheriton Cottage, con el ferviente anhelo de que los segundos volasen y, a la vez, temiendo que pasaran demasiado rápido.

Capítulo 9

Mary sacó la tableta gráfica de un bolsito que hacía las veces de funda y encendió la pantalla. En una de sus conversaciones con Redmond O’Hanlon, había comentado que dibujar era una de sus actividades favoritas, de ahí la petición que le hiciera el irlandés el día anterior. No le había explicado, sin embargo, que no pintaba a la vieja usanza, utilizando un lienzo y acuarelas, sino de una forma mucho más práctica y con un único lápiz óptico. Ver la expresión de perplejidad en el rostro de O’Hanlon resultó ser bastante cómico.

—Debería grabar este momento irrepetible con mi móvil. El ingenioso señor O’Hanlon, sin palabras con las que tomarme el pelo. —Rio con los ojos chispeantes enfocados en él.

—Y yo no debería olvidar algo que ya sé —replicó, sus ojos de motitas amarillas también brillaban—. Que una mujer enigmática como tú guarda infinidad de sorpresas. ¿Quién te enseñó a utilizarla?

Señaló la tableta con el dedo índice, y Mary se encogió de hombros para después responder con sencillez.

—Soy autodidacta.

No era muy normal que las mujeres tuvieran acceso a esas esferas tecnológicas del arte. Además, el dibujo digital era un tema muy controvertido al que se oponían con vehemencia numerosos eruditos de la Real Academia de las Artes. Aquellos atrevidos que lo utilizaban con asiduidad eran tachados de excéntricos sin respeto alguno por el gusto estético. A ella simplemente le

resultaba un cómodo avance. La herramienta perfecta para sus objetivos.

—Un aparato así también supone una importante suma de dinero... — comentó O’Hanlon como de pasada, aunque con cierto aire pensativo.

—¿Le gustaría ver alguno de mis trabajos? —preguntó con rapidez para intentar distraerlo. No quería que sacarse conclusiones que podrían estar demasiado cercanas a la realidad. Como, por ejemplo, que procedía de una familia acaudalada de la aristocracia. Esas que tanto parecía despreciar.

—Nada me complacería más.

En el momento de la verdad, Mary se puso un poco nerviosa al tener que enseñar su creación a alguien que no fuera su madre, su hermano o Flossie.

Se decantó por el último retrato que había hecho de Router.



Un silbido de admiración llegó a sus oídos, seguido por las palabras de O’Hanlon.

—Posees un enorme talento, Mary.

La joven se ruborizó de placer y esbozó una pequeña sonrisa.

—El mérito es del excelente modelo.

Un ronquido que procedía de unas cuantas plantas a su izquierda fue todo lo que necesitaron escuchar para conocer la opinión de tan soberbio modelo sobre el asunto. En esa ocasión, eran las patas traseras las que tenía alzadas mientras dormitaba, apoyadas contra una maceta.

—Sé que no he sido dotado con la apostura de Router, pero será un honor para mí si en algún momento decides retratarme.

O'Hanlon le guiñó uno de sus ojos de fuego y Mary se giró un poco hacia él.

—Es muy apuesto. —Enseguida fue consciente de lo que acaba de decir y se apresuró a puntualizar—: En el sentido artístico de la palabra, por supuesto. Me refiero a la... —Movié el lápiz óptico en el aire en dirección a O'Hanlon—. Simetría de sus rasgos, la fascinante tonalidad de su piel y sus cabellos...

«Mary, creo que lo estás empeorando».

O'Hanlon se aproximó poco a poco, con una sonrisa canalla que, para ella, lo convertía en mucho más que tan solo un hombre guapo.

—Fascinante —repitió en un tono muy bajo—. Yo podría decir exactamente lo mismo de ti, Mary. Me fascinan la perfección de sus ojos y de tus labios, la suavidad de tu pelo. —Estaba tan cerca que Mary notó cómo su aliento agitaba uno de los mechones que acababa de alabar, que cayó sobre su sien—. Eres, artísticamente hablando, una mujer muy apuesta.

—¡No puede inventarse palabras! —exclamó la joven, divertida a pesar de los pinchazos de agitación que el irlandés le provocaba cuando le hablaba de esa forma tan íntima.

—Lo lamento, pero ya lo he hecho. Esa será la contraseña de mañana: «Apuesta Mary». Con las primeras letras en mayúsculas.

—No se toma nada en serio, señor —lo regañó, con una notable falta de convicción.

—Oh, te sorprenderías de lo en serio que puedo tomarme algunas cosas, Mary. Te sorprenderías...

Mary creyó sentir que la boca de O'Hanlon rozaba su frente antes de apartarse y el sonido de su corazón pareció superar los ronquidos de Router.

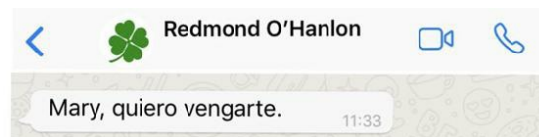
Cuando la alarma sonó y tuvieron que despedirse, había una atmósfera un poco diferente entre ellos. Era algo muy sutil, pero que anunciaba cambios, como esa cierta electricidad en el aire antes de una tormenta. Si era porque el día anterior había puesto en palabras la realidad de que pronto podrían no verse más, eso no lo sabía.

En lugar de quedarse dentro del invernadero, como solía hacer, O'Hanlon la

acompañó hasta la puerta y la siguió con la mirada mientras Mary se alejaba. Estaba segura porque podía notar el calor de esos ojos sobre su espalda.

Estaba tan concentrada en el hombre que dejaba atrás que la joven se sobresaltó cuando un zumbido anunció un mensaje entrante en su móvil. Se encontraba casi en el límite en el que perdía la cobertura, al borde del robledal. La pudo la curiosidad por comprobar si *madame* Leroux había escrito, a pesar de que había establecido una fecha bastante lejana para su próxima entrega. Se detuvo con su perro y sacó el teléfono del manguito.

La primera línea la hizo fruncir el ceño. Era de O'Hanlon.



«¿Vengarme? ¿Y se puede saber de qué quieres vengarme?». Iba a teclear su extrañada pregunta, cuando entró el siguiente mensaje.



Mary esperó, con el corazón en un puño, a que O'Hanlon enviara el siguiente texto. Ese que anunciaría que el autocorrector había vuelto a jugarle una mala pasada. Pero no llegó. Fue girando poco a poco sobre sí misma hasta quedar frente a Roxbury Hall de nuevo.

Y frente a su administrador.

Capítulo 10

O'Hanlon avanzó los escasos metros que aún los distanciaban con paso seguro, sin desviar su atención de Mary ni un solo segundo. Ella trataba de descubrir si era real que acabara de pedirle un beso.

—Este condenado trasto —dijo el irlandés, con un gesto hacia el *smartwatch* al detenerse a su lado— va a romperse al intentar contar mis pulsaciones mientras aguardo tu respuesta.

Luego se pasó la mano derecha por los mechones en llamas con una expresión muy solemne en el rostro. ¿Nervioso? ¿Él?

Su reacción despertó una inmensa ternura en Mary, así como algo excitante y apremiante en su interior. El ritmo cardíaco de la joven también estaba revolucionado cuando dejó la tableta gráfica en el suelo con mucho cuidado y soltó la correa de Router. Se alisó algunas arrugas de la capa azul y alzó levemente la cabeza para dirigirse a él. No creía que aquello fuera algo que hicieran los amigos, tampoco estaba en su naturaleza flirtear o mostrarse atrevida, pero lo deseaba más que nada, así que pronunció con un hilillo de voz:

—Adelante, señor O'Hanlon.

Fue suficiente para que la oyera. Avanzó el último milímetro que quedaba entre sus cuerpos y rodeó el rostro de Mary con las manos. Sus pulgares le acariciaron las mejillas con delicadeza a la vez que se inclinaba y unía su boca con la de ella. Mary, casi de puntillas, se apoyó en el pecho de O'Hanlon

y sintió el roce de la barba sobre su piel. Ninguno de los dos entreabrió los labios ni detuvo el beso durante lo que pareció una eternidad. Fue una experiencia dulce hasta marear.

Cuando se separaron, los dos tenían una sonrisa tonta en la cara.

—Estaba convencido de que serías la causante de que se volviera completamente loco.

Mary no estaba segura de si O'Hanlon se refería al reloj o a su corazón, que sentía latir descontrolado bajo la palma. Sin embargo, no tuvo tiempo de preparar una réplica, ya que el irlandés se estaba desabrochando la correa gris del *smartphone* para luego tenderse a ella.

—Quiero que lo tengas tú.

—¿Yo? —repitió, con los ojos muy abiertos por el asombro—. No, no podría aceptarlo —lo rechazó al fin, agitando la cabeza.

—Mary. —Pronunció su nombre con firmeza—. Necesito que lo tengas, ¿sabes por qué?

Ella negó una vez más con la cabeza.

—Porque cada vez que lo mires tendré la absoluta certeza de que estarás pensando en mí. Que recordarás nuestras horas juntos. Y... —Pareció tragar con algo de dificultad—. Tendré la esperanza de que mañana, cuando vengas a verme, elijas desconectar la alarma que yo mismo programé como un estúpido, y quieras pasar más tiempo conmigo.

Mary tenía un nudo enorme en la garganta. Así que solo fue capaz de ofrecerle su muñeca izquierda a O'Hanlon. Este reaccionó con rapidez y le abrochó la correa con suavidad; le quedaba un poco holgado, pero la joven lo contempló deslumbrada, sin apenas parpadear.

—Hasta mañana, entonces, misteriosa Mary —dijo O'Hanlon, su voz cadenciosa cargada de promesas.

—Hasta mañana. —Lo miró con timidez—. Red.

Los ojos amarillos despidieron una llamarada antes de que la abrazase para robarle un rápido beso, que también habría disparado el contador del

smartwatch de haber estado sincronizado con el cuerpo de Mary.

El camino de vuelta a Cheriton Cottage lo realizó envuelta en una esponjosa nube de romanticismo. De la que cayó en picado poco antes de atravesar el umbral de la casa. El beso había cambiado muchas cosas, al menos para Mary, pero otras seguían exactamente iguales.

La desavenencia entre Roxbury y los Bale seguía vigente. Sin el menor sentido para Mary, pero tan presente como un muro invisible que hacía muy complicado relacionarse con el administrador del marqués fuera de las clandestinas paredes del invernadero.

Por otro lado, aunque se le revolvía el estómago solo con pensarlo, no podía ignorar el hecho de que perteneciesen a clases tan distintas. A Mary le importaba un bledo, pero su madre y su círculo social podían ser despiadados cuando se lo proponían y O'Hanlon, al menos, tenía derecho a saberlo.

Eso la llevaba a la última y más difícil de las cuestiones. Puede que estuviera malinterpretando o exagerando las intenciones del irlandés, pero ella no se atrevía a desvelar su identidad, por su reputación y la de su familia, lo que hacía incierto, si no imposible, un futuro entre ambos.

Se quitó la capa, soltó a Router y se encaminó a la salita de estar, donde le había parecido escuchar trajinar a su tía abuela. Quizá era una buena ocasión para resolver alguna de las trabas que la inquietaban.

—Hola, tía Louisa —la saludó con una sonrisa.

—Oh, hola, querida —respondió alegremente la mujer. Llevaba puestas las lentes de aumento y estaba inclinada sobre una cajita en la que rebuscaba entre los carretes de hilo—. ¿Habéis disfrutado del paseo?

«Más que nunca» pensó, al recordar el beso.

—Desde luego. —No pudo evitar suspirar al acomodarse en el sofá. Temía la conversación que vendría a continuación—. ¿Te importaría sentarte a mi lado?

Dio unas palmaditas en el hueco tapizado que quedaba a su derecha. Su tía bizqueó, algo extrañada, y tomó el bastón para llegar hasta ella.

—¿Ha ocurrido algo con tu hermano? Si ese muchacho ha vuelto a hacer algo para afligirte, no se escapará de mis bastonazos esta vez —amenazó, dando unos golpes en el suelo con dicha arma.

—No será necesario, tía, ya que no se trata de Anthony. —Se pasó la lengua por los labios antes de continuar a bocajarro—. ¿Qué ocurrió entre nuestra familia y los Roxbury? Ya soy lo bastante adulta como para que me hagáis partícipe de estas cosas.

Tía Louisa empalideció, como siempre sucedía cuando sacaba el tema. La única diferencia era que Mary nunca había hecho una pregunta tan directa, de la que era imposible evadirse.

—Es... es mejor que las viejas rencillas se queden donde están, querida. En el pasado —dijo con un titubeo y la voz tenue.

—Entonces, ¿hubo un enfrentamiento real? ¿Algo que tenga solución? —demandó saber, no sin cierta ansiedad.

La tía abuela Louisa se quitó las gafas y posó sus ojos azules y bondadosos en ella. En esos momentos desbordaban inquietud.

—¿Por qué razón quieres saberlo, Mary? ¿No te habrás acercado a esa casa? La joven inspiró hondo y le sostuvo la mirada.

—Lo he hecho, tía. He visto la mansión.

El brazo de su tía salió disparado y la aferró con una fuerza inusitada.

—¿Y al marqués? ¿También lo has visto?

—No. A él no —respondió, pero no se sentía capaz de hablar de O'Hanlon todavía.

—¡Válgame el cielo, niña! —La soltó y se llevó la mano al pecho. Mary se angustió mucho al ver lo alterada que estaba—. No vuelvas a hacer una cosa así, te lo ruego, o acabarás con tu pobre tía.

—Pero... —protestó débilmente.

Tía Louisa se puso en pie con mucho esfuerzo.

—Por favor, Mary, olvídate de este asunto. Pronto volverás a Londres, a tu vida, y este pequeño rincón del campo perderá toda importancia para ti. — Una punzada atravesó el corazón de Mary. Jamás podría olvidar a Redmond O’Hanlon, cualquiera que fuera el camino que tomasen—. Ahora voy a recostarme, querida, no me encuentro bien.

Mary tampoco se encontraba bien; se percató de ello al limpiarse una lágrima que se había derramado, solitaria, por su mejilla.

Capítulo 11

Las aguas del estanque artificial estaban tan tranquilas esa mañana que permitían una réplica perfecta de la mansión. No había nada que distorsionara sus gráciles formas, hasta que algún ganso o pato silvestre se decidiera a darse un remojón y las ondas creadas por sus cuerpos transformasen algo bello en algo extraño.

Mary no se dirigió directamente al invernadero, sino que caminó con Router alrededor del perímetro del estanque, pensativa. Llevaba el pelo recogido en un moño flojo, y uno de los sencillos vestidos que había escogido para la apacible vida en la campiña. Su capa azul, por la que se la podría reconocer en cualquier sitio, ondeaba tras ella.

Así la encontró O'Hanlon, quien se aproximó con un alegre silbido.

—Buenos días, mi hermosa señorita Mary —la saludó con una elegante venia y un tono pícaro en su musical cadencia que desmentía esos cuidados modales y que la hizo temblar por dentro—. Tengo el presentimiento de que te encantará la contraseña de hoy. Es...

—Red —lo interrumpió alzando una mano—, se lo agradezco, pero hoy no me conectaré a Internet.

—Ah, ¿no?

La expresión en sus rasgos se había vuelto cauta. Mary suponía que la arruguita que se había formado entre sus cejas al fruncir el ceño no ayudaba a tranquilizarlo, pero era incapaz de borrar ese signo de preocupación de su

propio rostro.

—¿A qué se debe tu decisión? —Inclinó la cabeza para estudiarla mejor—. ¿Debo alegrarme porque quieres pasar más tiempo conmigo o... temes que vuelva a besarte y esto se trata de una despedida?

Ni una cosa ni la otra. Lo que Mary quería preguntarle, con muchísimo esfuerzo, era si podría propiciar un encuentro entre ella y el marqués. Estaba convencida de que O'Hanlon desconocía el altercado que tuvo lugar tantísimos años atrás entre las dos tierras vecinas, pero quizá podría ayudarla a hablar con lord Roxbury.

—Verá, yo... —comenzó.

Su petición se vio interrumpida por un maullido, seguido por los frenéticos ladridos de su perro.

—¡Router, quieto! —gritó, pero era demasiado tarde para evitar la catástrofe.

El pequeño pug tenía una fuerza nada acorde con su tamaño y, al tirar de la correa para perseguir a su presa gatuna, pilló a Mary con la guardia completamente bajada. La joven hizo un esfuerzo sobrehumano por mantener la verticalidad, trastabilló, se balanceó... y fue a parar con sus huesos en el estanque.

O'Hanlon tampoco logró llegar a tiempo, aunque sus botas quedaron arruinadas cuando se metió en el agua para ayudarla a ponerse en pie. Mary había caído sobre su trasero y estaba calada de cintura para abajo.

—Por todos los... —O'Hanlon contuvo el juramento y tomó a Mary de la cintura—. ¿Te has hecho daño?

—Solo mi orgullo —refunfuño, mientras dirigía una mirada asesina a Router, que la contemplaba seco y compungido desde la orilla, con las orejas gachas y el rabito en movimiento—. ¿De dónde habrá salido ese gato?

Había visto una bola blanca que cruzaba la hierba a toda velocidad para volver a desaparecer.

—Es gata, en realidad —dijo O'Hanlon, a la vez que se pasaba los dedos

por la barba. Lo más seguro que para contener la risa—. Llevaba varias semanas fuera de la mansión, envuelta en algún devaneo, sin duda. Se llama Lulú y, antes de que me preguntes, pertenece al marqués de Roxbury. Él eligió el nombre.

—Bien —respondió Mary con dignidad—, mis felicitaciones por su... singular gusto. Yo tengo que marcharme, necesito cambiarme de ropa.

Le estaban empezando a castañear los dientes por el frío. No le extrañaría que comenzasen a formarse esquirlas de hielo en su ropa si tardaba mucho en regresar a Cheriton Cottage.

—Ni hablar, Mary —dijo O'Hanlon, mortalmente serio esta vez—. No voy a consentir que mueras de una pulmonía mientras caminas hasta Dios sabe dónde.

No le dio ni un segundo para contradecirlo. La alzó en brazos y echó a andar hacia la mansión, con Router pegado a sus tobillos.

—Bájeme en este instante —pidió Mary. Ese bruto pelirrojo la cargaba como si nada, concentrado en su destino y sin emitir un solo sonido—. ¡Eres un déspota, Red!

—Shhh. El marqués tiene un buen oído. —Mary se calló en un santiamén y O'Hanlon le dio un beso en la punta de su helada nariz.

—Esto será lo que haremos —susurró de nuevo, cuando alcanzaron el impresionante pórtico neoclásico—. Os meteré a Router y a ti en el salón azul. Ese desde cuya ventana vi a una misteriosa mujer que trataba de apoderarse del *wifi*. —Le dirigió una potente mirada, y Mary se pegó más a él de forma inconsciente—. Allí arde un buen fuego. Te llevaré una pila de mantas y me aseguraré de que nadie os moleste hasta que tus ropas se hayan secado lo suficiente como para salir a la intemperie.

A Mary, con las piernas casi en estado de congelación, le pareció un plan bastante razonable.

En cuestión de unos minutos, se encontraba sentada delante de una bendita chimenea, con Router tan cerca de las llamas que no le extrañaría que se le

chamuscasen los bigotes. Había extendido el vestido, la capa y las enaguas al lado de la fuente de calor para que se secasen, pero no se había atrevido a quitarse el resto de la ropa interior. Una manta muy abrigada le envolvía el cuerpo, y se permitió cerrar los ojos por un rato, con la imagen de Redmond O’Hanlon grabada tras sus párpados.

El gruñido bajo de Router la puso sobre aviso. El pelaje erizado de su lomo, que observó al abrir los ojos, confirmó un nuevo desastre.

—¡Router!

Mary consiguió atrapar a su perro a tiempo esa vez. Pero se revolvió como un poseso entre sus brazos al intentar dar alcance a la desafiante gata que se pavoneaba con la cola en alto delante de la ventana.

—¡¿Cómo diantres has conseguido colarte aquí?! —chilló desesperada—. ¡Lulú, márchate! ¡Fuera!

La puerta se abrió y la gata salió disparada antes de que volviera a cerrarse, como si presintiera que había llegado demasiado lejos, ya que Router consiguió librarse del firme agarre de Mary y se dio de bruces con la madera.

La joven, con la respiración agitada por el forcejeo, intentó colocarse uno de los tirantes de la camisola que se había escurrido, la manta que la cubría estaba caída en el suelo, y unos cuantos mechones castaños le dificultaban la visión.

Al apartárselos y alzar la vista, se encontró con que O’Hanlon estaba dentro de la habitación. Su respiración también parecía alterada y, esa vez, no mostraba intención alguna de marcharse de allí.

Capítulo 12

La mirada incandescente de O'Hanlon bajó desde sus cabellos revueltos hasta la punta de sus pies sin ninguna prisa. En el recorrido, se había detenido en la fina camisola y el corsé que realzaba su pecho pero, sobre todo, en los diminutos pantaloncitos bordados y adornados con puntillas que le cubrían hasta medio muslo. Dejaban una pequeña porción de piel al descubierto, justo por encima de las medias de seda y encaje, todavía un poco húmedas.

Cuando volvió a mirarla a la cara, los ojos del irlandés la atravesaron con tanto calor como si hubiera mirado directamente al sol.

—¿Qué demonios llevas puesto? —Su voz sonaba muy ronca, casi dolorida.

Mary empezó a caminar hacia atrás trazando un pequeño círculo para evitar la chimenea y algunos muebles, al mismo tiempo que él avanzaba.

—¿Es que no te gusta? —Apenas podía respirar, pero no pudo resistirse—. Lo he diseñado y confeccionado yo misma. Los pololos tan largos que tenemos que llevar las mujeres resultan bastante incómodos, así que se me ocurrió que, en fin...

Casi estaba balbuceando a causa del nerviosismo.

—¿Estás diciendo que lo has hecho tú?

—Sí... Verás, primero esbozo los dibujos en la tableta gráfica y, después, los coso. Yo... incluso hago diseños de encargo para una modista muy prestigiosa de Londres.

¿Por qué le estaba contando todo aquello mientras seguía yendo hacia atrás?

Parecía haber entrado en pánico.

—¿Y los has llevado todos los días que nos hemos visto? —preguntó O’Hanlon, parecía ser lo único en lo que estaba centrado.

Mary se mordió el labio inferior y asintió despacio. Él fue tan rápido que en un instante estaba de pie, y al siguiente estaba sentada a horcajadas sobre su duro cuerpo, en uno de los sillones de la salita.

—Vas a lograr que pierda la razón por completo, Mary —gruñó, antes de poner una mano en su nuca y buscar su boca.

Ese beso no tenía nada de la dulce contención del primero que se dieron. Ese beso era puro magma; intenso, casi doloroso y amenazaba con calcinarlos a ambos. Mary apoyó las palmas en las costillas de O’Hanlon, que subían y bajaban al igual que un fuelle, y le clavó las uñas al sentir por primera vez el empuje de su lengua, que trataba de abrirse paso en su interior.

Apartó los labios con delicadeza, vacilante, y unos dardos de fuego anidaron en su vientre al escuchar el gemido encendido de O’Hanlon y sentir que su lengua exploraba su boca con adoración. Se besaron durante un tiempo indefinido, hasta que Mary se sobresaltó un poco ante la extraña humedad que inundó ese lugar pulsante entre sus piernas cuando él posó las manos en la piel desnuda de sus muslos. Al principio fue un toque muy suave pero demoledor, que se fue haciendo más atrevido a medida que notaba la respuesta excitada de Mary. Un dedo indagador apartó el encaje de las medias, y dio un pequeño masaje a la marca que habían dejado sobre la carne sensible. Luego fue subiéndolo con cuidado, hasta introducirse debajo de la prenda que ella misma había diseñado. Era tan corta que casi acariciaba su sexo, y Mary soltó un jadeo, temblorosa.

—Red...

—Pararé. Aunque me cueste la vida, te juro que pararé cuando tú me lo digas.

Derramó esa promesa en su oído, a la vez que su dedo se hundía más hasta alcanzar sus pliegues. Mary dio una pequeña sacudida, y O’Hanlon dejó

escapar el aire entre los dientes mientras cambiaba ligeramente de postura para poder acceder mejor a su cuerpo. La palma, ancha y un poco áspera, viajó hasta su sexo y presionó con dulzura, pero con la suficiente potencia como para hacer gritar a Mary. Lo más impactante llegó justo después, cuando Redmond deslizó el dedo corazón en su interior y empezó a moverlo de forma rítmica, a la vez que trazaba círculos con el pulgar en un punto que enviaba rayos a cada poro de su piel. Ni siquiera fue consciente de que movía las caderas contra su mano, cada vez más rápido, ni de que había enredado los dedos en sus mechones pelirrojos mientras gemía con cada penetración. Solo sabía que estaba transida por un placer como nunca había sentido antes, que estalló en mil pedazos hasta hacerla derrumbarse contra el pecho de O'Hanlon, rendida.

Todavía estaban abrazados y jadeantes cuando se escucharon algunas voces no muy lejos de la sala.

—Joder —masculló O'Hanlon, apretándola más contra sí—. Si es el marqués, hablaremos con él y...

—No —lo rechazó Mary. Se apartó de él negando con énfasis—. No. No. No.

Necesitaba tiempo para asimilar la locura que acababa de cometer. La cabeza le daba vueltas. Le había confiado su mayor secreto, el que podría destrozar a su familia si se corría el rumor de que la hermana del vizconde Bale diseñaba ropa interior femenina. A pesar de que la hacía sentirse plena y orgullosa de sí misma, no le había revelado su identidad ni a la propia *madame* Leroux, la única modista que había aceptado sus ideas innovadoras en cuanto a una moda más cómoda y sofisticada para las mujeres. Además, no podría enfrentarse a Roxbury y lo que quiera que fuera a suceder en ese estado. Se apartó algunos mechones de la frente mientras buscaba una salida.

—Redmond, tenemos que aclarar muchas cosas. Entre tú y yo, antes de hablar con nadie más. —Le acarició la mejilla bajo la barba de fuego y le dirigió una mirada implorante—. Por favor, entiéndelo. No podría ser feliz si

fuera de otra manera.

O'Hanlon apretó la mandíbula, muy tenso.

—Será como tú quieras —accedió al fin, lo que provocó que Mary volviera a respirar—. Pero mañana despejaremos todas y cada una las incógnitas.

Ella lo besó por toda respuesta, y el administrador reaccionó al beso con igual fervor.

—Me marcharé ahora para entretener al marqués y darte tiempo a vestirme y salir de Roxbury Hall con Router —le indicó cuando se separaron. Luego la atravesó con sus ojos amarillos—. Te estaré esperando.

Mary asintió y se permitió unos momentos para contemplar cómo su alta figura abandonaba la habitación, antes de lanzarse de cabeza a por su ropa y ponerle la correa a Router.

Hizo el camino de vuelta como si tuviera alas en los pies, con emociones encontradas entre las que parecía sobresalir un sentimiento exultante por todo lo había vivido con O'Hanlon. Pero cuando llegó a Cheriton Cottage, un carruaje muy familiar estaba parado delante de la puerta, y una mano fría le oprimió el pecho. El momento que tanto temía había llegado. Entró a la carrera y se encontró a su madre, a Flossie y a Anthony en el salón.

Los tres se apresuraron a abrazarla, con diversas expresiones de preocupación en el rostro. Su madre se limpió las lágrimas con un grácil movimiento.

—Gracias a Dios que ya estás aquí, Mary. No sabíamos cómo localizarte.

—Estoy bien, madre. No ha ocurrido nada. —«Nada que se pueda contar en estos momentos», pensó para sí, agitada. Enseguida se dio cuenta de un detalle—. ¿Dónde está la tía abuela Louisa? ¿No ha salido a recibirnos?

Flossie agarró su mano con el semblante triste y todas las alarmas sonaron en el interior de Mary.

—La tía está bastante grave. —Fue Anthony quien respondió—. Ha sido una suerte que hayamos llegado hoy mismo, ya que el médico de la aldea no ha sabido tratarla. Partiremos muy pronto hacia Londres.

«¿Qué?». La mente de Mary era un torbellino que lo arrancaba todo a su paso. Y la losa de una gran culpa la aplastaba. El día anterior había incomodado a la tía Louisa hasta que la había hecho caer enferma. Se cubrió la cara con las manos, las piernas apenas la sostenían.

—¡Mary! —escuchó como a lo lejos que gritaba su madre. Debía ser Anthony quien la sujetaba—. ¿Y si se trata de una epidemia? No permaneceré un segundo más aquí. Ordenaré a los criados que trasladen a la tía Louisa al carruaje. Anthony, Flossie, os ruego que vosotros os ocupéis de Mary y de Router.

Todo ocurrió demasiado rápido. Una vez dentro del vehículo, con la cabeza embotada, Mary sacó su móvil y trató de desbloquearlo para enviar un *wasap* a O'Hanlon. Tendría que ser paciente, ya que él lo recibiría cuando Mary volviera a tener datos o *wifi*, pero fracasó en el intento. La pantalla estaba negra y no parecía que hubiera nada que pudiera hacerla cambiar. Entonces recordó el chapuzón en el estanque. El teléfono se había mojado y todo lo que contenía se había ahogado con él. Sin poder controlar los temblores, se llevó la mano a la muñeca, donde tenía puesto el *smartwatch* que Red le había regalado. El dispositivo había sobrevivido al agua, pero allí tampoco encontró el número que necesitaba. Derrotada, se aovilló en el asiento, apretó el reloj con fuerza contra su pecho y rompió a llorar, como si el golpe le hubiera hecho una esquirla en el corazón.

No muy lejos de allí, en Roxbury Hall, Redmond O'Hanlon salía del despacho del marqués tras haberlo distraído al contarle que su gata Lulú había vuelto a casa. Hizo una reverencia al anciano antes de darse la vuelta.

—Que tenga un buen día, milord.

—Condenado testarudo —le llegó la voz aún fuerte del marqués, a pesar de los años—. ¿Cuándo te vas a dirigir a mí como lo que soy? Tu abuelo.

Segunda Parte

Interferencia en la ciudad

Capítulo 13

Londres, dos meses después...

—Francamente, encuentro este invento de las redes sociales deplorable, querida. ¡Deplorable! —enfaticó una mujer delgada como un hueso a otra menuda e igual de escuálida, a unos metros de donde se encontraba Red—. Tengo entendido que la tal señorita Wharton, sin una sola gota de sangre aristocrática en sus comunes venas, ha podido acudir esta noche a la velada de lord Berrymore porque ganó la invitación en un sorteo de Instagram. ¡Organizado nada menos que por la propia hija del lord para obtener más seguidores en su cuenta!

—Intolerable, sin duda alguna. —Su *partenaire* se unió a la censura—. Hay que establecer límites. ¿Qué será lo próximo? ¿Que los plebeyos puedan conseguir entradas dobles para un palco de la ópera?

—¡Oh, Dios no lo quiera, Verity! —protestó la otra con sentimiento—. Sería un espectáculo bochornoso.

Redmond no pudo contener la mueca de desagrado antes de beber de su copa. En su opinión, la tal señorita Wharton había tenido muy mala suerte con el sorteo. Él mismo habría regalado su invitación de haber podido. Aquel era su primer acto público desde que había llegado a Londres y deseaba con todas sus fuerzas no haber tenido que asistir a ninguno jamás.

Iba a desplazarse a otra parte del salón para no tener que oír más sandeces hasta que anunciaran la cena, pero se detuvo ante las siguientes palabras de tan

distinguida dama.

—Aunque somos conscientes de que no es la única advenediza que se ha colado en un lugar que no le corresponde, ¿no es así? —Bajó un poco la voz e inclinó el cuello en ademán conspiratorio—. Sé de buena tinta que lo anunciarán formalmente esta noche después del baile. Estoy convencida de que al marqués, dada su avanzada edad, le han dado gato por liebre. O, en este caso, irlandés por inglés.

La risa burlona de esa hiena envuelta en seda le taladró los oídos y Red apretó el cristal tallado que sostenía hasta que se le quedaron los nudillos blancos.

—¿Te refieres a...? —La más menuda se detuvo y miró a su alrededor con escasa discreción. Cuando los ojos ratoniles de la mujer se detuvieron sobre él, Redmond inspiró hondo para apelar a toda su sangre fría y las saludó con la copa. Encontró un ínfimo placer en ver cómo las dos se ponían lívidas y salían apresuradas de la estancia.

Había recibido todos los insultos y desplantes posibles por ser irlandés, pero ahora también tendría que endurecer la piel ante comentarios envenenados que lo acusaban de aprovechado y usurpador. Si ellos supieran la verdad... Si supieran que no le había quedado más remedio que someterse a ese escarnio por un juramento. No debería dejar que lo afectase tanto, ya que, desde bien pequeño, había sabido de qué clase de vilezas eran capaces los de la clase alta, pero pronto obtendría lo que necesitaba y no tendría que perder ni un minuto más de su vida en ellos.

Apuró hasta la última gota del coñac y se dirigió al comedor en cuanto habilitaron el acceso. Su humor, ya oscuro de por sí desde que había partido de Irlanda tras la muerte de su madre, se había vuelto negro como un pozo en el que no se podía atisbar el fondo al abandonar Hampshire. Y encima de todo, cuando creyó que, al menos, un pequeño milagro había iluminado su vida, la dura realidad había vuelto a golpearlo hasta dejarlo ciego y vulnerable.

Pero había aprendido la lección. No volvería a confiar en nadie. No

volvería a creer que cada mujer de cabellos castaños con la que se cruzaba se daría la vuelta, le sonreiría y le diría que no lo había abandonado. Por su honor que iba a aprender a olvidar a la misteriosa y enloquecedora Mary. Aquella que no había cumplido ninguna de sus promesas.

Mary golpeteó el suelo del carruaje con la punta de su escarpín dorado. Estaba bastante intranquila, ya que era la primera actividad de la temporada que retomaba después de su regreso de Hampshire. Podría haber hecho su reaparición antes, pero no se había sentido con ánimos y había preferido quedarse cuidando a tía Louisa. Para su secreto e inmenso alivio, su tía no había enfermado por su culpa, sino que había sufrido una fortísima pulmonía que la tuvo postrada en la cama durante muchas semanas. En esos momentos, sin embargo, era la viva imagen de la salud, sentada junto a ella en el vehículo que iba dejando atrás iluminadas avenidas y oscuros callejones en su camino a la residencia de los condes de Berrymore, justo unos metros por delante del de Flossie y Anthony.

—Mary, espero que sepas disculpar el excesivo entusiasmo de esta pobre anciana —dijo, con las mejillas algo sonrojadas—, pero la última vez que acudí a una velada en Londres era una jovencita tan inocente como tú. Hace tantos años que no sé ni cómo lo recuerdo.

—Deberías haber venido antes a la ciudad, tía. Sabes que te hubiéramos recibido con los brazos abiertos —le reprochó Mary con cariño.

—¿Una viuda de campo en la capital? Tonterías, querida. Ni siquiera debería haberme dejado convencer para acompañarte esta noche. —Sonrió como una niña—. Pero no he podido resistirme.

La alegría de su tía contagió a Mary, que se acomodó el vestido de raso verde para acercarse más a ella y darle un abrazo.

—Disfrutaremos de un rato maravilloso. Aunque llegemos tarde para la cena, nos espera el baile.

—Ahora que tengo tres pies, bailaré mucho mejor que cuando solo disponía de dos —declaró tía Louisa, muy seria, bastón en mano.

La risa de ambas se escapó por la puerta del carruaje cuando el cochero la abrió frente a la mansión de los condes. Mary se apeó y frunció el ceño mirando la entrada señorial, segura de que acapararía unas cuantas miradas curiosas en su primera aparición tras el sonado matrimonio de su hermano con Flossie Easter y no estaba de humor para soportar cuchicheos. Llevó los dedos de la mano derecha a la muñeca izquierda y tocó la correa gris del *smartwatch*, como hacía siempre que necesitaba tranquilizarse.

—No sé por qué te muestras tan cabezota en cuanto a seguir llevando ese complemento tan horroroso —observó la tía Louisa, que no había perdido detalle del gesto—. Desluce ese vestido y ese peinado tan favorecedores. Por no hablar de que tienes tantas pulseras para elegir como piedras preciosas existen.

—Porque es especial —declaró con sencillez.

Porque había pertenecido a Redmond O’Hanlon.

Por una vez en dos meses, consiguió vencer el impulso de mirar su móvil de forma casi obsesiva. Era tiempo desperdiciado, ya que no encontraría lo que quería.

El terminal era nuevo, pero conservaba el mismo número. Aunque tardó más de una semana, removiò cielo y tierra para obtener las copias de seguridad de los *chats* de Whastapp y recuperar así el teléfono de O’Hanlon. Cuando por fin lo consiguió, se le saltaron las lágrimas de alivio pero, al empezar a redactar un mensaje, se sintió muy tonta. ¿Qué iba a decirle? ¿Que sentía haber roto su promesa y haberse esfumado? ¿Que seguía sin poder revelar quién era y que se encontraba muy lejos, pero que nunca dejaría de pensar en él?

Además, volvió a recordarse, conservaba el mismo número.

Y O’Hanlon no había llamado o escrito ni tan siquiera una vez en todo ese tiempo. Ella se había sentido angustiada y desesperada, pero el irlandés no había mostrado ni una pizca de interés en saber si se encontraba bien o la

razón por la que no había acudido a su cita después de lo que habían compartido. Aquello la enfureció y la entristeció. Pero, sobre todo, le dijo más alto y más claro que cualquier altavoz que la misteriosa Mary no había sido tan importante para él.

Con un quedo suspiro, se preparó para el baile de los condes de Berrymore.

Capítulo 14

Red jamás admitiría lo que pensaba ante nadie, así lo amenazaran con partirle los dedos de los pies, pero tenía que reconocer que las dos arpías que lo habían criticado en el salón tenían razón sobre la excesiva obsesión de la hija de los condes de Berrymore por las redes. Una vez que los más de cincuenta invitados se encontraron sentados a la mesa y los sirvientes depositaron otras tantas bandejas de comida, la joven dama paralizó a todos los comensales y prohibió que empezasen a comer hasta que no hubiera sacado fotos de todas las viandas. Durante toda la cena. De seis platos, entrantes y postres. Había sido agotador.

Se restregó los ojos, cansado, y abandonó el comedor en busca de un pequeño respiro antes del baile, aunque no pudo llegar muy lejos. Uno de los criados se le acercó, con un claro gesto de titubeo.

—Um.. s-señor —se atrevió a pronunciar, al fin—. Lord Roxbury lo espera en la biblioteca del conde, señor.

Red esbozó una sonrisa sarcástica e hizo un gesto afirmativo antes de seguir al criado. No era el primero en tener dificultades para encontrar la forma de dirigirse a él, un miserable irlandés, pero nieto de uno de los pares más acaudalados del reino. Podría haber utilizado duque del Arado o, incluso, rey de la Patata. Cualquiera de ellos se habría ajustado bien a su persona.

El criado golpeó dos veces, abrió y se hizo a un lado para que Redmond pudiera pasar, antes de volver a cerrar la puerta. Red nunca se acostumbraría a

que otros hicieran ese tipo de cosas por él. Sabía cómo funcionaba un pomo, por amor de Dios.

—Lord Roxbury —lo saludó, antes de acomodarse en un sillón de cuero, frente al noble.

A pesar de sus setenta y un años, Gustave Robin Neville, undécimo marqués de Roxbury, se hallaba en plenas facultades, tanto físicas como mentales. Los largos años que había pasado a lomos de un caballo en su juventud y su propia constitución lo habían dotado de una presencia imponente, movimientos ágiles y una espalda recta como una vara, que el paso del tiempo no había logrado encorvar.

—¡Soy tu abuelo, por todos los demonios! —vociferó el hombre, tras dar una palmada seca al reposabrazos del sillón—. Esa cabeza tan dura solo has podido heredarla de tu mitad irlandesa.

—Soy del todo irlandés —repuso Red, con los dientes apretados.

—Ya lo creo que no, muchacho. Tu madre, mi pequeña Prudie, era inglesa por los cuatro costados —lo rebatió. Su voz estaba llena de nostalgia.

—Las cosas cambiaron mucho para ella... —Sintió la conocida rabia bullir por sus venas al oír al hombre que había ignorado a su madre durante décadas hablar de ella de ese modo, y prefirió sortear el tema—. ¿Para qué me ha hecho llamar?

—Porque, muy a mi pesar, no puedo retrasar más el momento de decírtelo, antes de anunciarlo en público.

—¿Decirme qué? —Se sorprendió por el tono calmo que había conseguido imprimir a su voz, cuando por dentro todo daba vueltas como un remolino.

Roxbury apoyó los codos en el asiento antes de responder.

—He obtenido una patente real para ti, Redmond.

Aquello solo podía significar una cosa, el anciano planeaba convertirlo en uno de los suyos, y la ira estalló dentro de él con una poderosa deflagración. Se puso en pie a la velocidad del rayo.

—¡Y un cuerno! Le dije que jamás aceptaría su apellido ni nada que

proviniese de los malditos Neville. Accedí a que me presentara esta noche en público como su nieto con esa condición; si le avergüenza dirigirse a mí como Redmond O’Hanlon, cancele este circo y yo retomaré mi trabajo.

—Que no aceptarías nada de mí me quedó claro desde el primer día en que apareciste en mi puerta con el medallón de Prudie como prueba de que eras mi nieto, y aun así me obligaste a contratarte como administrador de Roxbury Hall.

—Siempre me he ganado mi propio sustento y un techo bajo el que estar, y siempre será así. —Se pasó una mano por el pelo, enfurecido—. Eso no tiene nada que ver con la promesa que le hice a mi madre de viajar hasta Inglaterra para encontrarme con usted. Soy un hombre de honor y cumplí con mi palabra, pero no vine buscando su caridad.

«Tan solo cumplí con la obligación de dar con los familiares de mi madre», pensó, recordando cómo tan solo con unas tenues frases susurradas con las escasas energías que le quedaban en su agotado cuerpo, *lady* Prudence Neville lo había atado con la cadena de hierro más pesada. Y no conforme con eso, angustiada por su futuro, también le había pedido que aceptase cualquier dinero que su familia inglesa le ofreciera, así podría sacar adelante la pequeña y ruinosa granja que poseían en el Ulster, y no vivir en la indigencia. Pero Red solo aceptaría las libras que se había ganado hasta ese momento, ni una más.

—Esa fue otra cosa que me quedó meridianamente clara. Pero con mis tierras y mi riqueza puedo hacer cuanto me plazca —sentenció, con esa seguridad autocrática, típica de las clases altas, que otorgaba el saber que se obtendría lo que se quería a toda costa. Algo que Red despreciaba.

—Pero no con mi apellido. Búsquese a otro pariente que perpetúe su rancio título. No renunciaré a ser un O’Hanlon para convertirme en un Neville ni por todo el oro del mundo.

Lo miró a los ojos, tan amarillos como los suyos, para que viera la firmeza inamovible de su decisión. Renegar del apellido de su padre sería renegar de todos sus principios, de la enseñanza de que uno cosechaba éxitos y los

disfrutaba a costa de dejarse la piel cada día y de nada más.

—Si hubiera solicitado el cambio de apellido, nunca me habrías perdonado por ello, muchacho. Y no iba a permitirlo. Ese no es el objetivo de la patente real.

Red parpadeó, pillado por sorpresa.

—Entonces, ¿cuál es?

—Desde ahora serás Redmond O’Hanlon, conde de Alton.

Red se sentó de golpe en el sillón, lo que provocó un crujido de protesta del cuero.

—¿Me ha comprado un título? —preguntó, incrédulo—. ¿Por eso insistió en venir a Londres, para negociar con el príncipe regente?

—Esa fue una de las razones, en efecto. Ya que te empeñas en no adoptar el ilustre nombre de los Neville, es imposible que heredes ni la fortuna ni el marquesado de Roxbury. Sin embargo, he hallado la forma de mitigar mi culpa por desatender a tu madre y, al mismo tiempo, asegurar tu bienestar y el de tu descendencia manteniendo tu condenado apellido irlandés. —Red iba negando con la cabeza conforme el marqués hablaba—. Poseo más tierras en Hampshire no vinculadas al título. Alton ha pasado a ser un condado y tú, testarudo O’Hanlon, el nuevo conde de una próspera hacienda. Podrás hacer de Alton Manor tu hogar.

—Me niego —gruñó sílaba a sílaba, a la vez que intentaba controlar la sensación de vértigo.

—La patente real es irrevocable.

Las dos voluntades de acero chocaron con un impacto brutal en la mirada que intercambiaron. Redmond se preparó para un duro enfrentamiento, por eso se quedó petrificado cuando vio cómo Roxbury hundía los hombros y se cubría la cara con las ajadas manos.

Era sobrecogedor ver a un hombre de su poder tan desvalido.

—He perdido ya demasiadas cosas en esta vida, Redmond. Cosas que jamás podré recuperar. Perdí el amor, perdí a mi propia hija... No voy a perderte a ti

también.

—Perdió a su hija porque así lo quiso. Mi madre habló de usted cada día de su vida hasta su último aliento.

El cuerpo de Roxbury se sacudió como si se hubiera electrocutado.

—Prudie lo era todo para mí. Me quedé viudo cuando tu madre apenas tenía seis años, y vivimos el uno para el otro. Hasta que...

—Hasta que se fue con un maldito irlandés, ¿verdad? —No dio tiempo a su abuelo a replicar—. Y lo hizo porque el vizconde Gabriel Bale había hecho trizas su corazón.

A él se le revolvieron las entrañas al pronunciar ese nombre y Roxbury abrió los ojos como platos.

—Así que te lo contó...

Sí, su madre le había contado que siempre había amado a lord Bale, pero que la traicionó de la forma más ruin. Connor O'Hanlon fue compañero del vizconde en el ejército y, enamorado de *lady* Prudence hasta la médula, le propuso casarse con él y marcharse juntos a Irlanda. Ella aceptó e intentó ser feliz con su marido, con quien tuvo a Redmond apenas un año después. Connor murió cuando Red tenía doce años y su madre afrontó con entereza todas las penurias que vivieron a partir de entonces, sin ayuda de nadie y sin recuperarse jamás de la tristeza que supuso su corazón roto.

—No supe protegerla —se lamentó su abuelo—. Tuvimos una terrible discusión para evitar que se marchase al Ulster, y fui un necio arrogante que se creyó menospreciado. Estaba tan dolido que tomé la canalla decisión de no hablarle más. Pero siempre pensé que ella volvería. Que no... moriría antes que yo. —Trató de ocultar las lágrimas que se le deslizaron por el rostro, pero Redmond las sintió como puñales—. Debería haber recordado que Prudie tenía más orgullo y valor que todos los hombres Neville juntos. Tendría que haber ido a buscarla a esa condenada isla, aunque hubiera sido a nado. Me arrepentiré lo que me queda de vida... Por eso, contigo...

Redmond no pudo evitar apiadarse de él.

—Puede anunciar lo que quiera esta noche. Sin embargo —aclaró—, cuando termine cierto asunto que me retiene aquí, volveré a Irlanda.

Una vez que hubiera reunido la cantidad suficiente para sacar la granja a flote, regresaría al Ulster, a la diminuta propiedad de la que se habían encargado su madre y él después de fallecer su padre. Aquella en la que la aristocrática *lady* Prudence se había despellejado sus delicadas manos y Red había entregado cada gota de sudor y sangre. Dejaría atrás un condado para que se extinguiese cuando apenas había comenzado a existir.

Capítulo 15

La música fue penetrando poco a poco en el cerebro desbordado de Red. Se había apoyado contra la pared del pasillo tras dejar a su abuelo dentro de la biblioteca, donde había quedado llorando su propia pena. No dudaba de que el anciano estaba arrepentido de la forma en la que se había alejado de su hija. No tenía sentido hundir más la daga y agrandar la herida. En el título de conde, prefería ni pensar.

Se encaminó hacia el salón de baile como un autómata. Las parejas de bailarines giraban sin descanso pero, para su sorpresa, no había orquesta, sino unos enormes altavoces en el extremo izquierdo de la sala.

Su cara debía expresar intriga, porque una dama rubia y con ojos azul cielo se aproximó a él y explicó:

—Es obra de la hija de lord Berrymore. Ha conectado Spotify desde su móvil a los altavoces con una interminable lista de reproducción de minués del siglo xvii, su danza favorita. Es una mezcla tan moderna y anticuada a la vez... Aunque encantadora, ¿no cree?

Red se centró en la joven y en el voluptuoso cuerpo que cubría un vestido de suaves tonos rosas. Era muy atractiva, además de atrevida. Él no conocía todas y cada una de las interminables restricciones de etiqueta de la alta sociedad pero, sin duda, una de las normas básicas era que una dama no podía hablar con un caballero sin haber sido presentados.

Los ojos azules, que chispeaban con malicia, contradijeron el adorable

mohín contrito que compuso antes de volver a hablar:

—Espero que no se sienta ofendido por las libertades que me he tomado al abordarlo así.

—Al contrario, me siento muy halagado —repuso.

La dama se llevó las dos manos al pecho, una exitosa estrategia para atraer la atención sobre tan rotunda parte de su anatomía, y luego extendió el antebrazo derecho.

—*Lady* Stella Penbrooke.

Red tomó sus dedos con delicadeza y depositó un ligero beso en el dorso de la enguantada mano.

—Redmond O’Hanlon.

No pensaba presentarse ante nadie como lord Alton.

—Lamento decirle que he jugado con ventaja, ya que sabía quién es usted. No se habla de otra cosa esta noche.

Red sonrió a su pesar. Aunque le parecía obvio que era una dama de muchas artimañas, su juego le resultaba divertido.

—No veo qué interés pueden encontrar tan ilustres personas en un simplón como yo.

—Oh, vamos. No se quite mérito. Que venga acompañado por el marqués de Roxbury, cuya ausencia de los salones de Londres lo ha convertido más en un mito que en una realidad, es suficiente estímulo. Incluso ha eclipsado la llegada del vizconde Bale al baile.

A Red se le pasó cualquier mínimo intento de bromear de golpe. Sintió cómo la sangre se le subía a la cabeza, y sus ojos se pusieron a rastrear cada centímetro de la pista. Sabía que Gabriel Bale llevaba muchos años muerto, pero el profundo rencor que sentía por el hombre que hizo tanto daño a su madre era tan corrosivo que se había extendido a todo aquel que llevara ese mil veces maldito apellido. La tortuosa necesidad de ver cara a cara al hijo de ese bastardo se adueñó de él.

—¿Dónde está? —demandó con voz cortante.

Lady Stella no pareció percatarse, ya que ella misma había fruncido los labios en una mueca de irritación.

—No lo sé. Suele desaparecer con su esposa nada más hacer acto de presencia en las fiestas. Algo de lo más desagradable. —La joven intentaba sonar mordaz, pero en su tono subyacía cierto dolor que no se le pasó por alto a Redmond. Ella prefirió cambiar de tema—. He visto a su hermana y a su tía abuela hace escasos minutos, sin embargo. También ha hecho sombra a su vuelta a los salones después de un periodo desaparecida, señor O’Hanlon.

«¿La hermana de Bale?». Red se estrujó el cerebro para ponerle cara y nombre. Pero no recordaba haber encontrado nada de ella en Internet. Todas las noticias de los motores de búsqueda se centraban en la correrías y escándalos de Anthony Bale; el último de todos, su repentina fuga y matrimonio con la hija del marqués de Wessex. «De tal palo, tal astilla», pensó con asco, y se apostó su granja a que la hermana no sería mucho mejor.

Entonces algo captó su atención y se le quedó grabado en la retina. Desapareció todo. La música, los altavoces, *lady* Stella... Excepto unos cabellos castaños y un *smartwach* con una correa gris, prendido de una exquisita muñeca.

Capítulo 16

Era su misteriosa Mary. Lo sentía latir dentro del pecho y vibrar en la piel. No importaba cómo o por qué estaba allí. Tenía que hablar con ella. Necesitaba tocarla.

En una especie de ilusión óptica, Red contempló cómo el vestido verde mar que llevaba ondeaba igual que olas sin espuma hasta desaparecer tras los cortinajes.

—Si me disculpa —se despidió de *lady* Stella. No le dirigió ni una mirada, solo salió en pos de la mujer que había conseguido volverlo loco.

Ella se había escabullido hacia los jardines, y una sonrisa predatoria se dibujó en los labios del irlandés al seguir sus pasos. Le recordó al primer día que se cruzó en su vida, cuando la vislumbró mientras corría como un gamo por los terrenos de Roxbury Hall hasta detenerse bajo su mismísima ventana.

Igual que en aquel momento, estaba de espaldas a él, solo que en lugar de estar concentrada intentando adivinar una contraseña de *wifi*, contemplaba las estrellas. Y Red no podía dejar de preguntarse si, bajo sus ropas elegantes, llevaría otro de esos conjuntos que casi había conseguido hacerlo caer de rodillas en su último encuentro.

Parecía que nada había cambiado en lo que a Mary se refería. Lo deslumbraba, despertaba en su interior sentimientos dulces que le recordaban a miel derretida y también un hambre voraz por probar cada recoveco de su suave piel. Todavía no podía creer que le hubiera propuesto esa absurdidad de

ser amigos. ¿Cómo podía ser amigo de alguien a quien deseaba tanto? Pero Red se había sometido a esa deliciosa tortura con tal de estar a su lado.

—Hola, misteriosa Mary —susurró en su oído cuando la tuvo tan cerca que pudo recrearse en su fragancia. Su corazón latió más deprisa al impregnarse de aroma a jazmín—. ¿Por qué no me dijiste adiós?

Sintió cómo su cuerpo se quedaba rígido y luego comenzaba a temblar. Se dio la vuelta para mirarlo con sus preciosos ojos castaños muy abiertos. De ellos parecían brotar la incredulidad y la emoción.

—Red...

No sabía si iba a añadir algo más, pero la resistencia de Redmond había alcanzado su límite y atrapó los carnosos labios de Mary, esos que habían pronunciado su nombre con tanta ternura, en un beso devastador. Gimió al notar que ella se lo devolvía con la misma intensidad, mientras enlazaba las manos detrás de su nuca. Las de Red, en cambio, recorrieron sus seductores contornos y la pegaron a su cuerpo hasta quedar encajados como si nunca se hubieran separado.

Siguieron besándose una eternidad, pero una pequeña conmoción en la casa les devolvió el sentido común. Se soltaron a regañadientes y echaron un vistazo por la ventana al interior del salón.

Redmond vio a su abuelo bastante agitado a la vez que daba órdenes a los sirvientes.

—Es Roxbury. Debe de estar buscándome —musitó sin pensar.

—¿Él es el marqués de Roxbury? ¿Está aquí y por eso tú también estás en Londres? —dijo una consternada Mary, con el rostro pálido—. Tengo que reunirme con mi tía...

Se sostuvo la falda verde para apresurarse a entrar por las puertas de cristal y Redmond intentó detenerla.

—¿Quién eres, Mary?

Ella no lo escuchó, o prefirió ignorarlo. Con una maldición y su sabor aún muy fresco en los labios, fue tras ella una vez más, sorteando a los grupos de

invitados. La joven se frenó tan en seco junto a una mujer de elevada estatura, que llevaba un bastón, que él casi se da de bruces con ellas. Se iba a dirigir a ambas cuando otra persona se le adelantó.

—Veo que ha encontrado a *lady* Mary Bale, la hermana del vizconde, señor O’Hanlon —canturreó *lady* Stella.

Redmond sintió un pitido en los oídos y un velo oscuro lo cubrió todo al ver la cara transfigurada de Mary. Apretó los puños, sin saber muy bien si cargársela al hombro y llevársela de allí, o ponerse gritar como un poseso.

—Aquí estabas, condenado muchacho —oyó la voz del marqués a sus espaldas—. Estaba a punto de llamarte al móvil. —Un círculo se había ido formando a su alrededor, atento a las próximas palabras de Roxbury—. Bien. Entonces, no hay por qué demorarlo más. Yo, Gustave Robin Neville, undécimo marqués de Roxbury, tengo el honor de presentaros a Redmond O’Hanlon, primer conde de Alton. Mi nieto.

Un rumor de exclamaciones y cuchicheos se fue desatando en el salón, como el ruido de la nieve que precede a una avalancha. Redmond, en cambio, solo tenía ojos para Mary, cuya mirada, de pronto, parecía haberse roto, como un fiel reflejo de la suya.

Lo que nadie esperó fue que el marqués se llevase una mano al pecho mientras pronunciaba:

—¿Lulú?

La dama del bastón, con el rostro blanco como una sábana, respondió sin apenas mover los labios:

—¿Gussie?

Y cayó desmayada al suelo.

Capítulo 17

El caos se adueñó de la ordenada mansión de los Berrymore, y alguien tuvo el tino de apagar el Spotify para que los invitados situados en primera fila del corrillo pudieran ir transmitiendo todo lo que ocurría tras el anuncio del marqués de Roxbury, de manera que sus palabras llegasen a los menos afortunados que solo habían obtenido un lugar al fondo.

—¡Tía!

El grito preocupado de Mary, inclinada en el suelo sobre la dama inconsciente, pareció poner de nuevo en movimiento a todos los protagonistas congelados en esa surrealista escena.

—Redmond, ayúdame a trasladarla a un lugar más cómodo —le pidió su abuelo con urgencia.

Red se aproximó a la mujer por el lado de Mary sin pensarlo siquiera, impactado todavía por la pasión que le inspiraba su nombre y la aversión que le provocaba su apellido. Sus condenados instintos lo instaban a tocarla para reconfortarla, aunque su cerebro se revelaba ante la mera idea y contraatacaba con la orden de que se mantuviera lo más lejos posible de ella.

Un hombre puso punto final a la lucha interna de Redmond cuando se abrió paso entre los asistentes sin ningún miramiento y se arrodilló junto a la joven, antes de pasarle un brazo por los hombros.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —exigió saber. Con la mano libre, acariciaba el rostro de la tía de Mary.

Redmond apretó los puños hasta que le dolieron, con rabia. Conocía a ese sujeto por las fotos de Google pero, de no haberlas visto, lo habría reconocido igual. Era una versión alta y musculosa de *lady Mary Bale*. Tenía exactamente el mismo color de pelo y sus mismos ojos profundos. ¿Cómo no se había dado cuenta al conocerla? Cheriton Cottage era la única vivienda en las cercanías de Roxbury Hall; el porte y su forma de hablar eran, claramente, los de una dama de noble cuna. Lo único que hubiera necesitado era sumar dos más dos para llegar a la conclusión de que la mujer que había aparecido ante él procedía de esa maldita estirpe, y que no era una ninfa surgida de la nada. Solo que no había más ciego que el que no quería ver, y Red se había sentido eclipsado por ella.

—Anthony, saquemos a la tía de la sala, te lo ruego —escuchó susurrar a una acongojada Mary.

El vizconde Bale se apresuró a alzar a la dama en brazos.

—¡Berrymore! —bramó lord Roxbury—. Que preparen un cuarto para la señora Cheriton. ¡Y que alguien utilice uno de esos endemoniados cacharros que llevan todo el día en la mano y llame a un médico!

—De inmediato, milord —se apresuró a responder un perplejo lord Berrymore.

A Red le sorprendió la actitud de su abuelo (a Mary también, por lo que pudo leer en su expresión), pero era lógico que, siendo vecinos, la señora Cheriton y él se conocieran, a pesar de la turbulenta historia de sus familias.

—Gussie... —volvió a murmurar a media voz la señora Cheriton, sin abrir los ojos.

Roxbury se acercó mucho a ella, tanto que lo que dijo solo alcanzó los oídos de los hermanos Bale y de él mismo.

—Aquí estoy. No voy a ir a ninguna parte.

Red parpadeó. Aquello ya no era lógico.

Por un momento, ninguno fue capaz de moverse, hablar o, incluso, maldecir. Volvían a ser estatuas superadas por la situación.

—¿Por qué no nos acompaña al cuarto donde trasladen a tía Louisa, lord Roxbury?

Redmond giró un poco el cuello para poner cara a esa voz enérgica y agradable. Otra dama joven, con cabellos color cobre y un rostro algo pícaro y de rasgos delicados, tendió la mano a su abuelo.

—Soy *lady* Florence Bale.

—Flossie... —se escuchó el gruñido de advertencia de Bale.

«La esposa del vizconde. ¿Qué narices pretende al ofrecerle algo semejante a Roxbury?».

—Sigan a Wilbur —interrumpió lord Berrymore en ese instante, con un sirviente pegado a su costado—. Él les mostrará dónde puede reposar la señora Cheriton.

La comitiva se puso en marcha con Bale, que cargaba con su tía, a la cabeza, seguido por Roxbury y *lady* Florence, sin duda guiados por un acuerdo silencioso de terminar de una vez con ese espectáculo delante de todos los invitados. Cuando Mary hizo ademán de ir tras ellos, sin embargo, Red no pudo evitar aferrarla del antebrazo y pegarse a su espalda.

—Hay entre nosotros una conversación que me muero por continuar, *lady Mary Bale* —murmuró, poniendo énfasis en cada letra de su nombre.

—No puedo decir lo mismo, *lord Alton* —le devolvió la ácida réplica, con el cuello girado hacia él y la furia brillando en sus iris pardos.

La soltó a regañadientes, con la seguridad de que esa vez no se esfumaría ante sus ojos como había hecho en Hampshire. Después de todo, ahora sabía quién era. Y dónde vivía. Y también, se recordó a sí mismo mientras se pasaba una mano por los labios, conocía los secretos más íntimos de su misteriosa Mary. Iría a la guarida de los Bale a buscarla si era necesario.

Una vez que se quedó solo, rodeado por una multitud extraña y ávida por enterarse de lo que había ocurrido, puso rumbo hacia la salida. Tomaría un coche de alquiler, y lord Roxbury podría volver a su residencia en Londres en su carruaje cuando le pareciera oportuno. Preguntaría a su abuelo por esa

relación inverosímil con la señora Cheriton al día siguiente.

Uno de los sirvientes de la mansión acababa de entregarle sus guantes y su sombrero, cuando una pequeña sombra se solidificó en la figura de *lady* Stella Penbrooke.

—Lord Alton, ¿puedo tener unas palabras con usted?

Red se guardó un suspiro al escuchar de nuevo esa forma de dirigirse a él e inclinó la cabeza.

—Por supuesto, *lady* Stella.

—Me ha sido imposible no percibir la tensión entre usted y los Bale escasos minutos atrás.

El irlandés no respondió, sino que esperó a que ella llegara al meollo del asunto. La joven no lo hizo esperar mucho.

—Ya que es un recién llegado a la ciudad, solo quería advertirle que tenga cuidado con ellos. En especial con el vizconde, él es muy dado a los escándalos y... —Se detuvo y tragó saliva—. Usted podría salir perjudicado.

—¿Lord Bale le ha hecho daño de algún modo, *lady* Stella?

La dama bajó la mirada al suelo, con los pómulos cubiertos de rubor.

—Es agua pasada, milord. Creí entender ciertas promesas que... no se cumplieron. Sin embargo, relacionarme con él me ha costado caro, ya que no todo el mundo encuentra grata mi presencia en las reuniones sociales.

Así que había estado en lo cierto al notar el dolor en la voz de *lady* Stella al hablar de Anthony Bale. Otra mujer más humillada y engañada por el deshonor que corría por las venas de esos desaprensivos que fingían ser nobles.

Como le ocurría la mayoría de las veces, y con el recuerdo de su madre abandonada más fresco que nunca tras todo lo que había ocurrido en aquella velada, se dejó llevar más por el corazón que por la cabeza.

—No sé cuánto tiempo permaneceré en Inglaterra, *lady* Stella. Pero, si encuentra adecuada mi presencia y me concede el honor de darme su número de teléfono, me encantaría ser su acompañante en aquellos eventos sociales a lo que piense asistir.

Capítulo 18

—No es posible.

—A mí también me cuesta creerlo.

—¿Se lo dirás a tu madre?

—Todavía no. Será lo mejor.

Mary escuchaba la conversación entre Flossie y su hermano como si llegase desde un lugar muy lejano. Sus voces apenas eran capaces de atravesar la densa barrera de sus pensamientos.

Los tres se encontraban en el comedor de la residencia de los Bale, degustando un desayuno tardío. Su madre ya había salido a hacer unos recados y la tía abuela Louisa se encontraba en su dormitorio para terminar de restablecerse del desvanecimiento de la noche anterior.

—¿Piensas que... todos estos años...? —Flossie titubeaba al hablar, aunque se hiciera la misma pregunta que ellos. Al menos, que Mary.

—No —respondió Anthony, tajante—. Lo habríamos descubierto.

—Me parecería muy romántico que se hubieran querido en secreto a lo largo de tanto tiempo —suspiró Flossie.

Aquello hizo reaccionar a Mary.

—¿Te parece romántico que la tía Louisa parezca que está a punto de darle un síncope por el horror cada vez que se pronuncia el nombre de Roxbury y que, de pronto, se dirija a él como «Gussie»? ¿O que el esquivo marqués la llame a ella «Lulú» y tenga una gata con ese nombre? —Hizo aspavientos con

los brazos—. Porque a mí me parece un rocambolesco galimatías.

—¿Y cómo sabes tú que la gata de Roxbury se llama Lulú? —la interrogó Anthony, con los ojos entornados.

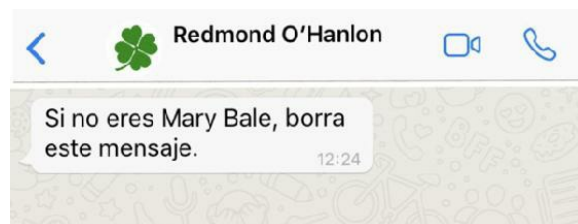
Mary cerró la boca de golpe, con el cerebro a toda máquina para encontrar una excusa creíble.

—Lo sé por Google, ¿de qué otra forma si no?

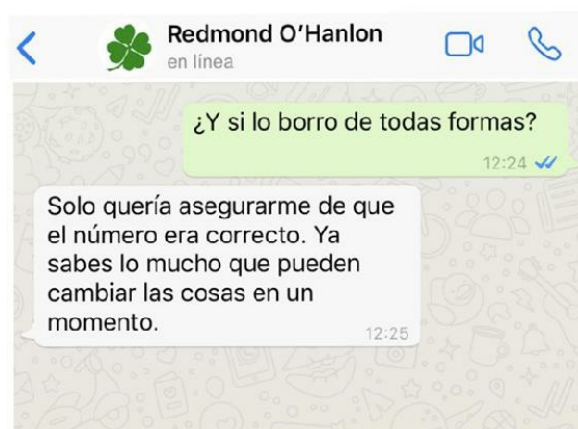
Anthony no pareció nada convencido con la respuesta. Lo vio coger aire para hablar, pero el sonido de entrada de un mensaje la hizo levantarse de la mesa del desayuno de un salto.

—Disculpadme —lanzó por encima del hombro, con medio cuerpo ya fuera de la estancia.

Desbloqueó la pantalla y abrió el Whatsapp.

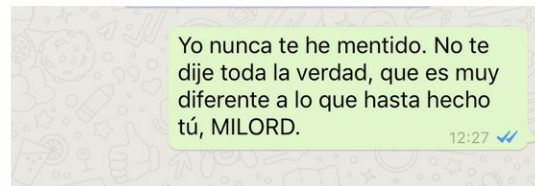


Mary soltó un bufido. ¿Tanto tiempo esperando con el corazón en vilo una señal de él en su móvil y le enviaba eso?

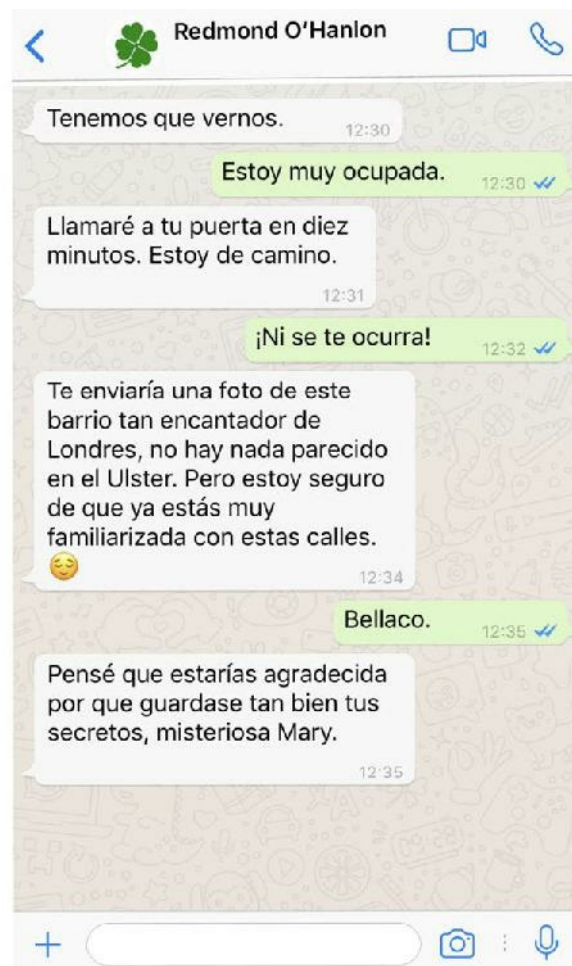


Mary resopló con el triple de fuerza. «Podrías haber confirmado que era mi teléfono muchas semanas atrás». Borró el texto enseguida y lo cambió por

otro. No le daría ese placer.



O'Hanlon también debió redactar una respuesta y luego borrarla, porque el «Redmon O'Hanlon está escribiendo...» de la parte superior de la pantalla, aparecía y desaparecía continuamente. Por fin, contestó.



¿La estaba amenazando?! ¿Cómo se atrevía? Mary se sentía cada vez más furibunda y preocupada. Era cierto que Redmond O'Hanlon conocía la verdad sobre los encargos de lencería que hacía para *madame* Leroux. Y no solo eso,

¡los había visto en primera persona! El corazón le dolía de pensarlo pero, después de cómo la había engañado sobre su identidad, no podía estar segura de que no lo revelara. Se mordisqueó el pulgar a la vez que pensaba en la mejor solución a aquel desastre. No podía permitirse dejarlo pasar a la casa, ya que Anthony y Flossie harían muchas preguntas que ella no quería contestar.



Mary dirigió una mirada asesina a la pantalla del móvil y no respondió. Se acercó de puntillas al comedor y escuchó a Flossie y a Anthony, que aún continuaban charlando. Con suerte, podría escabullirse un momento, dar una vuelta a la manzana en el carruaje de O'Hanlon –lord Alton, se recordó–, y volver a entrar sin que la echasen de menos.

El zumbido del móvil le anunció la llegada de ese irlandés embustero. Cogió rápidamente un chal para cubrirse la cabeza y se dirigió a la parte trasera de la residencia para escabullirse por las caballerizas. Con quien no contó fue con

Router.

—Me alegra mucho ver al chucho —comentó O’Hanlon con voz perezosa mientras le daba unas palmaditas en la cabeza al pug y el carruaje se ponía en marcha—, pero no lo llamaría una escapada discreta, precisamente.

Mary intentó no resollar demasiado fuerte cuando tomó asiento en el estrecho confinamiento del vehículo, pero había tenido que ir a la carrera con Router por media casa. Y, dado que los sándwiches de queso de la tía Louisa habían seguido acumulándose en la barriga del perro desde su llegada a Londres, no era lo que se decía ligero.

—No es un chucho, es un pug —lo defendió muy digna.

—Lo recuerdo, emperatriz.

El acento musical de O’Hanlon y la forma de llamarla le pusieron el vello de punta a Mary, que se obligó a centrarse en el presente.

—¿Se ha divertido mucho a mi costa, lord Alton? ¿Le pareció gracioso hacerme creer que era el administrador de lord Roxbury cuando es, en verdad, su nieto? —le recriminó.

Solo con pensarlo, le subían calores al rostro por el enfado y la vergüenza.

El irlandés, con la barba recortada y ropas elegantes, estaba sentado frente a ella y más guapo incluso que la imagen de él que Mary recordaba cada día. Se encogió de hombros.

—¿Acaso no puedo ser ambas cosas a la vez?

Mary soltó un gruñido muy parecido a los que emitía Router.

—¿Así que vas a poner las cosas difíciles? Entonces ordena que detengan el carruaje para que mi perro y yo podamos bajarnos.

—Las cosas son muy sencillas, Mary. Tú no me revelaste absolutamente nada. Yo te dije mi nombre, te conté cosas sobre mi vida, te abrí las puertas de Roxbury Hall.

—Olvidaste ciertos detalles de enorme importancia —resopló con ironía.

—Cierto. Poseer un título o no es vital para los de vuestra clase. —La abrasó con sus ojos amarillos—. ¿Hubieras decido quedarte conmigo en lugar de marcharte si te hubieras dirigido a mí como lord Alton en vez de solo como Red? Aunque no debes angustiarte por tu decisión. Mi abuelo compró el condado para mí hace muy poco; cuando me conociste, solo era un pobretón irlandés.

—Lo que estás insinuando es grosero e imperdonable. Y te desprecio por ello —siseó, con la voz rota.

¿Dónde estaba el Red tierno de Hampshire? ¿Quién era esa persona fría y rencorosa que tenía delante? Las lágrimas se agolparon en sus ojos sin que lo pudiera evitar.

Redmond la miró con el rostro crispado, como si también sintiera dolor. Dio un golpe seco con el puño a la puerta del carruaje que la sobresaltó, y luego se pasó los dedos por los mechones rojos en un gesto muy familiar.

—¿Por qué tenías que ser una Bale?

La acusación escoció a Mary igual de fuerte que una bofetada.

—Haces que suene como si fuera un crimen —consiguió decir, con la garganta oprimida.

O'Hanlon se echó hacia delante en el carruaje, hasta que sus rodillas casi se tocaron.

—Lo es. Tu condenada familia olvida pronto a las personas que hiere y deja atrás.

Apoyó de nuevo su musculoso cuerpo en el asiento, como si tratara de contener todo lo que quería decir, pero para Mary era más que suficiente. Giró el rostro y se apartó una gruesa lágrima con discreción. Ni siquiera se dio cuenta de que, para haberlo herido, antes tendría que haberle importado. La que sentía el pecho a punto de explotar por la tristeza era ella.

—Debo de ser la única ingenua que desconoce el pasado común de los Roxbury y los Bale. ¿Me lo vas a contar tú, para que yo también pueda convertirme en juez y verdugo?

Cuando volvió a mirarlo de nuevo, no esperaba encontrarse con esa expresión de sorpresa y anhelo en sus apuestos rasgos.

Capítulo 19

¿Podía creerle? Era más que probable que su familia la hubiera mantenido en la ignorancia respecto a la manera en la que su padre, Gabriel Bale, había traicionado a su madre con juramentos de matrimonio que le dieron alas para rompérselas de golpe con sus numerosas infidelidades. Había ocurrido demasiados años atrás como para mantenerlo bien oculto y enterrado. Y, en ese instante, tenía al alcance de la mano devolver parte del daño hecho a *lady* Prudence a los Bale a través de Mary.

Pero lo que quería con desesperación cada molécula de su cuerpo era no hacerla llorar.

—No —se negó con tono seco a su petición de conocer la verdad. No sería él el responsable de empañar los ojos de Mary con esa historia tan rastrera sobre su fallecido padre.

—Eres cruel —lo acusó—. ¿Lanzas la piedra y escondes la mano después de echarme en cara lo perversos que somos los Bale?

Estaba preciosa con las mejillas ruborizadas por la ira.

—Por suerte, solo tengo que lidiar con una Bale. —Con la única que importaba, en realidad. La contempló con intensidad—. Contigo.

—Eso significa que no estás al tanto de las noticias —pronunció ella con tono desdenoso.

—¿De qué estás hablando?

Mary dio un beso en la cabeza a Router y lo depositó en el suelo de madera

del carruaje antes de volverse hacia él, tiesa como un palo.

—Lord Roxbury nos transmitió anoche su deseo de cortejar a mi tía abuela Louisa.

—¿Qué?! —jadeó Redmond, incrédulo.

—Nosotros estamos igual de consternados que tú.

O'Hanlon abrió las piernas para atrapar las de Mary entre ellas al volverse a inclinar hacia delante.

—Tiene que tratarse de una broma.

—No lo es —lo rebatió Mary, con la nariz en alto—. Ocurrió en la estancia de lord Berrymore donde trasladamos a mi tía anoche.

Ese viejo fósil... ¿a esas alturas se ponía a jugar a Romeo y Julieta? Había salido de casa sin intercambiar una palabra con él, sin nada más en la cabeza excepto ver a Mary, pero lo solucionaría pronto. Le pediría unas cuantas explicaciones.

Suspiró, se pasó los dedos por los mechones una vez más y, al dejar caer las manos sobre los muslos, rozó también las piernas de Mary.

Los dos contuvieron el aliento ante ese toque que pareció haberlos quemado.

—Será mejor que regrese ya, antes de que nos echen en falta a Router y a mí.

La voz de Mary tenía una sutil vibración que aceleró el corazón de Red y lo excitó de inmediato. La aferró con delicadeza por las muñecas y notó la correa del smartwatch, que había estado cubierto por un chal. ¿Por qué no se lo había quitado aún? ¿Pensaría en él al verlo, tal y como Red le había pedido una vez? Contuvo un juramento e introdujo un dedo bajo el reloj para acariciar esa piel que lo seguía asombrando por su suavidad.

—No tan deprisa, *lady* Mary. —Tiró un poco de las muñecas para que el trasero de Mary se deslizara hasta el borde del asiento y sus piernas se encajasen más entre las de Red—. Los amigos deben contarse sus proyectos y sus éxitos. ¿Cómo han ido estos meses de diseño de ropa interior?

La mirada de Red abandonó sus dulces ojos pardos y, bajando por su cuerpo, fue recreándose en cada milímetro hasta detenerse en su regazo, como si

podiera ver a través de la ropa. La sintió temblar. De furia o de deseo, eso tendría que averiguarlo.

—¿Qué es lo que quieres, Redmond? —pronunció su nombre con una voz tan ronca que le provocó una sacudida.

—Veamos. —Fingió darle vueltas a la idea—. Aunque esta vez no necesitas de mi *wifi*, sería sumamente agradable volver a disfrutar de mi hora a solas contigo.

Mary dobló los codos para intentar liberar sus muñecas.

—¿Acaso estás loco? ¿O es que quieres acabar con mi reputación? —lo acusó.

—Podría hacerlo de una forma muy fácil si así lo deseara —manifestó, con un hombro levantado.

Pero no lo deseaba. No revelaría sus actividades ilícitas jamás. Sin embargo, ella no tenía por qué saberlo. Una molesta vocecita interior le susurró que no era mejor que aquellos a los que tanto despreciaba, pero prefirió ignorarla. Con Mary todo perdía sentido. La lógica era un fino cristal que se partía hasta hacerse añicos con tal de tenerla cerca.

—Creí que trataba con un hombre de honor.

Redmond no contestó, se limitó a mirarla sin pestañear.

—Está bien —accedió ella al cabo de un momento, con el ceño fruncido—. Pensaré en qué excusa inventar y nos veremos de nuevo en tu carruaje.

—Me veo en la obligación de avisarte, Mary, que esta vez no habrá solo conversación.

Antes de que Mary pudiera reaccionar, se sentó a su lado y con un movimiento rápido la tomó por la cintura y, girándola en el aire, la acomodó en su regazo hasta que sus suaves muslos rodearon las caderas de Red y su centro se amoldó a su dura erección. Los dos gimieron y O'Hanlon la atrajo de la nuca para devorarla a besos.

Capítulo 20

Allí estaba de nuevo. Ese fuego que lo consumía todo, cuyas ascuas Mary había cuidado con mimo para que no se apagaran durante los meses pasados. No debería sentirlo. No debería dejarse llevar después de las implacables acusaciones de O'Hanlon y de la manera tan poco honorable en la que le había exigido su tiempo para dedicárselo a él. Pero no podía resistirse a sus besos ni a sus ojos como hogueras cuando la contemplaban como lo hacían en ese momento. Intuía que había algo con respecto a ella debajo de esas llamas que iba más allá de la animadversión que parecía profesarles a los Bale, y que conseguía retenerla como el más efectivo cepo.

Se separaron cuando el carruaje dio un bandazo bastante brusco y redujo la marcha.

—Estamos de vuelta —anunció Red, con la voz agitada.

Mary parpadeó un par de veces, hasta que volvió al espacio y a la realidad que le correspondían, y se apresuró a tomar a Router en brazos.

Con los labios aún ardientes por su beso, abrió la puerta para apearse y regresar con rapidez a la mansión.

—Hasta pronto, misteriosa Mary.

Se le aflojaron las rodillas cuando escuchó ese apodo con la forma musical y ronca de pronunciarlo que solo tenía O'Hanlon.

Sus miradas se quedaron trabadas un instante, pero Mary rompió el contacto cuando echó a correr hacia la casa.

Dejó a Router en el suelo, se masajeó un momento las lumbares y, acto seguido, fue en busca de Anthony. Quizá, con un poco de suerte, lo encontraría en su despacho. Golpeó con los nudillos en la madera y escuchó un amortiguado «adelante», antes de que abriera la puerta. Su hermano tenía la cabeza inclinada sobre unos papeles y garabateó algo antes de estirar el cuello para mirarla.

—¿Dónde te habías metido?

Mary rezó por que sus mejillas no se pusieran rojas.

—Estaba con Router —respondió con aparente serenidad.

—Claro. —Anthony se recostó en el respaldo de la silla—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Espero que sí —confesó, tras emitir un pequeño suspiro. A ver las cejas enarcadas de su hermano, continuó—: Tony, necesito saber cuál es la causa de la hostilidad entre los Roxbury y los Bale.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —repitió Mary, enfadada—. ¡Pues porque sí! Porque cada vez que pregunto os cerráis como ostras y ya no soy una niña. Tengo derecho a conocer la historia, también soy de esta familia.

Anthony se pasó una mano por la frente, y luego le indicó con un gesto una de las sillas situadas delante de la mesa de su escritorio. Mary no perdió un segundo en tomar asiento.

—Fue algo que sucedió entre nuestro padre y la única hija de lord Roxbury, *lady* Prudence Neville, durante su juventud. Cuando padre veraneaba en Cheriton Cottage.

«Padre tuvo trato con la madre de Redmond», pensó Mary, con un nudo en el estómago.

—Al parecer ellos sentían... cierto afecto el uno por el otro —trató de explicarse Tony—. Sin embargo, la dama traicionó la confianza de padre y también concedió sus, em, afectos a otros. —A su hermano se lo veía bastante incómodo—. Desde entonces, existe esa hostilidad, como tú la llamas. No sé

más al respecto, ya sabes que es un tema vetado en casa.

—Gracias, Tony. —Se levantó de la silla sin dirigirle un pestañeo a su hermano, sumida en sus pensamientos. Algo no encajaba en la versión de Anthony y lo que había dejado entrever Redmond. Algo fallaba...

—Mary —la llamó su hermano—. Eso pasó hace mucho tiempo. Si tía Louisa quiere ser feliz junto a Roxbury, deberíamos apoyarla.

—Por supuesto —respondió al instante.

¿Cómo no iba a apoyar a tía Louisa, si ella misma había sentido la desgarradora necesidad de ser feliz junto al nieto de Gustave Robin Neville?

—Tu madre no se lo ha tomado tan bien como Anthony y como tú, querida — se lamentó tía Louisa aquella misma tarde, antes de arreglarse para el baile de *lady* Taverham, al que acudirían acompañadas por lord Roxbury.

—Es bastante inusual que mi madre se tome algo bien. Recuerda mi destierro de Londres, tía —la tranquilizó Mary con una sonrisa.

—Oh, la entiendo, no creas que no lo hago. Hasta ayer, yo también habría pensado que la relación entre el marqués y yo era un despropósito. Conozco a Gussie desde hace casi tanto tiempo como a mí misma, desde que éramos niños y nos pusimos esos absurdos motes. Pero nuestros caminos se separaron, y no nos hemos hablado desde hace aproximadamente los mismos años —apostilló, con un gesto triste—. Ayer, sin embargo, me dijo que era hora de vivir el presente. Que siempre me ha querido y que Prudie y Gabriel ya descansaban en paz. Incluso vino a Londres porque se enteró de que había enfermado y decidió seguirme. El triste fallecimiento de su hija lo ha hecho reaccionar en muchos aspectos. —Hizo una pequeña pausa para pasarse un delicado pañuelo bordado por ella por los ojos húmedos—. He estado enamorada de él toda mi vida, Mary, incluso cuando era la esposa del señor Cheriton.

Mary abrió mucho los ojos, impactada por la confesión de su tía y las

profundas emociones que había guardado tantas décadas en su interior.

—¿Me encuentras inmoral? ¿O incluso ridícula por pensar en el amor a mi edad? —inquirió la mujer, con las mejillas algo sonrojadas.

—¡Nada de eso! —exclamó, a la par que la envolvía en un abrazo—. Nunca es tarde para ser feliz, tía.

—Ojalá sea cierto, querida. —Sonrió con dulzura mientras le daba un cariñoso pellizco en la mejilla a Mary. Luego sus ojos azules volvieron a recuperar un poco de su chispa—. Estoy encantada de que vengas con Gussie y conmigo esta noche. Aunque siento que lord Alton no nos escolte en el carruaje. Por lo visto, ya se había comprometido con una joven dama.

¿O'Hanlon asistiría al baile con otra mujer? Experimentó un desagradable vuelco en el estómago, y no pudo dejar de preguntarse cuál sería la identidad de la dama durante todo el camino a la fiesta.

La respuesta llegó muy pronto, por desgracia.

Capítulo 21

En cuanto los anunciaron, el marqués de Roxbury acompañó de forma muy galante a tía Louisa a la zona donde se habían preparado sillas en hilera, contra la pared, y Mary los siguió sin dejar de lanzar discretas miradas a derecha e izquierda. Pronto vio una inconfundible cabellera de fuego que se inclinaba sobre una cabeza rubia que también le resultaba muy familiar. Cuando atisbó el perfil de la mujer y se confirmaron sus sospechas, un fuerte pinchazo atacó su pecho.

¿Cómo se atrevía a hacer de acompañante de *lady* Stella Penbrooke? *Lady* Stella se había visto envuelta en un gran número chismorreos desde hacía años sin que le importase lo más mínimo, incluso había sido la artífice del escandaloso *selfie* de su amiga Flossie, que revolucionó los salones de todo Londres varios meses atrás, y la encargada de extenderlo por Internet. Si Anthony no hubiera rescatado a Flossie a tiempo, en esos momentos estaría caída en desgracia por culpa de esa arpía.

Cruzó los brazos y apretó los labios en una fina línea, con un montón de palabras malsonantes que había escuchado a Tony en la punta de la lengua, listas para salir. Así fue como la encontró un joven caballero de pelo oscuro que se disponía a sacarla a bailar.

—*Lady* Mary. —Lord Selborne, si no recordaba mal, llamó su atención—. ¿Me haría el honor de concederme la próxima cuadrilla?

Mary titubeó un momento, antes de ver cómo *lady* Stella tomaba del brazo a

O'Hanlon y se encaminaban hacia la pista.

—Por supuesto, será un placer, milord. —Aceptó la petición lord Selborne con una mueca que era todo dientes.

Los bailarines se colocaron en dos filas paralelas y aguardaron pacientemente a que sonasen los primeros acordes. Cuando la música comenzó al fin, Mary quiso prestar toda su atención a lord Selborne, quieto como una estatua delante de ella, pero se puso muy nerviosa al detectar a O'Hanlon justo a la derecha del caballero.

El irlandés le guiñó un ojo antes de componer su mejor expresión para *lady Stella*, y la mirada asesina de Mary no bajó de intensidad durante toda la pieza.

—¿Se encuentra bien, *lady Mary*? —preguntó lord Selborn, solícito, en uno de los acercamientos que requería el baile.

—Como nunca, milord —le aseguró, con una sonrisa dulce y una eficaz caída de pestañas que hizo que el joven la contemplase embobado.

—Es hora de que suelte a su pareja, si no me equivoco.

La voz grave de O'Hanlon llegó de algún punto tras la espalda de Mary y envió escalofríos por todo su cuerpo.

—Oh, está en lo cierto, lord Alton —balbuceó Selborn a la vez que soltaba su cintura—. Mil perdones, *lady Mary*.

—No tiene ninguna importancia, lord Selborn —le aseguró la joven, aunque su fiero entrecejo fruncido iba dirigido a ese petulante pelirrojo—. Estoy sorprendida por el dominio de la danza que posee, lord Alton.

—¡No más que yo, querida! Lo estoy disfrutando muchísimo —intervino *lady Stella*, para enorme disgusto de Mary. Los siguientes pasos los componían un círculo formado por varias parejas, entre las que se encontraba la de O'Hanlon y *lady Stella*, que había escuchado la última parte de la conversación—. Espero que alguien esté grabando un vídeo de este momento, me encantaría verlo una y otra vez. —Rio con coquetería, y a Mary se le puso la piel de gallina al ser testigo de cómo O'Hanlon le devolvía la sonrisa a la

joven rubia.

Por fin, la tortuosa cuadrilla acabó, y lord Selborn la acompañó de vuelta donde estaba sentada tía Louisa. Mary pensó que el joven se marcharía, pero se quedó de pie, a su lado, visiblemente nervioso.

Emitió una tosecilla y cambió el peso de un pie a otro.

—Es... muy grato que haya decidido deleitarnos con su presencia de nuevo esta temporada, *lady* Mary. —Lo dijo con tanta solemnidad que ella no pudo evitar ocultar una sonrisa tras su guante.

—Es muy amable, milord.

—¡Vaya! —exclamó el noble de pronto, sin apartar sus ojos azules de la muñeca de Mary—. ¿Eso que veo es un *smartwatch*?

—Pues sí, en efecto.

Mary se maldijo por no habérselo quitado de una vez, pero había sido incapaz. Solo esperaba que O'Hanlon no se percatara de ello.

—Permítame decirle que lo encuentro fascinante. —Lord Selborn llevó la mano a un bolsillo interior del chaleco y sacó su móvil—. Parece cosa del destino, pero esta mañana estaba barajando la posibilidad de comprarme uno. Verá, sigo la cuenta de Beau Brummell en Twitter y no hablaba de otra cosa.



Mary intentó que no se notara mucho la forma en la que se le había descolgado la mandíbula al ver la imagen, pero lord Selborn debió percatarse de su aire de incredulidad.

—Ahora que Brummell se ha vuelto un *influencer* y le pagan por la publicidad, no hay que confiar en todo lo que diga, ¿no está de acuerdo?

—Completamente —intentó seguirle la corriente.

—Sin embargo...

«Vuelve a la carga» se lamentó Mary. Antes de que pudiera darse cuenta, el muy descarado le había agarrado la muñeca y se había acercado mucho a ella para ver el reloj.

—Que usted posea uno es una razón de peso para adquirirlo. Le ruego que me hable de sus funciones y...

Lord Selborn recibió un fuerte empujón que lo obligó a soltar a Mary e incluso desplazarse unos pasos a la izquierda.

—Vaya, qué torpeza la mía —dijo O'Hanlon, mientras se colocaba la chaqueta—. No he podido evitar tropezarme al venir a presentar mis respetos

a la señora Cheriton. Aprovecho la fortuita interrupción para recomendarle que pregunte sobre *smartwatches* en una tienda, lord Selborn, o en el propio Google, si me apura.

Se había colocado delante de Mary, tapándola casi, y su expresión debió de ser muy convincente, porque el otro caballero hizo apenas una reverencia y se perdió entre los invitados.

—Si me disculpa, *lady* Mary, no quisiera desatender a mi acompañante.

O'Hanlon se dio la vuelta como si nada hubiera pasado y el resto de la velada transcurrió entre ellos como un fiel reflejo de esa primera cuadrilla. Danzaban muy cerca el uno del otro, se desafiaban con miradas, gestos y palabras. Pero en ningún momento llegaron a tocarse ni Red la sacó a bailar. Parecía que su tiempo solo pertenecía a *lady* Stella.

Cuando llegó la hora de marcharse, Mary estaba agotada tanto en el aspecto físico como en el mental, y lo único que anhelaba era llegar a su dormitorio y deslizarse bajo las sábanas.

Les trajeron sus capas a tía Louisa, lord Roxbury y ella, y Mary puso rumbo hacia la salida, antes de detenerse al ver que no la seguían. Miró con ademán interrogante a su tía.

—Lord Alton nos ha informado de que hará el viaje de vuelta con nosotros, querida, ya que *lady* Stella regresará a casa con sus padres. Solo tendremos que aguardarlo un momento.

Mary ya no tenía ninguna gana de compartir carruaje con él, y repasó la lista de invitados para pedir a alguno de ellos que la acercase a la residencia de los Bale, pero no lo hizo con la suficiente rapidez.

O'Hanlon apareció en el vestíbulo con esa presencia segura e imponente, en la que el rojo de su pelo destacaba todavía más como un auténtico incendio sobre su traje de etiqueta negro. Les hizo una pequeña reverencia.

—Ya podemos partir.

Lord Roxbury le ofreció el brazo a tía Louisa y Mary tuvo que tomar el de O'Hanlon a regañadientes.

—¿Te ha sorprendido que un pobretón irlandés sepa bailes de señoritingos?
—se burló, aprovechando que estaban solos.

—Me ha impresionado que un descendiente de proscritos sepa fingir tan bien que es un caballero. Y no es un cumplido —apostilló con voz seca.

Los hombros de O'Hanlon se sacudieron por la risa contenida. Una vez que llegaron a la puerta del carruaje, sin embargo, su rostro adquirió un aire sombrío.

—Me enseñó mi madre —pronunció en voz queda.

Mary no pudo evitar apretar con ternura la mano que O'Hanlon le había ofrecido para alzarse hasta el asiento del vehículo.

—Red... —comenzó. Necesitaba hablar con él sobre la historia que le había contado Anthony, le parecía de vital importancia.

—Queridos, ha sido una velada sumamente agradable, ¿verdad?

Lord Roxbury y su tía ya estaban acomodados en el interior, y ella había asomado su canosa cabeza para comenzar la charla, por lo que a los dos jóvenes no les quedó más remedio que sentarse también; Mary, junto a su tía y O'Hanlon, justo en frente.

—Sí, aunque para algunos más que para otros, señora Cheriton. Su sobrina no se ha perdido ni una pieza —dijo Red. Mary estaba segura de que solo para fastidiarla.

—Oh, mi Mary tiene numerosos pretendientes —presumió su tía con orgullo, para mortificación de la aludida.

—Ya veo.

Sus ojos amarillos no se apartaban de ella.

—Pero Gussie y yo también hemos comentado que su acompañante era muy hermosa, lord Alton.

Lord Roxbury solo emitió un gruñido que debía ser el equivalente a una afirmación.

—En efecto, lo es —asintió O'Hanlon. Y el agudo pinchazo en el pecho que llevaba molestando a Mary toda la noche volvió a la carga.

—Lulú —intervino Roxbury en el ambiente algo tenso del carruaje—, no te olvides de cargar el móvil esta noche.

Mary se giró hacia su tía con la sorpresa pintada en la cara.

—¡Oh, cielos! Muchas veces no me acordaría de mi propia cabeza si no la tuviera pegada a los hombros —dijo ella riendo. Acto seguido, rebuscó en el pequeño ridículo hasta sacar un teléfono móvil de última generación—. Es un detalle de Gussie, para que podamos hablar —explicó, mostrándoselo a los presentes con una sonrisa ufana.

Mary contuvo un silbido muy poco femenino. «El detalle le ha debido de costar al marqués más que unas cuantas libras».

—Es muy bonito, tía.

—Desde luego que sí. Aunque le dije a Gussie que no era necesario. Los jóvenes estáis mucho más apegados a estas máquinas que nosotros. Aún recuerdo el viaje que hicimos a Londres desde Cheriton Cottage cuando enfermé. —Mary, alarmada, trató de agarrar a su tía de la mano para detenerla, sin ningún éxito—. A Mary se le había mojado el móvil en su último paseo y estaba tan afectada porque se le había roto que parecía un alma en pena.

Mary, con las mejillas en llamas, vio por el rabillo del ojo cómo O’Hanlon se ponía muy rígido en el asiento, para después inclinarse hacia su tía.

—¿Así que tuvieron que emprender un viaje repentino a la capital a causa de su salud?

—Así es, querido, pero ya me encuentro restablecida por completo.

—Hemos llegado a la residencia de los Bale.

Mary apenas terminó de escuchar las últimas palabras de Roxbury. Saltó del vehículo casi en marcha con una tibia despedida y no respiró con normalidad hasta que no cerró la puerta de su cuarto.

Capítulo 22

—Esa taimada de Stella... No entiendo cómo lord Alton ha podido caer en sus redes —bufó Flossie dos días después del baile, antes de clavar la aguja en su bordado como si se tratase de un arma.

A Mary también se le ocurrían muchas cosas terribles que hacer con una aguja. Se encontraban charlando en el salón, junto a su tía abuela Louisa y a la vizcondesa viuda.

—Esta mañana los han visto cabalgando juntos por el Serpentine —prosiguió su amiga, y ahora también cuñada, sin ser consciente del daño que le infligía a Mary—. Por lo visto, se encuentran a diario y no se separan el uno del otro.

A Mary ni siquiera le había enviado un *wasap*.

—Si siguen manteniendo esa relación tan estrecha, solo puede desembocar en una boda —afirmó su madre, para dar el golpe mortal.

¿A dónde la conducía su extraño vínculo con O'Hanlon? Parecía que a un precipicio de muchos metros de profundidad. Su secreto seguía pendiendo entre ambos. Y, lo más importante, los sentimientos de Mary cada vez eran más fuertes, mientras que los del irlandés se diluían entre el desprecio a su familia y su interés en otra mujer.

—Mary, estás muy pálida, ¿te encuentras bien? —se preocupó Flossie.

—Sí, es que estoy sorprendida por los acontecimientos de estos últimos días. Eso es todo.

Router estaba dormitando a sus pies, y la joven se inclinó hacia delante para acariciarle la barriga y ocultar así su rostro. Una de sus patitas comenzó a agitarse al ritmo de sus caricias y consiguió arrancarle una diminuta sonrisa.

—Es normal que todos estemos preocupados por ese tema —continuó su madre—. Dadas las circunstancias, los Roxbury pasarán a ser muy pronto parientes nuestros y, por consiguiente, también lo será la esposa que lord Alton elija.

La vizcondesa viuda también tenía la cara algo cenicienta, como si el asunto no pudiera resultarle más desagradable.

—Emparentados con los Roxbury... ¿Cuándo vas a casarte con el marqués, tía Louisa? —preguntó Flossie, con sus ojos avellana muy abiertos.

El silencio se hizo en el salón.

—¡Tía Louisa! —exclamó su madre—. Por todos los cielos. ¿Quieres dejar ya el móvil y atender a la conversación? Me veré en la obligación de quitártelo cuando estemos reunidas como sigas con esa actitud...

Mary alzó la cabeza de sus sombríos pensamientos para no perderse el rapapolvo de su madre a su tía abuela de sesenta y ocho años por usar el teléfono como una joven debutante. La dama, no obstante, parecía más fresca que una lechuga. Se quitó las gafas de aumento y, con rostro resplandeciente, tomó asiento al lado de Mary, con cuidado de no dar con el bastón a Router. Era bastante deprimente que su tía abuela tuviera más actividad romántica en el móvil que ella...

—Lo siento, queridas —dijo, sin sentirlo en absoluto—. Gussie me ha enviado un vídeo de un perro que parece decir «te quiero» con sus ladridos, y me ha parecido de lo más adorable. ¿Crees que Router podría aprender un truco así?

Las dos observaron dormir al inocente pug, ajeno por completo al maquiavélico plan que se fraguaba en torno a sus caninas dotes vocales.

—Con sus ronquidos, tal vez —repuso Mary, al fin.

Un suspiro de decepción colectivo desechó la propuesta.

—Tía Louisa, parece que has aprendido a manejar el teléfono móvil con mucha rapidez —comentó Flossie, amable.

No vio el gesto desesperado de Mary, que negaba con la cabeza de forma tenue, pero con énfasis, para que su tía no la viera.

—Ni mucho menos, querida Flossie. Eso me recuerda... —Volvió a colocarse las gafas y se giró hacia su sobrina, teléfono en ristre—. Tengo una pequeña lista con ciertas cuestiones que quiero preguntarte...

Flossie unió las palmas y las elevó hasta su rostro en un mudo gesto de perdón imperecedero. La vizcondesa viuda solo puso los ojos en blanco.

Después de explicar unas cuantas veces dónde se encontraban los emoticonos «más encantadores pero comedidos» del Whatsapp, cómo se hacían fotos y se enviaban, la manera de evitar comenzar una videollamada mientras se curioseaban perfiles ajenos y la forma en la que se reenviaban archivos a los *chats*, Mary tuvo un rato para ella sola. Flossie y Anthony habían salido con la vizcondesa viuda y tía Louisa con lord Roxbury, pero ella había preferido permanecer en casa por razones obvias. Necesitaba hablar con Red y era el momento perfecto, aunque no pensaba ser la primera que escribiese. Le correspondía a él, en vista de su deplorable comportamiento. A los veinte minutos aproximadamente, como si le hubiera leído el pensamiento, le llegó un mensaje en el que anunciaba que ya la estaba esperando en el carruaje.

«Dichoso hombre, no me podía haber avisado cuando estaba saliendo de su residencia...». Se arregló como pudo el moño flojo en el que había recogido sus cabellos y se escabulló a hurtadillas de los sirvientes.

Capítulo 23

—¿Por qué no me dijiste que tu tía se puso enferma y que habías tenido el teléfono estropeado cuando dejaste Hampshire?

Redmond O’Hanlon interpeló a Mary cuando esta última apenas había cerrado la puerta del carruaje. A la joven ni siquiera le dio tiempo a formular el irritante pensamiento de que volvía a encontrarse con él en el mismo lugar oscuro y cerrado que hacía dos noches. El irlandés tiró de ella y la sentó en su regazo sin ningún miramiento.

—No pienso mantener una conversación en esta postura —protestó, furiosa.

Tras el baile de *lady* Taverham, delante de su tía y del marqués, se había sentido muy vulnerable e incapaz de hacer frente a Redmond, pero en ese momento estaban los dos solos y tenía muchas cosas que decirle. Ni siquiera había llevado a Router.

—Opino que es una postura muy cómoda —la rebatió él, rodeando con los brazos el talle de Mary—. Pero necesito que respondas a lo que te he preguntado.

La joven apretó la mandíbula y respondió sin mirarlo siquiera:

—Porque ya me habías juzgado.

—Mary... —O’Hanlon le tomó con suavidad el rostro para que lo enfrentase.

—Yo no te avisé de que mi teléfono estaba roto porque... déjame pensar... —Se golpeó la barbilla con el índice, muy concentrada—. Oh, sí, porque estaba roto. ¿Cuál es tu excusa para no escribirme?

Él hizo una mueca de fastidio.

—Estaba convencido de que no te interesaba saber nada más de mí.

—¡Por supuesto! Mi mala sangre Bale —exclamó, alzando los brazos—. Pues déjame que te cuente lo que me ha explicado Anthony sobre tu madre y mi padre. Ellos...

No pudo continuar porque la boca de O'Hanlon había cubierto la suya.

—Será mejor que no hablemos de ese tema —susurró contra sus labios, separados por milímetros.

—Pues yo creo que sí debemos hablar de...

Otro beso, más exigente que el anterior, la acalló de nuevo.

—He dicho que no, Mary. ¿De verdad piensas que me creería la versión de tu hermano?

Mary sabía que era imposible, y menos viniendo de semejante testarudo irlandés. Pero decidió intentarlo una vez más.

—Puede que las dos versiones estén equivocadas y...

Aquello ya no fue un beso, sino un ataque a todos sus sentidos. La lengua de Red jugaba con la suya mientras sus manos la tocaban desde los cabellos hasta las puntas de los pies, que tenía subidos sobre el asiento.

—Extrañaba tu aroma a jazmín —susurró O'Hanlon contra su cuello.

La respiración de los dos se volvió pesada y Mary, con los dedos enredados en el pelo de Red, pensó que podría quedarse así toda la vida. Luego recordó algo y tiró con fuerza hacia atrás de los mechones rojos, e hizo que Redmond soltara un juramento.

—¿Qué demonios ocurre?

—Ocurre que ha hecho nuevas amistades con mucha facilidad, lord Alton —le reprochó, con la espalda muy erguida.

—¿Te refieres a *lady* Stella Penbrooke? —indagó, con una sonrisa torcida.

—No es que me incumba con quién te relaciones o no. Pero debo advertirte que tengas especial cuidado con *lady* Stella. No es de fiar.

—Qué curioso... —murmuró O'Hanlon con evidente cinismo—. Ella dice lo

mismo sobre ti.

¿Y aun así aceptaba verse con *lady* Stella? Aquello dolió. Mucho.

—No voy a caer en el truco de preguntarte de qué lado de las dos te pondrías. Parece bastante evidente, dada nuestra turbulenta trayectoria personal.

Contuvo el aliento, con la esperanza de que él lo negara. Pero Redmond no solo no lo hizo, sino que se encogió de hombros antes de decir:

—Hoy pareces empeñada en poner a prueba lo que me inspiran los Bale. Tu hermano jugó con *lady* Stella y yo estoy decidido a cuidar de ella, será mejor que lo aceptes.

La herida causó un profundo corte en algo dentro de Mary. Las lágrimas le nublaron la mirada, pero nunca había visto las cosas tan claras como en ese momento. Consiguió zafarse de los brazos de O'Hanlon y acurrucarse en el extremo más alejado del carruaje.

—Ya entiendo lo que te inspiramos los Bale. Desprecio y pensamientos retorcidos. —Su voz sonó hueca y fría hasta a ella misma—. Crees que mi padre jugó con tu madre. Y que Anthony jugó con Stella. Ahora tú juegas conmigo y la proteges a ella.

O'Hanlon estiró el brazo e intentó acariciarla, pero cuando ella lo rechazó de nuevo, el rostro del irlandés se volvió una máscara pétrea.

—Si eso es lo que piensas...

—¡Es la realidad! —gritó, destrozada—. Ya no queda nada de lo que compartimos en Hampshire. Ahora me besas a escondidas y ni te dignas a mirarme en público. Redmond O'Hanlon comparte momentos robados con una mujer a quien no le importa condenar al escándalo, mientras que lord Alton trata a su dama como a una joya, digna de todo respeto. ¿Acaso me merezco esto?

Las lágrimas le corrían por las mejillas sin poder contenerlas y el rostro de Redmond estaba desencajado. Las cuatro paredes del carruaje se habían vuelto asfixiantes.

—¿Crees que es fácil para mí sentir lo que siento por ti?

—No es necesario que hagas el esfuerzo —respondió, tras haber recuperado algo de autocontrol. Lo suficiente como para desabrocharse el *smartwatch* y lanzarlo en el asiento de O’Hanlon—. Revela mi secreto si quieres. Humíllanos a mí y a los Bale si eso calma en algo el rencor que te consume. Yo me respetaré a mí misma. No voy a verte más.

Al coger el reloj, los ojos de O’Hanlon brillaron como dos llamaradas amarillas que prometían calcinar todo a su paso, pero Mary no se acobardó.

—Antes de irme, sin embargo, quiero dejarte bien claro que confío en el honor de mi familia, como tú confías en el honor de la tuya.

—Eso significa que eres muy crédula —dijo O’Hanlon con la voz baja, rasposa.

—¿Por qué te eriges como portador de la verdad absoluta? ¿Qué derecho tienes?!

—¡El que me dan veintiocho años de ver sufrir a mi madre por un corazón roto por la infidelidad tu padre! ¡¿Cómo podría ser capaz de olvidarlo?!

El grito desgarrado de Red y las lágrimas que vio caer por su apuesto rostro sumieron a Mary en la oscuridad. No había ningún futuro para ellos.

Capítulo 24

Nunca debió haber pronunciado aquellas fatales palabras. Red deseaba cerrar los ojos y volver atrás, a ese maldito carruaje, y no dejar de besar a Mary hasta que los dos hubiesen yacido en el suelo, desnudos y enredados en el cuerpo del otro. Sin tiempo ni ganas de pensar en otra cosa que no fueran ellos dos y en cuándo volverían a hacer el amor. Sentir la misma libertad que cuando estaban en Hampshire, sin que supieran nada de lo que les rodeaba, de sus cargas y condenas. Tan solo provistos con lo esencial: el dulce anhelo de estar juntos.

Sin embargo, había cometido el peor pecado de todos. La había herido y, al hacerlo, había alterado una parte de sí mismo que ya no volvería a ser igual. Había sido incapaz de contener toda la rabia y el dolor que acumulaba dentro, las acusaciones de Mary lo habían llevado al límite y estaba colérico y aterrorizado por haberla perdido.

Habían pasado cuatro días desde que la dejara en su casa, pálida, dolida. Y más bella que nunca. Todo seguía siendo un enorme vacío. Quería salir corriendo, incluso descalzo como estaba tendido en un sofá con una copa medio vacía en la mano, y ver su rostro sonreír. Pero lo único que conseguiría sería empeorar las cosas. Ella ya lo debía odiar lo suficiente y la brecha entre sus familias seguía siendo como un enorme tajo de machete.

—Tenías tanta razón, Mary —habló al aire plagado de sus demonios—, no te mereces esto. No te mereces a un hombre que es incapaz de expresar todo el

amor que siente por ti.

De todas maneras, ¿qué podía esperar Mary de un hombre como él? Una vida igual de desdichada que la de su madre, lejos de su familia y de los lujos a los que estaba acostumbrada, en una granja en ruinas, y con el péndulo del rencor siempre sobre sus cabezas. Él no podía cambiar su decisión de rechazar el título y las riquezas de los Roxbury, sería la traición definitiva a sí mismo.

Había acumulado una pequeña suma de dinero como administrador del marqués, menos de lo que había calculado conseguir, pero lo suficiente como para regresar al Ulster y encerrarse en sus paupérrimos terrenos, sin hacer más daño a la mujer que quería y viviendo entre recuerdos.

Unas horas después, no supo decir cuántas, unos gritos lo sacaron de esa especie de letargo en el que se había sumido. Se calzó, se abrochó a medias la camisa y salió al pasillo para ver a qué se debían esas voces.

—¡Voy a ir a esa casa y a poner las cosas en su sitio de una vez por todas!

Su abuelo se encontraba en la entrada dando paseos como un león enjaulado, y el mayordomo al que se dirigía mantenía un gesto impávido.

—¿Qué sucede?

Lord Roxbury se volvió como un rayo hacia él.

—Lulú y yo nos hemos peleado por esa rencilla entre nuestras familias que parece estar siempre ahí, como un fantasma. Y voy a aclarar de una condenada vez qué ocurrió entre Gabriel y Prudie.

«¿Será una maldición que se transmite de generación en generación?» se preguntó Red, con el ya familiar hormigueo de dolor en el pecho. Era como si el destino se divirtiera al unir a los Bale y a los Roxbury en apasionadas relaciones que estaban abocadas al más absoluto fracaso.

Se pasó una mano por el pelo, mientras una energía nerviosa le recorría todo el cuerpo. Las dos familias habían llegado a un punto sin retorno, en el que solo les restaba verse las caras para destapar ese secreto a voces que los carcomía y al cuerno con las consecuencias. El propio Redmond había

postergado el momento decisivo de acercarse a Mary por pura cobardía y no estaba dispuesto a esperar un minuto más. Al menos, la vería una última vez.

Miró a su abuelo mientras la sangre atronaba en sus oídos.

—Iré con usted.

La familia Bale al completo se encontraba en su residencia, y el único que fue a recibirlo fue Router, con el conocido vaivén de su rabito enroscado. Red se alegró de verlo, pero le dio un vuelco al corazón cuando Mary apareció ante sus ojos en el salón, más delgada y con el rostro todavía pálido.

El vizconde y su esposa le dirigían miradas hostiles, así como la vizcondesa viuda, que parecía muy nerviosa. La señora Cheriton, en cambio, a quien miraba con tristeza era a lord Roxbury, que le devolvía la mirada con la misma intensidad. Era una desastrosa escena de tragedia griega.

Lord Bale se aclaró la voz y se dirigió a ellos.

—¿Qué se les ofrece, caballeros?

—Hemos venido a poner punto final a una historia que lleva demasiado tiempo acosándonos —comenzó su abuelo—. Es innegable que Gabriel Bale y mi pequeña Prudie sintieron un gran afecto el uno por el otro hasta que este se truncó. Nosotros no dirigimos sus actos en aquel entonces, ni podemos seguir permitiendo que dirijan los nuestros.

Mary lo miró con reproche en sus preciosos ojos castaños, y Red se sintió bastante miserable.

—Estoy de acuerdo —asintió el vizconde con prudencia, pero sin abandonar la tensión.

—Gabriel Bale cometió errores que infligieron un gran daño. Pero hay que saber perdonar. Y olvidar —concluyó su abuelo.

—En eso debo discrepar, lord Roxbury —gruñó Anthony, que se acercó a ellos con una expresión muy oscura en su rostro—, ya que fue *lady* Prudence quien cometió esos errores.

—Tony... —lo llamó su esposa, tratando de apaciguarlo.

Redmond también avanzó unos pasos, con los puños apretados.

—Más vale que retire sus palabras, Bale —gruñó entre dientes.

—Póngase cómodo, Alton. La espera va a ser larga.

El ambiente de violencia había ido creciendo por momentos hasta que los dos hombres, con una fuerza y corpulencia bastante igualadas, no resistieron más la provocación del contrario y se liaron a puñetazos entre las exclamaciones de horror de sus familiares, a las que hicieron oídos sordos.

La vizcondesa viuda, con un sollozo, consiguió interponerse entre Red y Tony cuando los dos estaban doblados de dolor por un golpe en las costillas y otro en la mandíbula respectivamente.

—Fue el señor Cheriton. Él los engañó a ambos.

Seis pares de ojos la miraron con distintos grados de estupefacción, enojo y angustia.

—¿Qué estás diciendo, mamá?

Escuchar la voz de Mary, incluso en esas circunstancias, fue como un bálsamo para Red, que sentía cómo se precipitaba al vacío.

—Hace años, cuando ayudé a la tía abuela Louisa recoger las pertenencias de lord Cheriton tras su fallecimiento, encontré un diario que le perteneció. — La madre de Mary tragó saliva, como si intentase encontrar fuerzas para continuar—. En él había volcado todos sus pensamientos a lo largo de los años, y su máxima obsesión fue pensar que Lord Roxbury y la tía Louisa eran amantes, y que lo engañaban a sus espaldas.

Un gemido ahogado de la señora Cheriton fue suficiente para que el abuelo de Red corriera a su lado y la abrazase.

—No es cierto —se defendió la dama al tiempo que las lágrimas caían en tropel por su rostro—. Siempre te quise, pero nunca le fui infiel a mi esposo.

—Eso lo sabemos todos, Lulú —la tranquilizó lord Roxbury, con un tierno beso en la coronilla.

—Menos el viejo Cheriton, al parecer. —Redmond fue incapaz de contener

el ácido que sentía por dentro.

Todos lo miraron con censura, y se sintió tan tosco y fuera de lugar como el primer día, por mucho que el título de conde de Alton le hubiera proporcionado sonrisas hipócritas y falsas expectativas entre la mayor parte de la nobleza.

—Continúe, por favor —le dijo a la madre de Mary con un movimiento rígido de la cabeza, mientras se pasaba los dedos por las costillas doloridas.

—El señor Cheriton nunca halló pruebas, por lo que no pudo acusarlos. — La vizcondesa viuda retomó la historia con las manos apretadas en el regazo y los nudillos blancos de la fuerza que empleaba—. Pero la cercanía con la que se trataban lo volvía loco de rabia, ya que pensó que lo habían convertido en un hazmerreír. Cuando descubrió el romance incipiente entre Gabriel y *lady* Prudence, vio la oportunidad de vengarse de tía Louisa y lord Roxbury. Se ganó la confianza de su sobrino y de la hija del marqués, ya que los dos eran muy jóvenes, e incluso los ayudó en sus encuentros clandestinos. Por esa razón sabía cada uno de sus movimientos y le fue muy fácil verter dudas y veneno en sus oídos. Incluso contrató a gente de la aldea, que necesitaba dinero, para que aportase falsos testimonios sobre los supuestos engaños que cometía cada uno. Se sintieron traicionados el uno por el otro y todo acabó en desastre.

—¿Por qué no nos lo dijiste, madre?

Lord Bale miraba a la vizcondesa viuda como si la viera por primera vez.

—Ya habían pasado muchos años desde que *lady* Prudence se marchó a Irlanda. Yo estaba felizmente casada con tu padre. —Se limpió las lágrimas que ya habían empezado a caer—. No quería que recordase a otra mujer, ni ensuciar la memoria de lord Cheriton a tía Louisa. Quemé el diario y guardé el secreto. Sé que hice mal, perdonadme, pero pensé que era lo mejor.

Los hijos de la vizcondesa viuda se acercaron a abrazarla. Pero la cabeza de Redmond era un torbellino que intentaba asimilar toda esa información. Un peso enorme desapareció de sus hombros, como si hubieran levantado una losa que pesase toneladas. Su madre había sido traicionada por la maldad de

un desalmado que odiaba al marqués, no por el hombre que la había amado. Pero una angustia casi igual de pesada que la losa que había desaparecido amenazaba con aplastarlo otra vez. Había dicho tantas cosas terribles sobre la familia de Mary, le había causado tanto daño a ella... Su Mary había intuido que se escondía algo tras la historia que Red siempre había creído y había tratado de hablar con él, solo para obtener más reproches y desprecio. No se sentía capaz de mirarla a la cara, aunque no hubiera nada, absolutamente nada más importante en ese momento para él que memorizar cada milímetro su piel.

Salió con cautela de la estancia para que nadie notase su ausencia, sin echar la vista atrás.

Capítulo 25

Hampshire, Roxbury Hall, un mes después...

—No sé por qué Tony ha insistido tanto en que os acompañemos —se quejó Mary—. Acabáis de casaros y Router y yo no somos más que un estorbo.

—Tonterías, querida —protestó tía Louisa, convertida en marquesa de Roxbury desde hacía tres días, con su acostumbrado todo dulce—. Gussie y yo estamos encantados de teneros con nosotros por el tiempo que queráis. Además, esta casa es tan grande que podrían alojarse tres regimientos enteros y no nos enteraríamos.

Debía darle la razón a su tía, al menos en ese punto. El carruaje acababa de girar por la inmensa rotonda que desembocaba en las descomunales escaleras de mármol de la entrada principal.

Contemplar la mansión removió recuerdos que seguían provocando dolor en Mary, pero que la hacían sentir una conexión especial con Redmond O'Hanlon a la vez. Había dudado mucho sobre si debía regresar a Hampshire o no, pero la nostalgia había vencido, y había acabado por aceptar la idea de Anthony.

—Espero que te encuentres cómoda aquí, Mary.

Su tía la miró con toda intención mientras le acariciaba la mano con ternura.

—Lo intentaré —respondió con sinceridad.

Había confesado a su familia sus sentimientos por Red; no había visto motivos para ocultar algo que era parte de su ser y que la había hecho experimentar una inmensa dicha en los escasos momentos en los que ese

testarudo irlandés pareció corresponderle. Después de la catártica revelación de su madre sobre lord Cheriton, Mary había vislumbrado un camino despejado para ambos y radiante como el sol. Redmond y ella habían sufrido y se habían equivocado, pero al haber puesto fin al rencor, había albergado la esperanza de que las cosas cambiaran. Y habían cambiado, desde luego. Lo último que supo, por su abuelo, fue que O'Hanlon había partido rumbo a Irlanda.

Se tocó de forma inconsciente la muñeca izquierda, donde había estado el *smartwatch* de Red, y suspiró. Ya ni siquiera le quedaba eso. Solo una enorme decepción y una honda tristeza porque había preferido irse de su lado.

Una vez dentro de Roxbury Hall, Mary dio una vuelta sobre sí misma con la boca abierta por el asombro. Había intuido que el resto de la casa debía ser tan espléndido como el invernadero y el cuarto en el que estuvo con Red, pero pensarlo y verlo eran cosas distintas. La construcción era faraónica.

Un gruñido, seguido de un ladrido agudo y del sonido de las patas de Router, que arañaban el suelo al echar a correr, le hicieron recordar un detalle importante que había pasado por alto.

—¡Router, no! ¡Deja en paz a Lulú! —gritó mientras se alzaba las faldas para ir en pos del pug.

—¿Cómo? —escuchó la voz despistada de su tía al alejarse—. Ese caballero no me molesta en absoluto y...

—¡La otra Lulú, tía!

Si obtuvo alguna respuesta de *lady* Roxbury, la frase se perdió entre el laberinto de pasillos que recorrió Mary hasta dar con su perro. Lo encontró en uno de las decenas de dormitorios que, sin duda, tenía la mansión. Su hocico chato estaba metido por completo debajo de la descomunal cama con dosel, y el ruido que hacía al olfatear a la gata le recordó al que emitía un ordenador escacharrado cuando se reiniciaba.

Sonrió y se puso de rodillas a su lado, de espaldas a la puerta.

—Es de pésimo gusto que un caballero persiga a una dama de esa manera —

lo regañó. Después levanto la colcha y se asomó, bajo la atenta y expectante mirada de Router, pero no vio ni rastro del esponjoso pelo blanco de Lulú.

—Creo que la dama en cuestión te ha dado esquinazo. —Le acarició la cabeza y sacó el móvil de un bolsillo de la falda—. Ya que vamos a permanecer aquí una temporada, lo mejor es que busque algún blog o publicación que me pueda aconsejar sobre perros y gatos bien avenidos y...

Se detuvo en seco cuando, en la pantalla, saltó el texto que le pedía la contraseña del *wifi*, y se limpió una lágrima que se le escapó sin querer.

—¿Probamos a adivinar la contraseña una vez más, Router? —Intentó sonar alegre.

—«TE AMO, MARY». Con mayúsculas, sin medida y sin límite de tiempo. Esa es la clave.

El móvil se le escurrió a Mary de entre los dedos y se deslizó hasta su regazo, pero no se dio ni cuenta. Temía levantarse, o girarse, y que el roce sobre su piel de esa voz cadenciosa, lenta y profunda hubiera sido un sueño.

Escuchó la puerta cerrarse a su espalda y unos pasos que se aproximaban. Después, notó el calor familiar de unos brazos que la rodearon y la atrajeron hacia un torso duro que también parecía temblar.

—Perdóname.

Fue lo único que se oyó en la habitación, antes de que Mary sintiera su respiración en el hueco de su cuello y atisbara sus cabellos de fuego, mientras la barba le hacía cosquillas en la piel.

—¡Red!

Se desplomó contra él, sin fuerzas para moverse ni deseos de hacerlo. Sin embargo, Router tenía otras ideas. Se abalanzó sobre Redmond para intentar alcanzar su cara y cubrirla de lengüetazos, su rabito estaba totalmente fuera de control.

—Yo también te he echado de menos, camarada —dijo Redmond, mientras lo cogía en brazos y ponía el rostro fuera de su alcance sin dejar de acariciarlo —, pero ahora necesito hablar con nuestra misteriosa Mary.

Se puso en pie con agilidad, cargando con Router, y se adentró en otra estancia conectada con el dormitorio.

—Necesito que te quedes en el vestidor, espero que lo entiendas —se despidió, antes de cerrar la puerta.

Mary, que aún no se había incorporado, aguardó el estruendo que montaría su pug cuando se viera solo, sus inconfundibles ladridos y algún que otro empellón a la madera. Pero no se escuchó ni un crujido.

Miró a O'Hanlon con los ojos entrecerrados por la sospecha.

—¿Qué le has dado?

Red compuso su expresión más inocente.

—Sándwiches de queso de la tía Louisa.

—¿Ella sabe que estás aquí? —se extrañó. Todavía trataba de asimilar que aquello era real.

—Toda tu familia sabe que estoy aquí —aclaró él, de nuevo a su lado.

Mary arqueó las cejas hasta que quedaron a escasos centímetros del nacimiento del cabello y sacudió la cabeza, sin saber muy bien qué decir.

—Vengo de Londres, Mary —la ayudó él. Se agachó hasta llegar a altura y sus ojos quedaron a la par—. He vendido mi granja en el Ulster y he comprado el condado de Alton al marqués de Roxbury. Bueno, en realidad, hemos llegado a un acuerdo con una cómoda hipoteca que iré pagando con los años.

—Pero ¿por qué ibas a comprar tus tierras? ¡Si tú eres el conde de Alton!

—No. Soy Red. Utilizaré ese condenado título en público si te hace feliz, pero no viviremos de la generosidad de nuestras familias. Alton Manor produce buenas rentas; aunque quizá el comienzo sea un poco duro, nos irá bien.

Mary se sentía completamente perdida. ¿Por qué hablaba de ellos en plural? Como si, como si...

—Estoy empezando la casa por el tejado, ¿verdad? —Se pasó una mano por los cabellos rojos. Parecía algo avergonzado. Luego la miró a los ojos antes

de continuar—: He hablado con tu hermano.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó con rapidez. La preocupación la había hecho salir de esa especie de nube de aturdimiento que se había adueñado de ella desde que Red había aparecido. Lo observó con detenimiento, por si encontraba algún moratón que delatase cómo había terminado la conversación con Tony.

—Nos hemos disculpado y nos hemos estrechado la mano como caballeros.

—¿Y ya está? —lo apremió Mary.

—Y... me ha recomendado que te hagas un *selfie* tan escandaloso como el de su esposa. —Sus ojos tenían un brillo travieso—. Solo para nosotros, sin que nadie lo comparta en Internet, claro.

—¡Mientes! —le reprochó Mary, y se levantó de un salto con las mejillas rojas.

—Puede que haya exagerado un poco —confesó, a la vez que se ponía también en pie—. Me relató la historia de Flossie y el papel de *lady* Stella en todo ese embrollo.

—Ya veo. —Mary apretó los labios y no añadió nada.

—No la veré más, Mary.

—Me parece bien.

Fingió colocarse un mechón castaño detrás de la oreja para ocultar lo nerviosa que estaba.

—Hablé con lord Bale sobre otra cosa. La más importante para mí. —Se había colocado de nuevo en frente de ella. Tanto su proximidad como la expresión de sus ojos amarillos levantaban mil mariposas en su estómago—. Le pedí permiso para casarme contigo.

El corazón de Mary pareció a punto de estallar. Iba a echarse a sus brazos, pero él la detuvo agarrándola por los antebrazos.

—Antes de que te proponga que pases el resto de tu vida conmigo, necesito que me perdones, Mary. Que perdones el daño que te he hecho y las acusaciones con las que te he herido.

Ella negó con énfasis con la cabeza y se soltó para acercarse más a él y ponerse de puntillas.

—Si no fueras tan testarudo —lo regañó, mientras rozaba con suavidad su frente—, te habrías dado cuenta de que todos fuimos engañados y tú conviviste con ese dolor durante demasiados años. No fue tu culpa. Eso solo demuestra lo mucho que querías a tu madre.

Red la abrazó con desesperación.

—Luché contra mis demonios en el Ulster y los abandoné allí. Tú lo eres todo, Mary. Esa ha sido la única verdad desde el principio, aunque haya tardado tanto en verla.

Mary apenas era capaz de hablar por la emoción.

—Te amo, Red.

Pronunciar aquellas tres palabras le permitió desatar todos los nudos de angustia que se habían formado en su interior con la marcha de O'Hanlon, para dejar paso a la certeza de que, partir de ese momento, solo vivirían para hacerse felices el uno al otro.

Su irlandés también parecía haber perdido el habla, desbordado por la respuesta de Mary. Lo que hizo, en cambio, fue colocar las manos a ambos lados de sus mejillas para alzarle el rostro y depositar un beso suave sobre sus labios, que los estremeció a ambos de la cabeza a los pies. Mary no quería perder ese contacto por nada del mundo, así que rodeó el cuello de O'Hanlon con los brazos, y el beso cobró profundidad. Sus cuerpos cada vez estaban más juntos, y sus respiraciones, más alteradas. Entonces, sus grandes manos bajaron hasta sus caderas y la apartó con mucha delicadeza. Mary trató de protestar, pero él se le adelantó.

—Será mejor que salgamos. Tenerte solo para mí, al lado de una cama, supone una tentación demasiado grande.

O'Hanlon trazó la curva de su mandíbula con el dorso de los dedos, en un gesto que destilaba ternura y necesidad a partes iguales, e impulsó a Mary a tomar una decisión.

La joven se acercó a la puerta y echó el pestillo. Lo oyó contener el aliento detrás de ella.

—Mary... —Ese susurro ronco era un ruego y una advertencia a la vez.

Ella se volvió poco a poco. Si la gente se enterase de lo que estaba a punto de hacer, se cuestionaría qué clase de dama era. O si era una dama en absoluto. Pero Mary tenía muy claro que era una mujer enamorada. Y, después de todo, la discreta hija de los Bale caminaba sobre un hilo del decoro muy fino de un tiempo a esa parte.

—¿Y si, por una vez, soy yo quien te pide una hora juntos?

Quedaron frente a frente. O'Hanlon permanecía inmóvil, a excepción del subir y bajar atropellado de su pecho. Mary, en cambio, esbozó una diminuta sonrisa mientras comenzaba a moverse muy despacio. Se descalzó y anduvo unos pasos hacia él, sin acercarse demasiado. Luego situó una mano a cada lado de sus piernas y aferró la tela de su vestido para empezar a arrastrarla hacia arriba con lentitud. Rogaba porque Red no notase el temblor de sus dedos, pero él estaba demasiado concentrado en contemplar lo que iba quedando al descubierto. Los estrechos tobillos, las rodillas con hoyuelos... Las medias de seda, tan transparentes que parecía no llevarlas, estaban sujetas por ligas de encaje de color rosado que le rodeaban los muslos en un íntimo abrazo.

—Como buen amigo que eres... —dijo, solo para provocarlo, antes de seguir levantando más la falda—, me gustaría saber tu opinión sobre mi último trabajo...

Por fin, dejó toda la tela enrollada en su cintura y quedó expuesta a él. Los pantalocitos que llevaba debajo eran del mismo tono rosado que las ligas, con delicados bordados y puntillas que le hacían cosquillas en la piel.

La mirada de Red hizo que su corazón se saltase un latido. En sus ojos como el fuego bailaban pavesas de puro deseo. Un gruñido se escapó de sus labios antes de pegarse a ella en dos largas y poderosas zancadas.

—Me temo que necesito verlo más de cerca para poder darle mi opinión,

lady Mary.

Mary ahogó una exclamación de sorpresa cuando la alzó en brazos y la llevó hasta la enorme cama para depositarla sobre ella con cuidado. Su peso la apretó contra el colchón cuando se inclinó para besarla con una pasión potente y desnuda que hizo que su cabeza diera vueltas. Poco a poco, entre murmullos admirativos, O'Hanlon comenzó a quitarle la ropa hasta que Mary quedó desnuda de cintura para arriba. Esa especie de diminutos pantalones y las medias eran lo único que la cubría.

—Te he imaginado exactamente así cada minuto de cada día desde que te vi con ellos puestos. —Su aliento cálido se derramó sobre la oreja de Mary, mientras su dedo índice se colaba por la cinturilla de los pantalones y trazaba un camino en llamas de una cadera a otra—. Pero la realidad es infinitamente mejor que cualquier fantasía.

Volvió a besarla y su mano descendió por encima de su ropa interior hasta detenerse entre sus piernas. Mary gimió, aturdida y muy sensible en esa zona, pero O'Hanlon presionó sobre ella con dos dedos con movimientos rítmicos y circulares hasta que la tela comenzó a humedecerse.

—Red... por favor... —pidió entre jadeos.

La forma en que la tocaba estaba a punto de enviarla a un desconocido y sensual torbellino de deleite. Hasta que se detuvo. Mary se removió, inquieta y frustrada, pero Red apoyó su frente contra la suya. Desprendía tanto calor como si estuviera ardiendo de fiebre.

—Lo siento. Lo siento, Mary, necesito estar dentro de ti.

Esas crudas palabras solo aumentaron su anhelo.

—Yo también te necesito —suspiró.

Se aferró al cuello de O'Hanlon y este se quitó como pudo sus prendas y se deshizo de los pantalones de Mary para deslizarse centímetro a centímetro en su interior. Ella bajó las palmas hasta los anchos hombros de Red, entornó los párpados y se dejó llevar por las sensaciones: el ligero pinchazo de esa parte de su anatomía que se unía a ella hasta convertirse en placer, el cosquilleo de

su barba en la garganta, los poderosos músculos que se tensaban y se contraían bajo su piel cubierta de pecas...

Cuando abrió los ojos de nuevo, la imagen de sus piernas abiertas a ambos lados del hombre, cubiertas aún por las medias, mientras se sacudían por sus embestidas fue una imagen decadente y demasiado excitante a la vez.

—Te amo —jadeó O’Hanlon, yendo cada vez más rápido. Entrelazó las manos de Mary sobre su cabeza y unió su boca a la suya, donde sus labios atraparon el intenso gemido de placer que se apoderó de los dos cuando alcanzaron el clímax.

Estuvieron el uno en brazos del otro largo rato, disfrutando del momento, hasta que Mary dejó vagar la mirada y vio su móvil tirado en el suelo.

—¿La contraseña que me has dicho antes es la nueva de verdad? —preguntó con una sonrisa, pegada a su pecho. Notó las vibraciones de su risa.

—Te lo prometo. Lord Roxbury resopló y tu tía se limpió algunas lágrimas con discreción antes de teclearla para conectarse al *wifi*.

—Es mi favorita de todas.

—Y la mía —repuso él.

Mary se apartó un poco y lo miró muy seria.

—Te amo, Red. Y... —añadió, sin apartarse de sus magnéticos ojos— ya va siendo hora de que me conviertas en una O’Hanlon.

—Creí que no lo dirías nunca —gruñó justo antes de besarla con fuerza una vez más.

Epílogo

Alton Manor, Hampshire, un año después

Redmond y Mary O’Hanlon, conocidos como los elusivos condes de Alton por el resto de la sociedad, contemplaban desde la puerta la pequeña procesión de carruajes que se acercaban a su hogar en pleno corazón de Hampshire. Ese verde condado del cual Mary había renegado una vez, y que había pasado a ser su paraíso en la Tierra. Router se hallaba sentado a su lado, muy erguido, y oteaba sus dominios con el aplomo de quien se sabe el rey indiscutible del lugar.

—Tía Louisa me va a regañar cuando vea que llevo el *smartwatch* puesto — comentó Mary en tono ligero a su marido, que la miró con una sonrisa antes de atrapar su muñeca y darle un tierno beso.

No era la primera vez que mantenían esa conversación. Red le había devuelto el reloj con el que habían contado cada valioso segundo que habían compartido juntos el día que hicieron el amor por primera vez, como si se hubiera tratado de un anillo de compromiso, y tía Louisa siempre insistía en que lo cambiase por alguna de sus otras joyas. Algo a lo que Mary se negaba en redondo, para frustración de *lady* Roxbury y diversión de Redmond.

Él llevaba su propio reloj inteligente repleto de orgullo, ya que había sido un regalo de Mary el día de sus esponsales, para que ambos siguieran acumulando infinitos instantes felices.

—Diremos a tu tía que es por salud. Necesitamos controlar nuestro ritmo

cardíaco durante ciertas... actividades...

Mary casi se atraganta antes de propinarle un codazo en las costillas que lo hizo dar un bufido de risa y sorpresa.

—Ni se te ocurra decirle eso a mi tía. —Lo apuntó con el dedo índice de la mano derecha y se llevó la otra a la cadera—. O a mi madre. O a Tony.

Red levantó las palmas en señal de rendición absoluta. Aunque el brillo travieso en su mirada desmentía su pacífica acción.

—No te enfades, misteriosa Mary —trató de apaciguarla con su acento cadencioso y algo ronco. Ese que nunca dejaba de estremecerla—. Además, ya son adultos...

—Todos, no —le recordó ella con una sonrisa tierna al pensar que, al fin, iba a ver de nuevo a su sobrino.

Flossie y Anthony habían tenido su primer hijo durante la primavera, un verdadero ángel llamado Gabriel en honor de su abuelo, y la familia entera había acordado reunirse en Alton Manor para disfrutar del pequeño. Eso por no hablar de que las damas estaban deseando ser las primeras en descubrir los nuevos diseños de lencería de Mary, que se habían hecho imprescindibles para ellas después de que la joven les revelara su secreto. Para el resto de la sociedad, seguía siendo el enigmático y exitoso M. C., cuyas creaciones se extendían por todo Londres con la misma velocidad que discreción, para alcanzar a mujeres audaces y circunspectas por igual.

—¿Está todo listo en casa? —preguntó Mary a Red mientras le rodeaba la cintura con los brazos.

—Cada detalle —le aseguró él, tras darle un beso en la punta de la nariz.

—Bien. Solo queda anotar la contraseña del *wifi* para los invitados.

—No es necesario —la corrigió Red, extrañado—. Es la misma de siempre. No la he cambiado.

—Pero yo sí —afirmó ella, antes de morderse el labio con suavidad.

Sacó el móvil y le dio la vuelta para que Red pudiera ver lo que estaba escrito.



Contraseña
Todo
en mayúsculas:

"¿SERÁ MORENA O PELIRROJO?"

Los ojos de O'Hanlon se convirtieron en fuego líquido por las lágrimas contenidas y, con un grito de júbilo, tomó a Mary en brazos para hacerla girar mientras le cubría la cara de besos.

Router, contagiado por la alegría que brotaba a raudales de sus dueños, se puso a hacer cabriolas y a agitar el rabito con desenfrenada euforia. ¿Qué importaba que no entendiese todo lo que significaba la nueva clave para ese singular lord con *wifi*?

FIN

Nota de autora y agradecimientos

Los títulos nobiliarios británicos, así como la manera de utilizarlos y su transmisión, son temas tan divertidos como complicados a la hora de hacer uso de ellos en una novela romántica. En especial, en aquellas ambientadas en las diferentes épocas del Londres decimonónico. He intentado ser lo más fiel posible a la realidad, sin embargo, por razones estéticas, he decidido otorgar a Mary el título de *lady* cuando, por ser hija y hermana de vizconde, le corresponde la distinción de «La honorable Mary Bale» o, simplemente, «Señorita Bale».

Espero que, como siempre, no tengáis en cuenta esta y otras evidentes licencias literarias que no pueden faltar en esta serie algo alocada, y que hayáis disfrutado con su lectura.

Gracias a todos por estar ahí y descubrir, página a página, la historia de Mary y Redmond.

Próximamente, el libro V de *Tecléame «Te quiero»...*

Navegar en tu red

Isabel Jenner

*E*n un Caribe del siglo XVII...

Isla Tortuga

Clover Montague escuchaba, como cada día de sus dieciocho años de vida, el barullo de fondo de maldiciones, puñetazos y risotadas en la taberna, y el crujido inconfundible de jarras de bebida al ser depositadas con fuerza sobre superficies de madera que tenían tantas cicatrices y remiendos como los filibusteros y delincuentes que hacían uso de ellas. Los sonidos familiares se colaban por las ajadas vigas y los tablones medio podridos hasta la bohardilla de la desastrada construcción que la había visto nacer, y en la que sobrevivía a duras penas gracias a su ingenio y a la dudosa protección de un padre ausente, pues el nombre del pirata Will el Troyano siempre había provocado miradas de respeto incluso entre la escoria más indeseable del mar Caribe.

Esa noche, sin embargo, el más mínimo ruido conseguía que Clover se estremeciera de verdadero pánico, a la espera de que sucediera lo peor y vinieran en su busca. Sus manos sostenían de manera precaria un pequeño teléfono móvil de la gama más baja, de esos que a nadie le interesaría robar, en cuya pantalla parpadeaba un mensaje que había provocado un sudor frío en la joven, agazapada entre trastos viejos y ropas apolilladas.



Clover se restregó la mejilla con los nudillos para borrar cualquier rastro de lágrimas o de debilidad. No podía permitírselas, ni siquiera por el cruel destino al que su padre se había condenado al elegir la piratería como único amor.

¿Cuánto tardaría en divulgarse la noticia de que Will el Troyano había levado anclas por última vez y la falsa seguridad de Clover se derrumbase como un castillo de naipes? ¿Días? ¿Horas?

Miró una vez más la frase con la que se acababa el *wasap* y no pudo contener una tierna sonrisa al imaginar al temido Will el Troyano tecleando unas palabras tan cursis para él con sus recios dedos de lobo de mar. Pero el mensaje había quedado muy claro y no había tiempo que perder.

Clover se sacudió la congoja y se arrodilló en el suelo para levantar uno de los tablones roídos por el tiempo y las alimañas, y extrajo una cajita de latón con forma de corazón, algo deslucida por el polvo que se había acumulado durante los muchos años que llevaba oculta. Contenía un papel amarillo y tan desgastado que la joven temió que se deshiciera en pedazos si volvía a doblarlo de nuevo. Esperando no equivocarse en su decisión, copió las coordenadas GPS que había ahí escritas en la aplicación de notas del móvil, y redujo el papel a añicos tan pequeños, que se convirtieron casi en arena.

Ya solo necesitaba un barco con el que llegar a la isla donde Will el Troyano había escondido todas sus riquezas. Y lo conseguiría costara lo que costase. Como digna hija de su padre. Si te ha gustado esta novela

Si te ha gustado

Un lord con wifi

te recomendamos comenzar a leer

El primogénito

de *Laura Mercé*



Prólogo

Sur de España, 1807

En todos los salones y tertulias familiares se hablaba siempre con gran escándalo, cuidando de que los niños ni las jovencitas estuvieran presentes, de las «inmorales» calaveradas del primogénito de don Pedro Ibáñez.

Los relatos de sus desenfrenos amorosos y sus constantes riñas, muchas de estas causadas por las amenazas de airados padres y hermanos que juraban matarlo si no reparaba las faltas cometidas, iban de boca en boca y de ciudad en ciudad, con el consiguiente temor entre las familias con hijas casaderas.

Hasta que Diego cumplió los veinte años, fue su padre quien tuvo que arreglar aquellos bochornosos asuntos. Por suerte, el dinero le servía para aplacar las ansias de venganza de la mayoría de los injuriados.

Desde muy niño, el heredero de don Pedro se había empeñado en rechazar cualquier disciplina, salvo la del estudio; aun así, pese a la esmerada educación que su madre y un gran número de ayos le habían inculcado, él parecía dispuesto a desafiar todas las reglas de la sociedad a la que pertenecía.

En lo que concernía a la formación de sus hijos (sobre todo, del primogénito), el señor Ibáñez, de manera encubierta, siempre había estado en desacuerdo con su esposa; él estaba convencido de que ningún hombre debía avergonzarse por la falta de ciertas «sutilezas y finuras» que, según doña Clemencia, formaban parte de una esmerada educación. Para don Pedro, saber leer, escribir, restar y sumar era más que suficiente; con esas cuatro reglas ya se podía ir con tranquilidad por el mundo.

El dueño de las bodegas Ibáñez pertenecía al linaje de los hombres sencillos y rudos que entretenían sus ocios en obrar, y no tanto en pensar. Para él, así

como para su grupo de amigos, la caza, jugar algunas partidas de cartas, reunirse a beber unos tragos y asistir a todas las romerías, fiestas y tertulias familiares eran una manera de gozar de la vida en plenitud.

Con el correr de los años, las preocupaciones de don Pedro, lejos de atenuarse, iban en aumento al comprender que el mayor de sus hijos tampoco demostraba interés por las prósperas bodegas de la familia, que en aquella comarca jerezana representaban una antigua y honorable dinastía. De hecho, ese inmenso patrimonio, el mayor orgullo del padre, no parecía significar nada para el hijo.

Por si eso fuera poco, a don Pedro y su esposa aún les quedaba otra pesadumbre más que iba llenándolos de ansiedad: Diego, con veinticuatro años ya cumplidos, tampoco mostraba el más mínimo interés en formar una familia. Al hablar sobre el tema con su grupo de amigos, el joven solía repetir: «¡Ahhh, el matrimonio! Ese bendito sacramento que solo nos acarrea disgustos y sinsabores. ¿Por qué arruinar esta vida tan estupenda que tengo? Creo que un hombre no debería contraer enlace hasta no haber hecho todo cuanto desea hacer. Si un hombre se encadena a una esposa antes de tiempo, estará perdido. ¡Hay tantas mujeres hermosas, y la vida resulta tan corta para alcanzarlas a todas...!».

Dentro de los círculos sociales a los que Diego pertenecía, la gente siempre se hacía la misma pregunta: «¿Pero de qué cepa habrá sacado don Pedro Ibáñez ese mal sarmiento?», y muchos otros exclamaban indignados: «¡Es un vicioso libertino; un mal ejemplo para la sociedad, además de un peligro para nuestras hijas!».

Solo en los campos, donde quizás era más conocido, al joven Ibáñez se lo defendía a rajatabla: «¡Ese don Diego es único; algo calavera y loco, pero su juventud y guapeza le sirven de excusa! Eso sí, nadie puede negar que tiene un gran corazón, y todos lo queremos mucho». «¿Que molesta a nuestras mujeres? ¡Son puras calumnias! ¡Lo que sucede es que al hijo del amo se le ofrecen todas... y él no tiene voluntad para rechazarlas!».

«¡Es muy noble; a todos nos

trata como si fuéramos de su mismo rango!». «El señorito Diego es rico ¡y los ricos no tienen otra obligación que no sea la de divertirse!». Otros solo murmuraban moviendo la cabeza: «Cosas del señorito».

Diego Ibáñez representaba, en la intrincada sociedad a la que pertenecía, un claro ejemplo de esa juventud rica y ociosa, que era dueña de todo el país. Y aquellas humildes personas, acostumbradas por forzado respeto a los ruidosos placeres de sus poderosos amos, lo disculpaban como si eso fuera solo una obligación del joven rico.

De las andanzas del joven Ibáñez se podía hablar días y días, y siempre quedaba algo más por decir; incluso se podía completar un voluminoso libro con sus continuos libertinajes y también con sus aventuras y desventuras.

Diego tenía innumerables defectos, y eso nadie podía negarlo: inconstante, libertino, voluble, cínico e irreflexivo; con una cortesía que delataba una cierta majestuosidad dilapidadora, junto a un humor solapado y paciente, incluso en el disimulo y en el engaño. Además de eso, estaba dominado por una exacerbada sensualidad. Y muchos aseguraban que el esbozo de su semicontenida sonrisa burlona —que a perpetuidad se reflejaba en su semblante— era un gesto bien estudiado del que se valía para acentuar su seducción.

No obstante, el primogénito de la familia Ibáñez también poseía las buenas cualidades que permitían sus defectos: franco, leal, gentil, magnánimo y, a menudo, un modelo de altruismo que llegaba a romper con el tópico del «prepotente señorito andaluz».

Las personas que de verdad lo querían solían destacar la sinceridad de su carácter, además de su lealtad y sentido del honor, que lo señalaban como un implacable justiciero defensor de los más débiles y amigo fiel de todos los marginados. Y era así como Diego podía pasearse con tranquilidad, a la hora que fuera, por los peligrosos arrabales de Cádiz y de Jerez de la Frontera, sin que ningún peligro lo amenazara.

Para completar las virtudes del joven Ibáñez, se podía agregar que, además

de su fama de benefactor, de galán afortunado y de temible duelista, estaba catalogado como el mejor jinete y domador de potros en varias leguas a la redonda.

«Las conexiones inesperadas son las más dulces...» Disfruta del amor y del *wifi* en plena Regencia inglesa.



Para no verse salpicada por el escandaloso matrimonio de su hermano, el vizconde Bale, Mary es recluida en una remota propiedad de la campiña inglesa, aislada del mundo.

El móvil de la desesperada dama carece de datos y de cobertura, y la única red *wifi* a la que poder conectarse está cifrada y pertenece a su vecino, el anciano y esquivo marqués de Roxbury.

Cuando todo parece perdido, un hombre fascinante y desconocido aparece para rescatarla... ¿O quizá no? ¿Se atreverá Mary a aceptar las condiciones que le permitirán el acceso a Internet que tanto desea? ¿O comenzará un juego entre ambos que irá mucho más lejos de lo que cualquiera de los dos esperaba?

Todas las novelas de la serie pueden leerse y disfrutarse de forma independiente.

Todas las novelas de la serie «Tecléame te quiero» pueden leerse y disfrutarse de forma independiente.

Isabel Jenner nació en Madrid en el verano de 1986. Enamorada de las letras y de países lejanos, se licenció en Traducción e Interpretación y en Estudios de Asia Oriental, con especialidad en Japón. Gracias a una beca, pudo cumplir su sueño de vivir en Tokio, aunque no desarrolló todas sus habilidades ninja por el bien de la humanidad. Los libros son su transporte favorito a la emoción y a la aventura, y cree que las palabras no están hechas de tinta, sino de pura magia. Su primera novela, *Oriente en tus ojos*, ha resultado finalista del VII Certamen de Novela Romántica Vergara-RNR.

Edición en formato digital: junio de 2018

© 2018, Isabel Jenner

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9195-046-2

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Portada

Un lord con wifi

Introducción

Primera Parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Segunda Parte

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Epílogo

Nota de autora y agradecimientos

Próximamente, el libro V de Tecléame «Te quiero»...

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Isabel Jenner

Créditos